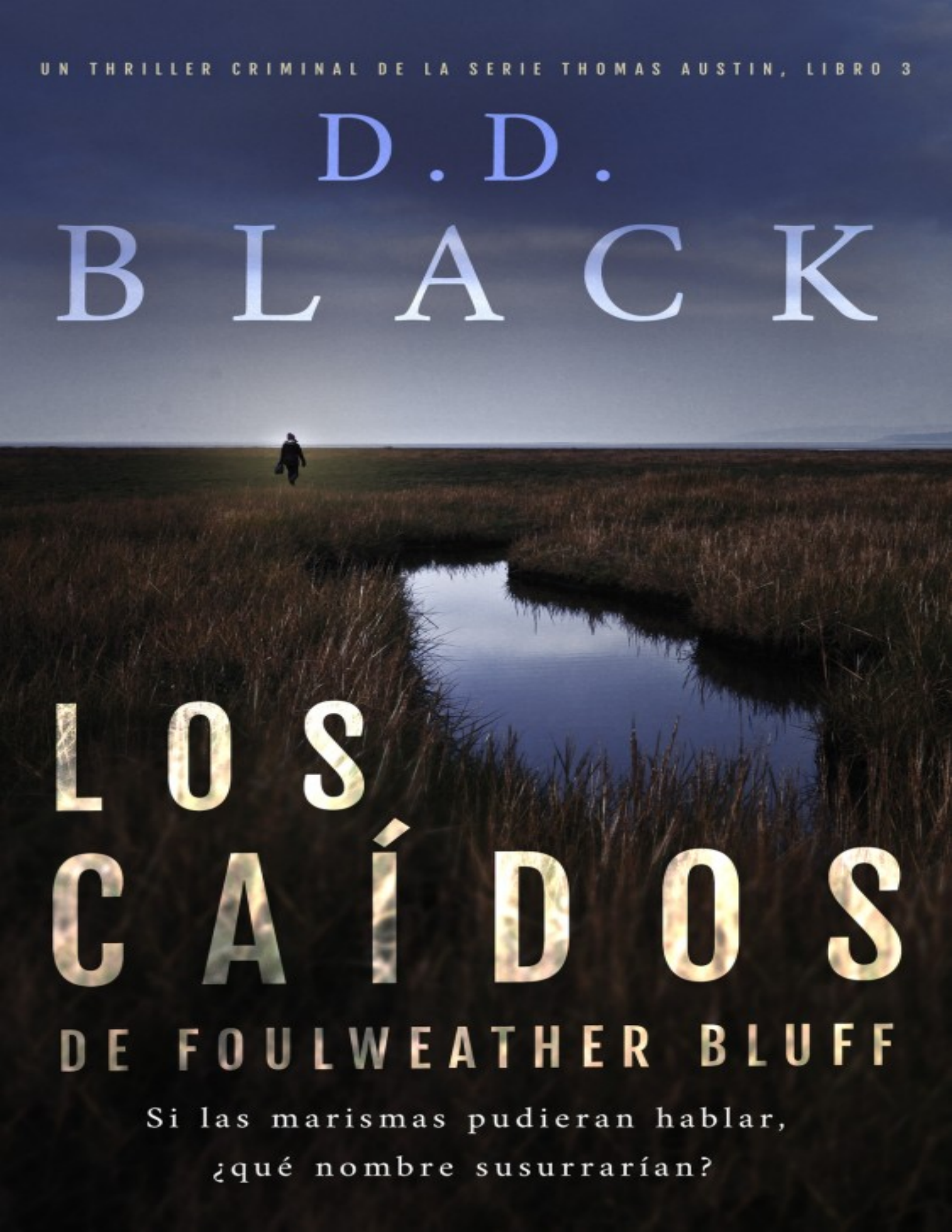
UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 3

D.D. BLACK



LOS CAÍDOS DE FOULWEATHER BLUFF

Si las marismas pudieran hablar,
¿qué nombre susurrarían?

LOS CAÍDOS DE FOULWEATHER BLUFF

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 3

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

Nota sobre la ambientación

Aunque muchas de las localizaciones de este libro se corresponden con la realidad, se han modificado algunos detalles de la ambientación. Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: la corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad es un reflejo de la de mi propia corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado todos.

Gracias por leer,

D.D. Black

ÍNDICE

I. Arena, barro y medallas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

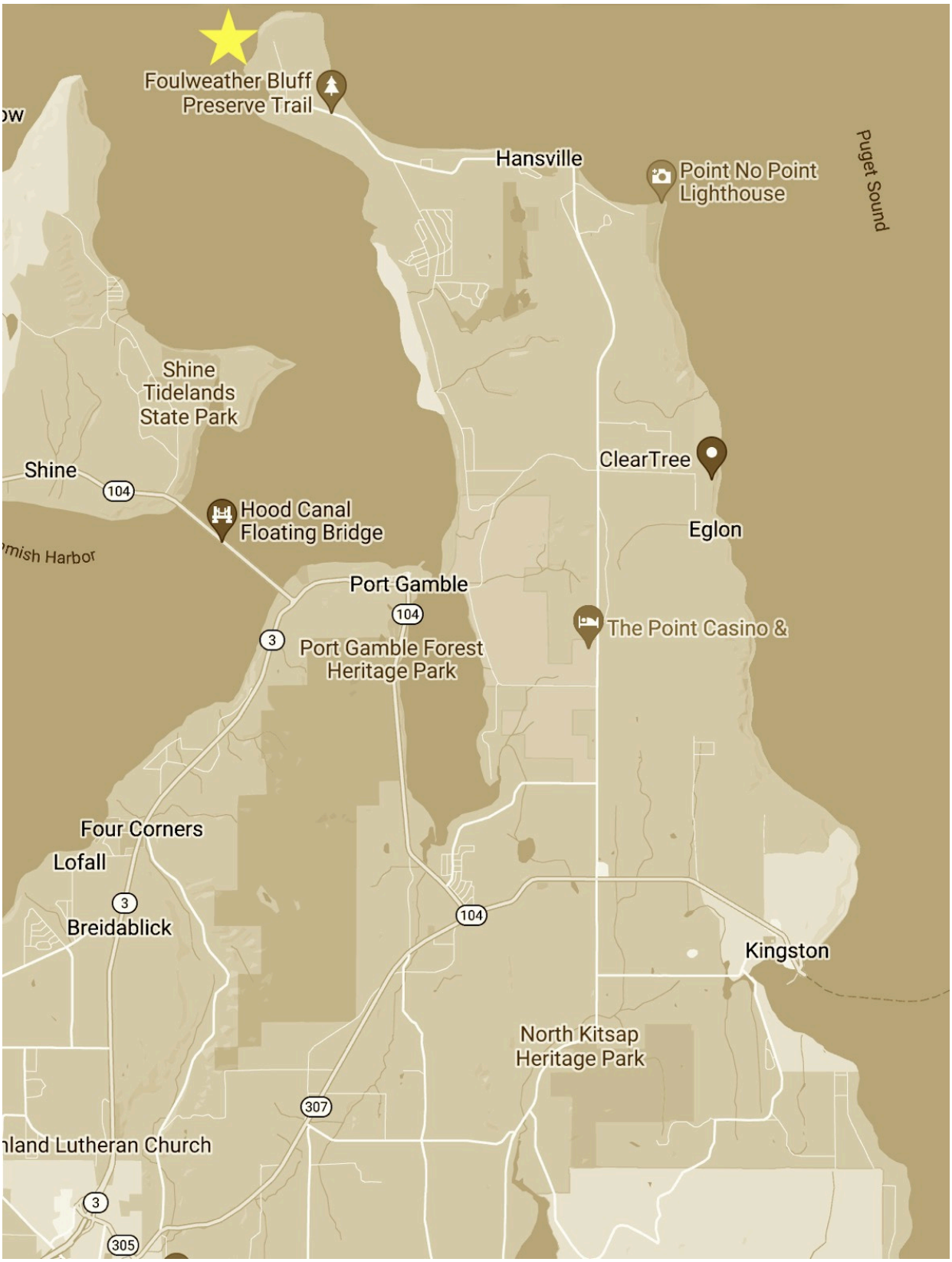
II. Un torrente de mentiras
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

III. Sé malo, pero en el buen sentido

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor


Foulweather Bluff
Preserve Trail
Hansville
Point No Point
Lighthouse
Puget Sound
Shine
Tidelands
State Park
Shine
104
Hood Canal
Floating Bridge
ClearTree
Eglon
Port Gamble
104
3
Port Gamble Forest
Heritage Park
The Point Casino &
Four Corners
Lofall
3
Breidablick
104
Kingston
North Kitsap
Heritage Park
307
3
305

«La falsedad vuela y la verdad llega cojeando tras ella, de modo que cuando los hombres llegan a desengañarse, ya es demasiado tarde; la chanza ha terminado y el cuento ha surtido su efecto.»
— Jonathan Swift

«El objetivo de la propaganda moderna no es solo desinformar o promover una agenda. Es agotar el pensamiento crítico, aniquilar la verdad.»
— Garry Kasparov

PARTE I

ARENA, BARRO Y MEDALLAS

1

Los hermanos volvían a pelearse. Habían conducido hasta Hansville para disfrutar de la playa en aquel espléndido día de finales de primavera, pero cada vez que las familias se reunían, Dimitri y Nikolai simplemente *tenían* que fastidiarlo.

Deena Fleck se apoyó en una roca grande y cubierta de percebes mientras observaba a los niños jugar en las aguas poco profundas de las pozas de marea. Más arriba en la playa, su marido, Dimitri, rastreaba la arena con su detector de metales, mientras su hermano mayor, Nikolai, paseaba a su lado hablando —en realidad, *gritando*— sobre historia, política y algo llamado «bitcoin», la última obsesión de Dimitri.

Deena se había alejado por la playa para apartarse de ellos; prefería observar a los niños jugar en la arena y maravillarse con las anémonas de mar y las estrellas de mar. A solo quince minutos a pie de la carretera, Foulweather Bluff era una franja de tierra protegida que parecía el fin del mundo. Había estado en docenas de playas del condado de Kitsap, pero Foulweather Bluff era la única que había visto en la que el bosque llegaba casi hasta el agua. Y no solo eso, sino que las impresionantes marismas se extendían hasta el borde del bosque, lindando tanto con la linde de los árboles como con la línea de la arena.

—¡Creo que he encontrado algo! —gritó Dimitri.

Escrutó la playa, donde su marido estaba de rodillas, cavando con furia. Siempre creía que encontraría oro en la arena. El optimismo de Dimitri era una de las cosas que amaba de él, pero en diez años, lo máximo que había encontrado con ese maldito cacharro eran unas cuantas monedas de veinticinco centavos y una alianza de boda que alguien había perdido en la arena. Ella le había obligado a dejar la alianza en la oficina de objetos perdidos, lo que dejaba los ingresos totales del detector de metales en setenta y cinco centavos. Nunca verían un retorno de lo que a él le gustaba llamar «la inversión».

—¿Qué es? —le preguntó ella, acercándose a él con cautela.

Por suerte, Nikolai se había reunido con Emily más abajo en la playa.

La sonrisa de Dimitri era intensa, su respiración, agitada. A cuatro patas, parecía un niño rasgando el papel de regalo de la caja más grande la mañana de Navidad.

—Podría ser cualquier cosa —dijo—. Un dólar de plata raro. Un Rolex. Incluso monedas de oro. Podríamos dar con un filón. Esa es la magia. Ese es el misterio.

—Maravilloso —dijo ella con sarcasmo—. La magia y el misterio de lo que probablemente sea una lata de cerveza vacía en la arena.

Intentaba no burlarse de su marido, pero al verlo cavar como un cachorro emocionado, no pudo evitarlo. Estaba ridículo con sus pantalones cortos y su camiseta de un blanco impoluto. Un sombrero de color beis le daba sombra en la nariz y las mejillas, donde se había untado protector solar sin extenderlo del todo. Parecía el típico padre de anuncio de vacaciones.

—Aquí —dijo—. Noto algo.

De repente, sacó algo de la arena y lo levantó. Su sonrisa se desvaneció. Desenganchó la botella de agua del cinturón y vertió un fino chorro sobre el objeto, que reveló un brillo plateado. Frunció los labios. —Es una moneda de veinticinco centavos.

—Genial —dijo Deena—. Ahora ya podemos hacer ese viaje a París con el que hemos estado soñando.

Él frunció el ceño y le lanzó un poco de arena a las piernas desnudas. —Tú espera. Algún día encontraré algo importante.

Nikolai se reunió con ellos desde más abajo en la playa. Era el más alto de los dos hermanos, el más rico de los dos hermanos y, según la mayoría, el más guapo de los dos hermanos. El único inconveniente de Nikolai era que era un perfecto imbécil. —¿Has encontrado algún bitcoin en la arena, gilipollas?

Dimitri suspiró. —El bitcoin es una moneda *digital*, no una moneda real. Ya verás qué rico me hago.

Deena suspiró. —Cariño, se está burlando de ti.

Nikolai soltó una risita. —Siempre buscando dinero fácil. Prueba a ganarte la vida *trabajando*.

Dimitri volvió a rastrear la playa, abriéndose paso por la suave pendiente que se alejaba del agua hacia las marismas. De alguna manera, las burlas de su hermano nunca le afectaban por mucho tiempo. —Intentas cambiar de tema, hermano, porque sabes que tengo razón sobre Oriente Medio.

Deena se plantó con las manos en jarras. —A ver, vosotros dos. Hacen veintiún grados. Está soleado. Acabamos de salir de un mes entero de lluvia. Vuestros hijos están allí chapoteando en las olas. —Señaló—. ¿Os acordáis de ellos? Vuestros *hijos*. ¿Podéis disfrutarlo y dejar de discutir por tonterías?

—¿Tonterías? —preguntó Dimitri, pasando por encima de un gran tronco de madera mientras ascendía por la pendiente, con el detector de metales en silencio—. ¿Cómo que tonterías? Mi idiota de hermano mayor dice que nuestras guerras son por el petróleo. Yo digo que son por la libertad y...

Pi, pi, pi. Su detector de metales volvió a pitar y, por un instante, Deena sintió la emoción de la que Dimitri siempre le hablaba. *¿Qué podría haber ahí abajo?*

El pitido se hizo cada vez más fuerte mientras lo movía de un lado a otro. Pasó por encima de otra acumulación de trozos de madera, y el pitido se intensificó aún más. —Esto está lleno de cosas —dijo, con la voz cargada de emoción.

Al llegar a la línea donde la arena se encontraba con la húmeda marisma, se detuvo sobre el punto con el pitido más fuerte y constante. Finalmente, se dejó caer de rodillas. Deena no pudo evitarlo. Se acercó corriendo y le dio un beso rápido en la mejilla.

Claro que a veces era un tonto, pero era *su* tonto. Mientras él apartaba unas ramas, ella empezó a cavar, usando las manos a modo de pala.

No tardó mucho. En la arena fría y húmeda, su mano golpeó algo sólido. Duro y frío. Metálico. Haciendo palanca para sacarlo, lo puso frente a sus ojos. Redondo y rugoso, estaba cubierto de arena mojada. Una moneda enorme, tal vez.

—Por favor —dijo Dimitri—. Dámelo. —Su voz sonó suave, llena de asombro. Extendió las manos como si ella sostuviera un delicado huevo de Fabergé o una bomba a punto de estallar que debía manipularse con sumo cuidado.

Se lo puso en la mano y él vertió un fino chorro de agua sobre el objeto para quitarle la arena. —Una medalla —dijo con reverencia.

—Eh, déjame ver eso. —Nikolai se había arrodillado a su lado.

Dimitri se apartó, protegiendo su preciado hallazgo.

La medalla era de bronce opaco y tenía grabadas tanto palabras como símbolos o imágenes.

—¿Qué pone? —preguntó Deena.

Dimitri se inclinó para ver mejor. —Mmm... Southwest Asia... Service Medal.

—¡Aquí! —Nikolai había estado cavando junto al lugar de donde Deena había sacado la medalla—. He encontrado otra cosa.

Dimitri vertió agua sobre el objeto que Nikolai tenía en la mano, revelando otra medalla. También de bronce, esta tenía forma de cruz. —¡Joder! —exclamó Nikolai—. Es una Cruz de la Armada.

Dimitri se la arrebató de la mano a su hermano. —Es mía. La he encontrado yo. Yo... —Se interrumpió, estudiando la medalla.

Nikolai dijo: —La Cruz de la Armada es algo importante. Aunque no estoy de acuerdo con el ejército de los Estados Unidos, este es uno de los más altos honores que alguien puede recibir. ¿Crees que es de verdad?

—Claro que es de verdad —dijo Dimitri. Miró a Deena—. Y vale una *fortuna*.

Deena no estaba tan segura de eso, y algo en todo aquello no le daba buena espina.

—Pero ¿cómo ha podido llegar hasta aquí? —preguntó Nikolai.

El sol le quemaba en el cuello. Se levantó, con el estómago revuelto. En el otro extremo de la playa, la mujer de Nikolai, Emily, levantó la vista y Deena la llamó con un gesto. Emily era unos años mayor que todos ellos y la única de los tres que se había criado en la zona. La mayoría de las veces, era la voz de la razón cuando las peleas de los hermanos se ponían feas.

Mientras se acercaba, Dimitri y Nikolai siguieron cavando. Dimitri rastreaba la zona mientras Nikolai, a cuatro patas, apartaba puñados de arena a un lado cuando llegaban a un punto que hacía pitar el detector de metales. Durante los siguientes minutos, sacaron tres medallas más del suelo, repitiendo el proceso de limpiarlas con la botella de agua.

Cuando Emily llegó a su altura, se pasó una mano por el pelo oscuro, con gesto preocupado mientras inspeccionaba el hallazgo. —¿Medallas? ¿Medallas de la Marina?

—Me voy a hacer rico —dijo Dimitri, dejándose caer de rodillas otra vez para cavar en otro sitio—. En total, he encontrado tres medallas del «Servicio en el Sudeste Asiático», una con la inscripción «Medalla al Valor» y la Cruz de la Armada. —Examinó otro hallazgo y lo tiró a un lado—. Solo una chapa.

—La Cruz de la Armada la he encontrado *yo* —dijo Nikolai—. Pero sigues siendo idiota. Las medallas no valen lo que te crees. No son de oro de verdad ni nada de eso.

—Seguro que valen… —Dimitri se detuvo de repente—. He encontrado otra cosa. —Había estado cavando bajo el punto donde había encontrado la chapa. Sacó algo más, algo más grande.

Nikolai se apiñó junto a él y vertió agua sobre el objeto.

Emily ahogó un grito.

Deena miró incrédula. Parecía ser un fragmento de hueso redondeado, manchado por los años en la marisma fangosa y arenosa.

—¿Es eso…? —Emily no pudo terminar la frase.

—Creo que sí —dijo Deena—. Salvo que se equivocara, era un gran trozo de cráneo—. ¿Es… es humano?

Dimitri y Nikolai intercambiaron una mirada, pero, por primera vez en toda la tarde, ninguno de los dos hermanos abrió la boca.

Emily frunció el ceño a Deena. —Espero que no sea lo que creo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Deena. La expresión en el rostro de Emily le indicó que era algo malo, algo peor de lo que podía imaginar.

—Cuando tenía diez años, tres hombres de la Marina desaparecieron. Salió en todos los periódicos y todo el mundo hablaba de ello. El Día de los Caídos de 1992. Habían desaparecido con el uniforme de gala, medallas y todo. Uno de ellos había recibido la Cruz de la Armada. Mis padres no paraban de hablar del tema. La última vez que los vieron con vida estaban bebiendo en el Watering Hole, que era como se llamaba antes la tiendecita de Hansville.

Dimitri parecía desolado, pero no por haber descubierto los huesos de un muerto. —¿Podré quedarme las medallas?

—Serás gilipollas —replicó Nikolai—. Si Emily tiene razón, esta es la escena de un crimen.

Dimitri escupió en la dirección general de su hermano, pero no le dio. —Jamás las devolveré. Las medallas son mías.

Deena sintió náuseas. Clavó la mirada en Emily. —¿Crees que este podría ser el lugar donde… donde murieron? ¿Que alguien los enterró aquí? ¿Con medallas y todo?

Emily asintió lentamente.

Deena frunció el ceño al mirar a su marido. —Nikolai tiene razón —dijo—. Tenemos que llamar a la policía.

2

Thomas Austin miraba el móvil con nerviosismo, luego lo dejó sobre el mostrador, prometiéndose a sí mismo que no volvería a mirarlo hasta pasados otros quince minutos. No era de los que están todo el día pegados al móvil, pero estaba esperando un mensaje que podría cambiarlo todo.

Su cafetería bullía de actividad aquella mañana de primavera, con una cola para comprar cebo y cerveza que salía por la puerta en dirección a la cálida y soleada playa. Después de que él y el personal de cocina hubieran superado la avalancha de los desayunos, se había sentado en un taburete del mostrador y lo había girado para contemplar la escena. Todas las mesas estaban ocupadas por clientes que apuraban sus platos de huevos con tortitas, bebían café, charlaban y parecían felices. Habían superado el invierno y era como si todo Hansville hubiera salido a celebrarlo.

Austin sintió un toquecito en el hombro y se giró de nuevo hacia el mostrador.

—Aquí tienes. —Andy dejó un plato delante de él—. Mi última obra maestra culinaria.

Austin examinó el plato. Era un sándwich de desayuno del tamaño aproximado de su cara, del que chorreaba queso fundido y que relucía con sirope de arce. —¿A ver, entonces es beicon, un huevo frito, queso cheddar curado y sirope de arce, no?

Andy asintió. —Y el «pan» son gofres de malta. Lo llamo el «Soy-Demasiado-Dormilón-Para-Mi-Tenedor». Es una referencia de tu generación, ¿verdad?

Austin lo miró sin comprender. Las referencias a la cultura pop no eran lo suyo.

—Ya sabes. *Right Said Fred*. *I'm Too Sexy For My Shirt* o lo que sea. Es una referencia noventera.

—¿Quién dijo qué?

Andy frunció el ceño. —No tienes remedio. Ya te pondré el vídeo de YouTube cuando haya menos jaleo.

El sándwich era más extravagante que cualquier cosa que a Austin se le hubiera ocurrido, pero tenía que admitir que quedaría bien en la página de Facebook que Andy había creado para promocionar el negocio por internet. Aunque Austin seguía siendo el dueño del local y añadía recetas al menú de vez en cuando, le había cedido a Andy la cocina y la gestión diaria de su cafetería, tienda de ultramarinos y tienda de cebos. También le había dado un diez por ciento de los beneficios, además de subirle el sueldo otra vez.

Austin le dio un bocado al sándwich. Salado, dulce, crujiente y fundente; era un bocado casi perfecto. No tuvo que pensárselo mucho. —Añádelo al menú. —Sonrió mientras masticaba—. Y súbete el sueldo.

—Así lo haré. —Andy regresó a la cocina.

Austin echó un vistazo a través de los grandes ventanales hacia la playa, donde pequeñas olas rompían en la orilla, convirtiéndose en espuma blanca mientras el sol brillante transformaba el agua en un mar de zafiros centelleantes. Por primera vez desde que se había mudado a Hansville un año y medio antes, Austin sintió un optimismo que no sabía explicar del todo.

Había sido un invierno largo y gris. El abril más lluvioso que nadie recordaba. Pero mayo había llegado como un regalo del cielo: soleado, cálido pero no caluroso, con cielos tan despejados y azules que Austin sintió por fin que había encontrado en Hansville su nuevo hogar definitivo. Tras una reforma total de la diminuta cocina y el ascenso de Andy, Austin tenía más tiempo libre para pescar y

ahondar en su única pista en el caso del asesinato de su mujer, Fiona.

Por eso esperaba un mensaje con tanto nerviosismo.

Habían pasado un par de meses desde que descubrió que Fiona estaba involucrada en un caso de drogas ultrasecreto en Nueva York. Sabía poco más que estaba relacionado con un hombre llamado Michael Lee. El problema era que había acabado encontrando a noventa Michael Lees en la ciudad de Nueva York. Había dedicado gran parte de los dos últimos meses a enviar correos, llamar e incluso escribir cartas de las de papel. Pero no había conseguido acercarse a encontrar al Michael Lee correcto. Hasta el día anterior.

Fue entonces cuando había recibido una postal. La imagen del anverso era de un restaurante de Brooklyn, *Mama Dae's*. Aquello había dejado a Austin petrificado. Según el breve escrito que Fiona había dejado antes de morir, el Mama Dae's era el restaurante al que Michael Lee había ido la noche que intentaron matarlo. No era mucho, pero era la prueba de que uno de los Michael Lees con los que se había puesto en contacto era el correcto.

La postal no llevaba remite. Solo seis palabras escritas en una letra de imprenta genérica y cuadrada: DESCARGA LA APLICACIÓN SIGNAL Y ESPERA.

Uno de los muchos Michael Lees a los que había contactado había decidido responder. Así que, aquella mañana temprano, Austin se había descargado Signal, que había descubierto que era una aplicación de mensajería con cifrado de extremo a extremo.

Le dio la vuelta al móvil y comprobó la aplicación en busca de un mensaje. Nada.

Cuando le dijo a su amigo, el detective Ridley, que por fin tenía una pista después de dieciocho meses, Ridley le respondió: —La esperanza no es ninguna pista. La esperanza es lo que te está *guiando*.

Austin tuvo que admitir que tenía razón. Michael Lee no era una pista muy sólida, pero Austin había recuperado la esperanza y, por ahora, eso era suficiente. Las cosas nunca volverían a ser como antes —jamás dejaría de llorar su pérdida—, pero el final de la primavera y el verano en el oeste de Washington eran demasiado

hermosos como para ignorarlos, y la esperanza era algo que había escaseado últimamente.

—¡Está demasiado poco hecho! —la voz chillona de una niña lo sacó de su ensimismamiento—. Y el beicon está demasiado duro. ¿Y por qué no podemos ir a la playa? —En la mesa de detrás, sus mejores clientes, el señor y la señora McGuillicutty, estaban sentados con su nieta.

Austin se giró mientras la señora McGuillicutty intentaba calmar a la pequeña. —Foulweather Bluff no es la *única* playa. Ya encontraremos otra después de comer.

—¡Quiero otra cosa! —continuó la niña.

Austin cruzó la cafetería y ocupó la cuarta silla de la mesa.

—Disculpe —dijo el señor McGuillicutty—. Está un poco tiquismiquis. —Se volvió hacia la niña, que aparentaba unos seis o siete años—. Este es el dueño de la cafetería, Olivia. No le faltes al respeto.

Austin hizo un gesto con la mano. —No pasa nada. —Cogió el plato, inclinándose para examinarlo como si mirara a través de una lupa—. A ver qué tenemos aquí. Mmm, sí, el huevo parece un *poco* líquido y el beicon está un *pelinín* más tostado de lo que debería. —Dejó el plato sobre la mesa—. Como exdetective del Departamento de Policía de Nueva York, ¡debo llegar al fondo de este asunto!

La niña pareció sorprendida, casi atónita. —No pasa nada. Estaba… eh…

—Mira lo que vamos a hacer —dijo Austin, cogiendo su plato del mostrador. Cortó el sándwich de gofre por la mitad y luego buscó la aprobación de la señora McGuillicutty con la mirada. Ella asintió.

—Mientras interrogo a los sospechosos para saber por qué tus huevos están poco hechos y tu beicon demasiado cocido, ¿qué tal si pruebas nuestro plato más nuevo del menú, el… *cómo lo has llamado*? —le preguntó Austin a Andy, que estaba sirviendo un plato a un cliente cercano.

Andy levantó la vista. —Tengo-Demasiado-Sueño-Para-Usar-Tenedor.

—Eso es —dijo Austin—. Te presento el sándwich Tengo-Demasiado-Sueño-Para-Usar-Tenedor.

Olivia se rio. —Oye, que no tengo sueño.

—Pero te encantan los gofres. Y te *chifla* el sirope. —Sonrió—. Te he visto por aquí antes. La última vez que pediste gofres provocaste una escasez internacional de sirope de arce.

Ella se rio de nuevo y miró a su abuela en busca de permiso. La señora McGuillicutty asintió.

Olivia le dio un bocado al sándwich y sonrió. —Está bueno —consiguió articular con la boca llena.

—Invita la casa —dijo Austin, devolviendo el otro plato a la cocina.

Él y Fiona habían estado hablando de tener hijos en los meses previos a la muerte de ella. Cuanto más mayor se hacía, más se arrepentía de no tener ninguno. Y, como a su madre le encantaba señalar cada vez que surgía el tema, él no se estaba volviendo más joven.

Encontró a su corgi, Run, acurrucada al sol justo al lado de la puerta que llevaba de la cocina al aparcamiento. Vació el huevo del plato en su cuenco. Ella se levantó de un salto y lo engulló de dos bocados gigantes, luego lo observó por un momento y volvió a tumbarse.

El familiar sonido de los neumáticos sobre la grava hizo que levantara la vista. Un todoterreno blanco entró en el aparcamiento y, por un momento, pensó que era Anna Downey, la periodista de sucesos local con la que había trabajado en un par de casos últimamente. También habían compartido un flirteo y una cita, que fue un desastre por culpa exclusivamente suya.

Pero no era Anna. Este era un todoterreno más grande marcado con el escudo del NCIS, el Servicio de Investigación Criminal Naval. Y, desde luego, no fue Anna quien se bajó del asiento del conductor. Esta mujer llevaba vaqueros y una camisa blanca de cuello bajo un chaleco negro, también marcado con el escudo del NCIS. Su pelo negro azabache relucía bajo el sol brillante y, por un momento, él pensó que debía de haberse perdido. Entonces vio al detective Calvin Ridley salir con parsimonia del asiento del copiloto y unirse a ella mientras se dirigían a la cafetería.

Austin respetaba a Ridley porque dirigía a su equipo de detectives como lo habría hecho él si se hubiera quedado en la policía de Nueva York. Duro pero justo, predicando con el ejemplo y siempre dispuesto a dar la cara por su equipo cuando las cosas no salían según lo planeado. Pero ¿qué hacía en Hansville con una agente del NCIS?

Austin se encontró con ellos a medio camino del aparcamiento. Si la presencia de una agente del NCIS en el tranquilo pueblo costero no bastaba para indicarle que algo pasaba, la expresión de Ridley lo confirmó. —¿Ridley, a qué debo esta visita?

—Austin, te presento a Symone Aoki, agente especial del Equipo de Respuesta de Casos Relevantes del NCIS.

Austin le estrechó la mano que ella le ofrecía. Lo recorrió con la mirada, como si lo estuviera evaluando, pero no sonrió. Era solo un poco más baja que Austin, mediría un metro setenta y ocho, y se mantenía erguida pero sin rigidez, con los hombros rectos y firmes. Austin pensó que parecía alguien que sabía manejar un arma de fuego. —Llámeme Sy. Ridley me ha dicho que usted es la persona del lugar con la que debería hablar.

—Si se refería a hablar sobre el cebo o nuestro nuevo sándwich de gofre, entonces sí. —Miró de Sy a Ridley y luego otra vez a Sy—. Pero supongo que no están aquí por eso.

Ella negó con la cabeza y sostuvo una bolsita de plástico frente a la cara de Austin. El sol brillante iluminó lo que parecían ser cuatro o cinco medallas de la Marina. Él reconoció la Cruz de la Armada de inmediato. —Sé que no me las estaría mostrando si hubiera pasado algo *bueno*.

Ridley frunció el ceño. —¿Has oído hablar de la desaparición del Día de los Caídos de 1992?

Austin negó con la cabeza.

Sy dijo: —Tres oficiales de la Marina condecorados, todos jóvenes. Desaparecieron el Día de los Caídos de 1992. Múltiples investigaciones, unos cuantos sospechosos, pero nunca se sacó nada en claro. El caso estaba más frío que el abrazo de una suegra.

Austin cogió la bolsita y examinó las medallas. Además de la Cruz de la Armada, había una Medalla al Valor y tres Medallas de Servicio

del Suroeste Asiático, concedidas a los hombres y mujeres que sirvieron en la Guerra del Golfo a principios de los noventa. —Supongo que el caso se acaba de calentar —dijo Austin, devolviéndole la bolsita a Sy.

—Estas medallas se encontraron en Foulweather Bluff. Junto a los huesos —algunos de los huesos— de los hombres. Tenemos un equipo allí ahora mismo.

—¿Por eso ha estado cerrado el acantilado un par de días? —preguntó Austin—. Pensé que sería por un árbol caído o algo así.

Ridley se pasó una mano por la calva. Le palpitaban las sienes. La última vez que Austin lo había visto, estaba en una nube, filosofando sobre la vida. Su esposa, Rachel, estaba embarazada de nuevo. Ahora parecía cinco años mayor y cien veces más estresado. Ridley era el tipo de detective que se crecía ante los casos difíciles, pero no ante la publicidad. Austin no había oído hablar de este caso, pero ya podía imaginarse que iba a ser uno gordo.

Ridley dejó escapar un largo suspiro, como una tetera soltando vapor. —Creemos que las lluvias y el viento de abril arrastraron los cuerpos y desenterraron las medallas. Llevaban treinta años enterrados en la marisma.

Austin echó la cabeza hacia atrás lo suficiente como para que el sol le diera en los ojos y le calentara la cara. Sintió un vuelco en el estómago y saboreó cerezas ácidas y tostadas quemadas. Su sinestesia se había activado de una forma nueva.

Las cerezas ácidas siempre significaban curiosidad, la emoción de un nuevo caso. Le encantaba lo desconocido. Pero el sabor a tostada quemada era pavor. Algo en este caso le daba miedo.

Sabía lo que venía a continuación.

Ridley dijo: —¿Podemos pasar a tu apartamento y hablar? Esperamos que puedas ayudarnos.

3

—Permítame empezar diciéndole que no quiero estar aquí. —Sy estaba sentada junto a Ridley y miraba a Austin con el ceño fruncido como si, de alguna manera, fuera culpa *suya* que hubiera ido a verlo.

Su actitud había cambiado desde que habían entrado en el apartamento. Fuera se había mostrado distante, pero profesional. Ahora que estaban a solas, había pasado de distante a gélida.

—Entonces, ¿por qué *está* aquí? —preguntó Austin.

Sy juntó las manos en su regazo mientras lo sopesaba. —¿Sabe mucho sobre la Marina?

Austin asintió, señalando la foto de su madre que colgaba en la pared, vestida con su uniforme. —Yo nunca serví, pero soy hijo de militar. He estado rodeado de ese mundo toda mi vida.

Sy le echó un vistazo a la foto. —Entonces entenderá que a veces recibimos órdenes de hacer cosas que no queremos, que no consideramos necesarias. —Suspiró, irritada—. Y aun así las cumplimos.

—*Algunos hombres buenos* —dijo Ridley—. «Seguimos órdenes, o la gente muere. Así de simple».

Austin frunció el ceño. La gente siempre mencionaba esa película cuando se enteraba de que su madre era abogada del Cuerpo Jurídico de la Marina.

—Entendido —le dijo Austin a Sy—. Supongo que me pregunto qué es lo que le han ordenado hacer.

Sy sacó una carpeta marrón de su bolso. —Antes de entrar en eso, me gustaría ponerle un poco en situación.

Austin asintió.

—Día de los Caídos de 1992. —La voz de Sy era puramente profesional—. Tres hombres, todos oficiales de la Marina, están bebiendo en el Watering Hole, que por lo visto es como se llamaba antes su cafetería. Por aquel entonces era más bien un bar. Adam Del Guado, de veintiséis años. Jack Hammeron, de veintiocho —todo el mundo lo llamaba «Hammer»— y el más joven, Joey Blake, de veinticuatro. Ese día habían participado en una ceremonia en el cementerio local en honor a un miembro de su escuadrón caído en la tormenta del Desierto. Iban todos de uniforme. Con medallas y todo. Después de la ceremonia, fueron al Watering Hole. Se marcharon sobre las nueve y nunca más se les volvió a ver.

Mientras hablaba, algo se removió en la memoria de Austin. —No sabía sus nombres, ni siquiera que estaban en Hansville cuando desaparecieron, pero recuerdo el caso. Estábamos en la costa este cuando ocurrió. En Connecticut. A mi madre le afectó bastante. Siguió el caso muy de cerca.

Sy frunció el ceño. —*Todo el mundo* estaba afectado por ello.

Tenía una actitud extraña. Formal, directa. Al principio, Austin había pensado que estaba enfadada con *él*, pero cuanto más hablaba, más parecía que lo que le molestaba era el caso y que le hubieran ordenado hacer algo que no creía que fuera a ayudar a resolverlo. Tenía que admitir que había algo en ella que le gustaba.

Nunca pretendía comparar a nadie con Fiona, pero a veces no podía evitarlo. Y Sy le recordaba a la actitud puramente profesional de su mujer, rayana en la frigidez, que, por alguna razón, le resultaba atractiva.

Sy cruzó y descruzó las piernas, cada vez más irritada por momentos. —Para el NCIS y la Marina, este caso fue un fracaso *clamoroso*. Uno de los mayores casos sin resolver de la historia de la Marina. Se reabrió en 2011. Se trabajó en él otro año más, y nada.

—¿Y los hombres? —preguntó Austin—. ¿Qué puede decirme sobre ellos?

Sy se levantó, se entrelazó las manos a la espalda y examinó las fotografías de la pared. Se movía con una precisión y una formalidad que resultaban tan atractivas como desconcertantes.

—De lo mejorcito —dijo Ridley—. Esa Cruz de la Marina no era un atrezo de Halloween.

Sy asintió. —Una familia con un detector de metales encontró las medallas. Hammer recibió la Cruz de la Marina. Medalla al Valor para Adam Del Guado. Pero los tres tenían expedientes de servicio excepcionales. Joey Blake era más joven, pero iba camino de un ascenso meteórico. —Se giró—. Las notas de su expediente son tan brillantes que, si no hubiera muerto, Blake podría estar *dirigiendo* la Marina ahora mismo.

Austin asintió con gravedad. —Ha dicho «muerto». ¿Supongo que encontraron algo más que medallas?

Sy asintió y le sostuvo la mirada. —Huesos. —Ella le sostuvo la mirada; sus ojos eran tan oscuros que parecían negros. Él no sabía por qué, pero sintió que ella albergaba en su interior un profundo pozo de dolor similar al suyo.

Bajó la vista al suelo. Oír hablar de soldados caídos era terrible. Saber que eran lo mejor que la Marina tenía en sus filas y que sus muertes seguían sin resolverse fue como un picor doloroso que no podía rascarse. Le vino a la boca un sabor a arena seca.

Run entró corriendo desde la cocina, donde había estado mordisqueando la oreja de cerdo deshidratada que Austin le había dado. Olfateó con curiosidad los zapatos de Sy y luego le lamió la mano a Ridley. Después fue al centro de la habitación y se despatarró en el suelo, panza abajo y con las patas traseras estiradas hacia atrás. Absorbió el frescor del suelo mientras estudiaba desde lejos a los desconocidos que había en su casa.

—Ahora mismo —prosiguió Sy—, el ECIM está en Foulweather Bluff. No hay nada que me apetezca más que estar allí con ellos.

—Lo que, supongo, nos lleva al motivo por el que no quiere estar aquí —dijo Austin.

—Mire, no es culpa suya, Thomas. ¿O es Austin?

Él sonrió, intentando parecer amable. —Austin, como el luchador o el Hombre de los Seis Millones de Dólares.

Ella asintió cortésmente. —No es culpa suya, Austin. Este caso es importante. Más que importante. Es raro que nos llegue algo que parezca un homicidio. Y más raro aún que sea triple, y todavía más raro que sea un caso sin resolver muy conocido. —Hizo una pausa—. De hecho, no es raro. Es único.

Ridley suspiró, mirando a Austin. —Este caso es único en su especie.

—Así que —continuó Sy—, mis superiores me han ordenado que busque otra opinión. Alguien de fuera del NCIS. Estamos trabajando con agentes locales, como Ridley.

Austin levantó una mano para detenerla. —¿Por qué no es suficiente con eso? Es decir, él es ajeno a la Marina, ajeno al NCIS.

Ella desvió la mirada de Austin a Ridley y de nuevo a Austin. —Vale, no me ordenaron encontrar a *alguien* de fuera del NCIS. Me ordenaron que le consultara a usted. A *usted* específicamente.

Austin estaba confuso. ¿Había oído bien? —¿A mí? ¿Quién ha ordenado eso?

Ella se puso en pie, ladeó la cabeza y le lanzó una mirada que le dio a entender que no había forma de que respondiera, aunque pudiera.

Su cabeza daba vueltas como una peonza que se tambalea. ¿Quién en el NCIS podría haber querido que Sy le consultara a él? —Solo llevo aquí un año y medio. Apenas nadie sabe que vivo aquí.

Ridley se levantó. —Mira, Austin. Sabes que no puede decir mucho. Danos el día, enséñale la península a Sy, ven a la escena del crimen en el Bluff. Será divertido.

Austin enarcó una ceja. —¿Divertido? —Desde que Ridley se había enterado de que su mujer estaba embarazada, estaba de un humor feliz y filosófico que contrastaba con su tamaño de *linebacker* y su rostro severo y serio.

—Perdona —dijo Ridley—. Divertido no. Interesante. Importante. Sé que tienes curiosidad.

Austin intentó leer a Sy, quien había aprovechado su intercambio con Ridley para consultar el móvil. Parecía desinteresada, como una

adolescente en un trabajo de cara al público que solo espera a que termine su turno.

Pero Ridley tenía razón. Sí *que* tenía curiosidad. Y no solo por Jack Hammeron, Adam Del Guado y Joey Blake. Tenía curiosidad por saber por qué Sy actuaba de forma tan extraña y quién le había pedido que le consultara a él.

—Conduzco yo —dijo Austin—. ¿Alguien más quiere un café para el camino?

4

—¿Y cómo es que un exdetective de la policía de Nueva York acabó aquí? —Sy bajó un poco la ventanilla y el coche se llenó de la brisa perfecta de Hansville. Pura y fresca, con olor a cedro y a mar.

Austin no respondió.

Ridley le había ofrecido el asiento del copiloto y se había apretujado en el asiento trasero de la camioneta de Austin.

Sy se aclaró la garganta. —¿Lo siento. Ridley me ha hablado de tu mujer. Sé lo que pasó. Pero ¿por qué Hansville?

—No pasa nada —dijo Austin—. De niño viví un tiempo en Bremerton. Cuando decidí mudarme, pensé: «¿A qué distancia de Nueva York puedo irme?». Luego me enteré de que la cafetería estaba en venta y, bueno, quería perfeccionar mi receta de raviolis de langosta. Todo fue muy rápido. —Sonrió e hizo un gesto hacia el paisaje que se veía por la ventanilla—. No estaba en mi sano juicio, pero a veces de ahí salen buenas decisiones.

Llevaban diez minutos recorriendo la península, con Austin conduciendo hacia el sur desde su local y desviándose brevemente al este por Point No Point, donde, no hacía mucho, había ayudado a atrapar a un asesino en serie. Era extraño volver a aquel lugar. Había sido una de sus playas favoritas y seguía siendo una de las atracciones más populares de la zona, pero ya nunca volvería a ser lo mismo. Sy había hecho preguntas inteligentes, tanto sobre la zona

en general como sobre lo que había ocurrido por Navidad, de lo que había leído en los periódicos. Austin le había contado todo lo que sabía sobre la zona, y Ridley completaba la información cuando a él le fallaba la memoria.

Desde Hansville Road, giraron al oeste a través de Little Boston. A continuación, llegaron al otro lado de la península y tomaron Hood Canal Drive. Rumbo al norte, cruzaron una serie de badenes y curvas, incluida una curva de herradura que descendía bruscamente y parecía que iba a arrojarlos por el acantilado hasta la playa. Cada curva ofrecía una nueva e impresionante vista de las montañas, los árboles, el cielo y el agua.

Sy levantó el vaso de café que Austin le había dado. —Está bueno. Ni muy cargado ni muy aguado.

Austin la miró, sorprendido por el cumplido. Su tono se había suavizado y no estaba seguro de por qué. —Nos lo trae un tostador de Seattle dos veces por semana.

—El paisaje…, el agua, las playas, los árboles… Entiendo por qué te mudaste aquí. —Bebió un sorbo de café—. Siento haber sido borde antes. Es que… no es así como me imaginaba mi primer gran caso.

—Entendido —dijo Austin—. Quizá ayudaría si…

—No preguntes quién me dijo que contactara contigo.

Austin bajó la ventanilla y señaló hacia el agua. —Esta es la costa oeste de la península. El puerto deportivo está ahí abajo. Driftwood Keys. Piscina, parque, zona de playa. Foulweather Bluff no está lejos. ¿Así que nunca habías estado aquí?

—Una vez —contestó—. Y… —Dejó la frase en el aire—. Mira, antes me he portado como una imbécil. No es por ti, ni por el caso. Bueno, un poco sí es por el caso. El NCIS no es como en la tele. No tenemos un caso nuevo y sensacional en cada episodio. Las víctimas de este caso eran héroes. Resolverlo sería un gran logro para mí, y haría que todas las gilipolleces con las que tengo que lidiar valieran la pena.

Austin intuyó que había algo más. —¿Has dicho que habías estado aquí una vez?

—Con mi marido. —Parpadeó—. Qué recuerdos tan raros.

Austin no sabía cómo tomarse aquello. —¿Ah, sí?

—Falleció en un accidente de submarino. Hace cuatro años. Era buzo de la Marina. Soldador.

Aunque intentaba mantenerse al día de las noticias de la Marina y su madre le informaba de vez en cuando, no recordaba haber oído nada sobre el accidente. Pero aquello hacía que su extraña actitud tuviera más sentido. —Lo siento —dijo.

Condujeron en silencio, cada uno mirando por su ventanilla. Austin giró en Twin Spits Road, en dirección oeste hacia Foulweather Bluff. Sabía mejor que nadie que un «lo siento» no era suficiente, pero a veces era todo lo que había.

—Ni siquiera recuerdo por qué vinimos —dijo Sy—. No era ninguna ocasión especial ni nada. Quizá tenía algún amigo por aquí y vinimos a una barbacoa o algo así. Es curioso lo que una recuerda. Llevaba años sin pensar en este pueblo. Y, de repente, llegamos y los recuerdos empiezan a aflorar. Cuando bajamos la colina hacia el pueblo y vi el agua y luego la isla Whidbey a lo lejos, fue como un *déjà vu*, y entonces…

—No hace falta que digas nada más —la interrumpió Austin—. Lo entiendo.

—No llegué a conocerlo —dijo Ridley—, pero el sheriff Daniels me dijo que era el mejor buzo que tenía la Marina.

—Gracias —respondió Sy. Se giró para mirar a Ridley, que tenía las rodillas casi a la altura de la barbilla en el asiento trasero—. Debería haberte cedido el asiento de delante.

—No te preocupes. Quería que disfrutaras de las vistas.

—¿Tu mujer? —preguntó Sy—. ¿De cuánto está?

—De cinco meses.

—Ella… —A Sy se le quebró la voz y se apagó mientras Austin detenía la camioneta en el arcén y apagaba el motor—. Solo asegúrate de que sepa que la quieres.

—Lo sabe —dijo Ridley.

Cuando Austin abrió la puerta, se detuvo en seco. Tenía la boca llena de un sabor a… ¿a qué? Era como una mezcla de todos los sabores umami —champiñones, algas, filete y miso—, casi como el sabor de la tierra fértil, pero en forma viscosa, como si hubieran

estado macerados en aceite. Vio a Sy bajar y luego esperó a que Ridley saliera del asiento trasero. Su sinestesia nunca se había manifestado de esa manera y no tenía palabras para describir la emoción. Alzó la vista hacia el pequeño trozo de cielo azul que se veía entre dos árboles de hoja perenne. La única forma en que podía describir la sensación era como si el peso de la historia se hubiera trasladado al momento presente. Pensó en Fiona, en Sy perdiendo a su marido en un accidente fortuito, en Ridley y su mujer esperando un hijo. Era como si la historia y el implacable paso del tiempo hubieran cobrado peso y se hubieran asentado en su interior.

—¿Austin? —dijo Ridley—. ¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza, intentando volver al presente, y luego les hizo un gesto a Ridley y Sy para que pasaran por debajo de la cinta policial amarilla tendida entre los árboles al principio del sendero. No podía darle más vueltas y no quería hablar de ello.

Un poco más adelante, Austin se agachó para pasar por debajo de una rama baja. —Está a una media milla, más o menos. La playa está protegida, así que no se admiten mascotas, y no hay más forma de llegar que por este caminito. —Lo que pensaba, pero no dijo, era que era un buen lugar para asesinar a alguien. Estaba apartado y, como la playa estaba rodeada de marismas, no estaba bordeada de casas como muchas de las playas de la zona. Incluso en los preciosos días de verano, rara vez veía a más de unas pocas personas allí, aunque no iba a menudo porque no dejaban entrar a Run.

Sy se detuvo, apoyándose en un cedro cubierto de musgo. —He leído el caso original, así como el expediente de cuando se reabrió este asunto. —Dejó caer la cabeza hacia atrás, contemplando el dosel de ramas de hoja perenne sobre ella—. ¿Por qué demonios estarían aquí tres de nuestros mejores hombres de la Marina esa noche? ¿Y cómo pudo alguien apañárselas para matarlos a los tres?

Ridley la rodeó en el sendero. —Eso es lo que yo me he estado preguntando. Los tres eran más que capaces de defenderse. Que una sola persona acabe con todos ellos… no es imposible, obviamente, pero no es probable. Por supuesto, los expedientes del

caso no dicen nada sobre cómo fueron asesinados. Quizá lo descubramos hoy.

Continuaron por el sendero. —¿Tenéis *algo* ya sobre la causa de la muerte? —preguntó Austin—. ¿Balas, pruebas de violencia o solo las medallas?

—Nada todavía. Ahora tenemos a todo un equipo allí —dijo Sy—. Lo sabrás cuando yo lo sepa.

La maleza se espesó y, de repente, el agua apareció entre dos árboles. Sy lo adelantó, guiando el camino desde el acantilado hasta la playa. La zona de actividad estaba a solo cien metros del final del sendero, en un punto donde la marisma herbosa se unía a la playa en una línea de madera arrastrada por la corriente. Habían puesto más cinta policial, extendida entre estacas clavadas en el suelo y marcando una zona del tamaño de medio campo de fútbol. Dentro de la cinta, trabajaban una media docena de personas.

Mientras se acercaban a la cinta policial, un equipo de dos hombres y una mujer se aproximó. Austin se quedó un par de pasos por detrás, satisfecho con escuchar.

—Austin y Ridley —dijo Sy—, este es el equipo de ensueño. Marty Greelish, odontólogo forense; Sandra O'Cleary, antropóloga forense, y David Blowenstein, patólogo forense.

Austin les estrechó la mano, pero ellos rápidamente volvieron a centrar su atención en Sy. Fue Blowenstein quien habló primero. —La noche en que estos tres hombres murieron fue inusualmente fría. Unos cuatro o cinco grados en mayo. Lo he buscado. —Blowenstein rondaba la cuarentena, como Austin, pero tenía cara de niño y hablaba como si estuviera en un escenario, proyectando la voz como si intentara llegar a alguien en el agua.

Greelish, el odontólogo forense, soltó un suspiro silencioso y murmuró entre dientes: —Ya empezamos. —Era mayor, con gafas negras y pelo corto y canoso a juego con su perilla. Austin pudo percibir una rivalidad.

Blowenstein lo despachó con un gesto. —Lo digo porque esperamos encontrar ropa, una chaqueta de fibra sintética o algo por el estilo, algo que pudiera haber resistido treinta años. De momento, nada.

—Pero tenemos huesos —gorjeó O'Cleary—. Oh, sí, tenemos *huesos*. —Tenía un marcado acento irlandés y hablaba como si estuviera describiéndole un postre especial a un niño.

Blowenstein sonrió. —Desde luego, tenemos huesos.

Austin ya había visto esto antes. Esa gente no salía mucho del laboratorio y era posible que solo trabajaran en un puñado de casos como este en toda su carrera. Aun así, su entusiasmo le resultaba repelente. Al fin y al cabo, estaban escarbando en la arena y el barro para encontrar los restos de tres soldados muertos.

—Déjese de rodeos —ladró Sy—. Dígame lo que tiene.

Greelish se ajustó las gafas. —Dientes de los tres hombres. Con un 99,99 % de certeza. Puede que todo el rollo que estos dos le van a soltar en los próximos minutos sea cierto o no. Una cosa sabemos: los tres hombres de la Marina desaparecidos están muertos, y sus cuerpos acabaron todos aquí.

Austin asintió. Le gustaba la gente que presentaba los hechos sin florituras.

—No tienes ninguna gracia —le dijo O'Cleary—. Yo...

—Si me permite —intervino Blowenstein.

—¡Pues *no* te permito! —dijo O'Cleary. Medía la mitad que Blowenstein y sonaba como un duende enfadado—. Ni siquiera deberías *estar* aquí. ¿De qué coño va a servir un patólogo cuando lo único que tenemos son fragmentos de huesos y dientes?

—Estudié escenas del crimen y...

—Solo voy a decir esto una vez —dijo Sy, levantando un dedo para acallarlos—. Enterrad vuestros malditos egos en la arena ahora mismo. —Dirigió el dedo hacia Blowenstein antes de que pudiera protestar—. Silencio.

Mirando a O'Cleary, Sy dijo: —Solo hechos. Adelante.

O'Cleary se aclaró la garganta. —Fragmentos de cráneo que creemos que pertenecen a tres hombres diferentes. Dos con indicios de entrada de bala, aunque de momento solo puedo decirlo con un sesenta por ciento de certeza. Sabré más pronto. Múltiples fragmentos óseos más. Algunos de animales —ciervos, mapaches—, pero sin duda también humanos. Un omóplato de un varón definitivamente astillado de forma compatible con una herida de

bala, pero... han pasado treinta años... nunca podré darle la certeza que él puede. —Señaló con la cabeza en dirección al dentista, luego bajó la mirada y retrocedió un paso.

—Gracias —dijo Sy, volviéndose hacia Blowenstein.

Austin recorrió la playa con la mirada, intentando imaginar una situación en la que tres hombres hubieran sido liquidados aquí. También era bastante posible, se dio cuenta, que no los hubieran matado aquí en absoluto. Quizá los habían matado en otro lugar, incluso por separado, y luego el asesino los había traído aquí para ocultar los cuerpos.

Blowenstein dijo: —Sin cuerpos recientes, todo lo que digamos —aparte de lo de los dientes de Greelish— implicará cierta especulación. No podemos decir mucho sobre la distancia de disparo. No hay marcas en la piel que estudiar. Ni heridas por contacto. Ni depósitos de gases. Ni hollín. No tenemos nada de eso.

—Ya sé lo que *no* tiene —dijo Sy, impaciente—. Dígame lo que *sí* tiene.

—Hay buenas noticias y... —Blowenstein se puso serio—. Deberíamos haber empezado por aquí, porque probablemente demuestra que los hombres fueron asesinados en este lugar, no simplemente abandonados aquí después de muertos. Casquillos de bala. De fusil. Un calibre veintidós normal y corriente. Tres hasta ahora, pero apuesto a que encontraremos más. Y acabamos de encontrar esto. —Levantó una diminuta bolsa de plástico.

Austin inclinó la cabeza para que el sol iluminara el casquillo de bala que había dentro.

No se parecía a nada que hubiera visto antes.

5

Sy cogió la bolsita y la examinó, para luego pasársela a Austin. La bala era de acero, con una extraña base de latón y la parte trasera hueca.

—¿Quién demonios usa este tipo de bala? —preguntó Sy.

—¿Y de qué tipo *es*? —preguntó Austin pasándole la bolsita a Ridley.

—Rusos —dijo Ridley, que hablaba por primera vez—. Hace cincuenta años. —Al igual que Austin, había optado por mantenerse en segundo plano y escuchar. Después de todo, Sy llevaba la voz cantante.

Blowenstein asintió. —Y coleccionistas. O simplemente excéntricos.

—De 7,62 mm —dijo Ridley—. No recuerdo cuál, pero se diseñó para una pistola experimental de la era soviética. Resultó ser un arma malísima, pero este diseño sin casquillo fue algo que probaron.

—¿Dónde se encontró en relación con las balas de fusil? —preguntó Sy.

Blowenstein señaló un tronco a unos treinta y cinco metros playa abajo. —Más lejos. Y si me permitís… —agachó su corpulenta figura por debajo de la cinta policial y los guio hasta el tronco—. Tengo una teoría. Y quiero decir *teoría*. Todas las medallas y los huesos se

encontraron en el mismo sitio, más arriba, cerca de la marisma. Esta bala se encontró aquí.

Sy miró a O'Cleary. —¿Hay alguna forma de saber si una de estas balas mató a una de nuestras víctimas?

O'Cleary negó con la cabeza. —No es probable. En el laboratorio haremos los análisis, pero no tengo muchas esperanzas. Los huesos simplemente no tienen suficientes marcas como para ser concluyentes sobre nada.

Blowenstein intervino: —Mi teoría es que a uno de los hombres lo mataron aquí abajo con la pistola que corresponde a esta bala tan rara. Luego, puede que el tirador lo estuviera arrastrando hacia las marismas para esconder el cuerpo y se topara con los otros dos hombres, o ellos se toparon con él.

Sy lo miró con escepticismo. —¿Y los mató con un arma *diferente*?

—No es gran cosa —admitió Blowenstein.

—Como le dije cuando llegó —dijo Greelish, pasándose una mano por la perilla—, lo único que sabemos a ciencia cierta es que tenemos los dientes de tres hombres muertos. El resto es pura especulación.

De vuelta en su cafetería, Austin acompañó a Sy y a Ridley a través del aparcamiento, deteniéndose junto al todoterreno de Sy.

—¿Alguna idea? —preguntó ella, apoyándose en la puerta.

—No muchas —dijo Austin—. Vamos, que no tenéis casi nada.

—Esto es una caja negra —dijo Ridley—. No te envidio. Lo de esa bala es algo que hay que investigar, pero la munición antigua de la era soviética inundó el mercado hacia el final de la Guerra Fría. —Se quedó pensativo un momento, pasándose una mano por la calva—. Aunque no creo que fabricaran mucha de ese tipo. No sé. Es algo que investigar.

Sy asintió y se giró hacia Austin. —No me pondré en contacto contigo por el caso; mi promesa solo llegaba hasta incluirte en la

visita inicial y para que te hicieras una idea de la situación… —Le lanzó una mirada extraña—. Pero sí que contactaré por esos raviolis.

Austin estaba confuso. Miró de Sy a Ridley y luego de nuevo a Sy.

—Dijiste que viniste aquí para perfeccionar la receta —dijo Sy—. He oído que están buenos. —Y dicho esto, abrió la puerta y se deslizó en el asiento del conductor.

Ridley enarcó una ceja en dirección a Austin y luego la siguió al interior del coche.

Los vio alejarse, preguntándose si ella había estado coqueteando. Sinceramente, ya no estaba seguro de cómo saberlo. Entre su actitud tan cambiante y el caso único en la vida en el que lo habían involucrado brevemente, había sido una mañana extraña.

Mientras se acercaba a la puerta de su cafetería, una voz familiar lo asaltó desde las sombras. —¿Quién era esa?

Era Anna Downey. Estaba sentada en una silla de madera en una de las dos mesas exteriores que Austin había puesto de cara al agua.

—Nadie —dijo Austin—. Quiero decir, Ridley y…

—Vaya, no sabía que Ridley y «Nadie» eran amigos. Qué interesante. —Fingía estar más enfadada de lo que estaba, pero sin duda se encontraba en un punto intermedio entre la irritación y el fastidio.

Austin se sentó en el asiento vacío a su lado. —No puedo decir nada.

Anna frunció el ceño. —¿Tiene que ver con que Foulweather Bluff esté cerrado?

Austin guardó silencio.

—¿Has oído algún runrún en la base naval? A mí me han llegado algunos.

De nuevo, Austin no respondió.

—¿Y quién era esa mujer que iba con Ridley? Quiero decir, del NCIS, obviamente, pero ¿cómo se llamaba?

—¿Es que *nunca* dejas de trabajar en un reportaje?

Ella negó con la cabeza. —¿Conoces a alguien allí con quien pueda hablar? O sea, tengo mis fuentes, pero nunca vienen mal

unas mejores.

Su tono era menos amable que hasta su cita fallida. La había visto una o dos veces desde entonces, pero se había vuelto más formal y, sin duda, había dejado de mostrar interés en una relación romántica. Él no podía culparla. Le había preparado una cena especial y él había estado demasiado obsesionado con un detalle sin importancia en su investigación del asesinato de Fiona como para valorarlo.

Un Chevy Malibu verde se detuvo y Anna retrocedió. —Oh, no.

—¿Qué?

—Creo que es... sí. Davey Wragg. Oh, Dios.

Un hombre alto y delgado salió del coche y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de la cafetería. Cuando los vio, cambió de rumbo, ignorando a Austin y deteniéndose frente a Anna. —¡Anda, mira quién está aquí!

Llevaba los vaqueros holgados y mugrientos, y una camiseta blanca casi oculta por una sudadera verde con capucha. Unos mechones grasientos de pelo castaño claro asomaban bajo su gorra azul de los Mariners.

—Davey. ¿Cómo está usted? —Anna no lo miró a los ojos.

—Mejor ahora —dijo él—. ¿Por qué no me devolvió la llamada?

Por fin, ella levantó la vista. —Lo siento. No éramos compatibles. Debería habérselo dicho sin más.

Él sacó un palillo de plástico del bolsillo y empezó a morderlo. Todavía no le había dirigido ni una mirada a Austin, pero este lo reconoció. Había estado en la tienda al menos un par de veces.

—¿Miller Lite? —dijo Austin, intentando romper el gélido silencio —. Creo que le vendí una caja de Miller Lite una vez.

Wragg lo miró de reojo. —Puede ser. —Se giró ligeramente, interponiéndose entre Austin y Anna—. *Debería haberme* devuelto la llamada.

—Estoy en medio de algo —dijo Anna, con sequedad.

—Las mujer que no me devuelven la llamada son…

Anna se levantó bruscamente. —En primer lugar, se dice «mujeres». Y en segundo lugar, no me amenace.

Él se lamió los labios secos y agrietados. —Me gusta una mujeres enfadada. Me da algo que *someter*. —Se inclinó, agachándose para ponerse justo delante de la cara de Anna. Ella intentó apartarlo de un empujón, pero él la presionó como si intentara forzarla a sentarse de nuevo en la silla.

En un solo movimiento, Austin se puso de pie mientras lanzaba el brazo derecho hacia delante, agarrando la muñeca de Wragg y retorciéndosela a la espalda, justo hasta el punto en que le dolería un infierno, pero sin rompérsela.

Wragg se retorció, intentando seguir la dirección de la torsión, y se liberó al caer en el aparcamiento de grava. Se levantó de un salto más rápido de lo que Austin habría creído posible con esos vaqueros anchos.

—Eso ha sido un error —dijo Wragg, con voz dura pero no especialmente intimidante.

—El error —dijo Anna, apartando a Austin de un empujón— fue salir con usted para empezar.

Wragg se lamió los labios de nuevo, mirando a Anna como si hubiera olvidado que Austin estaba allí. ¿Qué demonios le pasaba a este tipo? Aparte de decir «mujer» cuando quería decir «mujeres» y viceversa, tenía un comportamiento casi amenazador, pero resultaba demasiado extraño, demasiado increíble, como si apenas supiera lo que estaba haciendo.

En cualquier caso, Austin ya había visto suficiente.

En tres zancadas, se plantó pecho contra pecho con Wragg.

—¿Sabe usted quién soy?

—El tipo del este que compró la tienda —se lamió los labios—. ¿Has cruzado el país para venir a follarte a nuestras mujeres?

Austin lo agarró por la capucha de la sudadera, que era del mismo verde oscuro que su Chevy, y lo arrastró por el aparcamiento mientras Wragg pataleaba en la grava.

Austin abrió la puerta del coche de un tirón, estampándosela a Wragg en la cabeza con la fuerza justa para hacerle daño, pero no para dejarlo inconsciente, y luego lo empujó al asiento del conductor.

—No vuelva a poner un pie en mi propiedad. Tiene la entrada prohibida de por vida —se inclinó hasta quedar nariz con nariz con el tipo, hasta oler el aliento a tabaco rancio—. Y como vuelva a ponerse en contacto con Anna... —negó con la cabeza como si no pudiera ni describir lo que le haría—. *No* vuelva a llamarla.

Cerró la puerta de un portazo tan fuerte que pensó que podría hacer añicos la ventanilla. Luego se apartó y se quedó mirando a Wragg, que se estaba revisando la cabeza en el retrovisor en busca de sangre.

Austin siguió mirándolo fijamente hasta que Wragg salió del aparcamiento, y entonces volvió a la tienda.

—¿Ves por qué quería salir contigo? —dijo Anna—. Ese es el tipo de tío con el que me emparejaban las aplicaciones de citas.

—No es para tomárselo a broma —dijo Austin—. ¿Estás bien?

Ella asintió y entraron. Algunos de los clientes habían dejado sus mesas para cotillear el alboroto, mirando por los grandes ventanales que daban al aparcamiento.

—Ese tío ha sido un grano en el culo por aquí desde que era un crío —dijo el señor McGuillicutty. Por lo visto, habían devuelto a la pequeña Olivia a sus padres y luego habían vuelto a su cafetería a comer.

—Se meó en mis tulipanes cuando tenía nueve años —añadió la señora McGillicutty.

—Siento lo que ha pasado —dijo Anna mientras se sentaban en la barra—. Salí con él una vez hace un año. Nos conocimos en una de esas aplicaciones de citas de mierda. Además de no tener un duro, me dio mal rollo en varios sentidos. Y créeme, la foto de su perfil *no* era así.

—No tienes por qué disculparte —Austin todavía estaba un poco alterado. Nunca había tenido que echar a nadie de su tienda, nunca había tenido un encontronazo como ese con un cliente—. ¿Vive aquí?

—Quedamos en un restaurante. Pero sí, en algún lugar en el bosque. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro, a no ser que sea para volver a quién era la mujer que iba con Ridley y por qué han cerrado Foulweather Bluff.

Ella sacudió una mano en el aire.

—Eso ya se lo sacaré a otro.

—Trato hecho.

El móvil de Austin vibró y reconoció el número de Ridley. Disculpándose, cruzó el aparcamiento hacia la playa, dejando que el sol brillante le calentara la cara.

—¿Rid?

—Austin, Sy acaba de dejarme en mi coche. Pasa algo raro.

—¿Estaba ligando conmigo? —se sorprendió Austin a sí mismo por soltarlo sin más.

—Sí, pero, lo creas o no, *no* te llamo por eso.

Austin se rio entre dientes.

—Lo siento, es que... he perdido la capacidad de darme cuenta. Te escucho.

—Sy ha recibido una llamada de vuelta. La ha dejado saltar al buzón de voz, pero era un número oculto. Ha parado y me ha hecho bajar del coche. Ha llamado a alguien. Después de eso, se ha cerrado en banda. Me ha dicho: «Gracias por todo», como si hubiéramos terminado.

—Vale, pero es su caso, ¿no?

—Es más su caso que el mío, pero también es mío. Jurisdicciones solapadas. Te he enviado un correo.

Austin se dio cuenta de que Anna lo observaba, posiblemente escuchando a escondidas, y dio unos pasos más hacia la playa.

—Para, para, para. ¿Que me has enviado qué?

—Archivos.

—¿Del caso? ¿*De este* caso? Se supone que no debería tenerlos.

—Pero yo sí —dijo Ridley—. Y estás contratado.

—¿Contratado para qué?

—Parece que Sy ha descartado a mi departamento. Pero eso no significa que yo vaya a hacer lo mismo.

—¿Eh?

—No estoy seguro de qué trama —dijo Ridley—, pero tengo todo el derecho del mundo a llevar a cabo mi propia investigación. Le guste o no, esto ha pasado de ser un caso de desaparición sin resolver a una investigación por asesinato en mi condado.

Austin tenía cientos de objeciones. —Pero…

—Sí, sí, sí. Ya he oído tus objeciones antes, Austin. Esta vez no.

No se sentía cómodo teniendo los archivos, pero, técnicamente, era Ridley quien se había extralimitado al enviárselos. ¿Qué mal podía hacerle echar un vistazo?

—Dedícale una o dos horas a los archivos —continuó Ridley—, y no me cabe duda de que te implicarás de lleno.

Austin ya estaba abriendo el correo electrónico en el móvil. —Seguimos en contacto.

6

Compra un portátil nuevo en una tienda que no hayas visitado nunca. Descarga el navegador TOR. Consigue una VPN. Descarga la aplicación InvisibleVideo. Crea un nombre de usuario. Envía un mensaje al usuario ***ghrpdhal784hfjal*** *y espera. No respondas a este mensaje. No vuelvas a llamarme. Nunca. Casi consigues que me maten.*

Eran las cinco de la mañana y Austin ya había leído el mensaje tres veces. Apenas el día anterior se había descargado la aplicación de mensajería encriptada Signal y ya había recibido noticias del misterioso mensajero que supuso que era Michael Lee.

Tras haberse quedado hasta tarde leyendo los archivos que le había enviado Ridley, se había despertado con Run lamiéndole la cara y, al darse la vuelta en la cama, se había encontrado con una nueva notificación. El mensaje había llegado en plena noche.

No entendía qué estaba pasando, pero estaba seguro de que seguiría las instrucciones al pie de la letra. Sin embargo, con lo negado que era para la tecnología, necesitaría algo de ayuda.

Abrió un nuevo mensaje y le escribió a Ridley.

He leído parte de los archivos. Seguiré con una condición: permítame «tomar prestada» a Samantha para un pequeño trabajo, con su permiso. Le pagaré. Es un asunto de ordenadores con el que

necesito ayuda. No quiero dar más detalles, pero le prometo que no la meterá en ningún lío.

Para su sorpresa, Ridley le respondió enseguida.

De acuerdo, siempre que ella esté de acuerdo y sea fuera de mi horario laboral. Llámeme cuando haya tenido más tiempo con los archivos. No todo lo de la investigación original se escaneó o, al menos, yo no lo conseguí todo antes de que Sy dejara de compartir.

Austin entró en la cocina y se sirvió una taza de café frío que quedaba en la cafetera del día anterior. Se lo bebió en tres grandes tragos, luego puso una cafetera nueva y llamó a su madre.

—Austin, es temprano por ahí.

—Siempre me levanto a esta hora. —Abrió la puerta y lanzó una pelota de tenis al jardín. Run salió disparada tras ella y regresó un instante después. A pesar de su cuerpo robusto y bajo, era rápida como el rayo—. ¿Cómo está papá?

Podía oír la televisión de fondo y, como siempre, eran las noticias del cable a todo volumen. —Peor que nunca.

Sus padres seguían viviendo en la costa este, donde su madre cuidaba de su padre, que estaba en el tercer año del largo adiós. Le habían diagnosticado alzhéimer antes de que Fiona muriera y, desde entonces, las cosas solo se le habían puesto más difíciles a su madre. Austin supuso que también era duro para su padre, pero hacía años que no mantenían una conversación en condiciones. Su padre había sido un gran aficionado al fútbol y todavía recordaba goles concretos marcados en Mundiales de antes de que Austin naciera, pero normalmente no recordaba a su propio hijo. Eso hacía que Austin se sintiera impotente y vagamente culpable de que no hubiera nada que pudiera hacer.

—¿Algún momento bueno? —preguntó Austin.

—Ya tuvimos nuestra ración antes —dijo su madre con tono indiferente—. Este es el precio que pagamos. —Podía oír sus pasos sobre el suelo de madera. Siempre caminaba de un lado a otro mientras hablaba por teléfono.

Austin volvió a lanzar la pelota. —Hay algo que quiero preguntarte.

—¿Triple homicidio?

Austin se arrodilló para cogerle la pelota a Run, que ya había vuelto. —¿Cómo lo sabes?

—La desaparición de esos chicos fue muy sonada. Se corre la voz. Es increíble que encontraran sus restos. Las medallas.

Austin hizo una pausa, sosteniendo la pelota de tenis empapada entre el pulgar y el índice. —Espera, *¿cómo* se corre la voz, exactamente?

—Capitán Luke Seymour Garrison.

El nombre le sonaba, pero Austin no conseguía ubicarlo. —Es...

—El segundo oficial al mando en Bremerton. Trabajamos juntos en algunas cosas hace mucho tiempo.

—¿Existe la posibilidad de que le dijeras que me metiera en este asunto?

Run ladró y Austin le lanzó la pelota para luego entrar en casa. Run la recogió y lo siguió, pisándole los talones.

—¿Yo? ¿Pedírselo? —Su madre pareció sorprendida—. No. Me enteré anoche. Solo mencionó que podrías estar involucrado. Llevaba unos días ignorando sus llamadas y finalmente cedí y contesté. Estaba coladito por mí.

Austin quiso taparse los oídos. Su madre siempre había hablado de sus relaciones con más naturalidad que él o su padre.

Se aclaró la garganta. —Pero eso es muy emocionante. Es un caso importante.

—Hay una mujer interesante del NCIS que se llama Symone Aoki. Me pidió ayuda, más o menos. Y luego..., bueno..., no estoy del todo seguro de lo que pasa, pero no estoy seguro de querer meterme. Tengo la sensación de que este caso podría ponerse feo. La Marina tiene un peso, una gravedad. Lo absorbe todo y a veces...

—Nunca se sale de ahí. Lo sé. No tienes que hablarme de la Marina, hijo. Pero recuerda el dicho de Fiona.

La mirada de Austin se posó en la placa de la pared, la que Fiona había tenido en su despacho.

Cada segundo

De cada día

Cada víctima merece lo mejor de mí

Junto a ella, había colgado la placa que le había regalado Anna.

Merece la pena luchar por el mundo.

—Lo sé, mamá. Pero la Marina es un mundo aparte. Sostiene toda la economía de la zona, está metida en todo.

—Espera un momento. «Hay una mujer *interesante* del NCIS que se llama Symone Aoki». Conozco ese tono. Esa forma de hablar.

—*Mamá*, por favor.

Run soltó un quejido y se tumbó a sus pies, olisqueando con el hocico la pelota de tenis que se había metido entre las patas delanteras.

—No me vengas con «mamás». Recuerdo que la primera vez que te gustó una chica en el instituto, no lo dijiste abiertamente. Dijiste: «Hay una chica *interesante* en el club de debate que bla, bla, bla». *Conozco* ese tono. Igual que tu padre. Todo formal y estirado.

—¿Podemos hablar de...?

—Calla, que la estoy buscando en Google.

Austin abrió la puerta y se sentó en la escalera, lanzando la pelota al otro lado del jardín. Ahora sí que la había liado. Más o menos un año después de la muerte de Fiona, su madre había empezado a darle la lata con los nietos. Cada vez que mencionaba siquiera a una mujer —ya fuera una compañera de trabajo o la chica que le llevaba la pizza—, su madre se deshacía.

—Agente Especial del Equipo de Respuesta a Casos Graves —dijo su madre lentamente, probablemente leyendo de una página web—. Eso es impresionante. Y, *ayyyy*, es guapísima. No me habías dicho que era guapísima.

—No te he dicho nada, mamá, aparte del hecho de que *existe*.

—¿Es de ascendencia japonesa? —preguntó su madre.

—No lo sé. Supongo que sí. Y sí, es muy guapa y...

—¿Más guapa que la periodista?

—*Mamá*, no he llamado para esto. —Le había hablado de Anna muy por encima y nunca había mencionado su físico.

—Yo también quería mucho a Fiona. —El tono de su madre se había vuelto serio—. Lo sabes. Era la hija que siempre quise tener. Todavía lloro por ella. Pero tú eres lo bastante joven como para tener hijos. Fiona querría eso. Sé que lo querría.

Austin observó cómo el sol se abría paso entre los últimos jirones de niebla y centelleaba en el agua. Sabía que su madre tenía razón. Fiona querría que él siguiera adelante. Pero una cosa era saberlo y otra muy distinta, sentirlo.

—Has dicho que Garrison mencionó que yo podría estar involucrado. ¿Sería *él* quien ha pedido que yo formara parte de esto? Estoy intentando averiguar por qué la mujer del NCIS se me acercó para empezar.

Su madre guardó silencio un rato, como si estuviera decidiendo si le dejaba escabullirse del interrogatorio. —El capitán Garrison es el único de allí que conocía y que está en un puesto lo suficientemente alto. No creo que lo conozcas, pero podría saber que eres mi hijo.

Austin lo sopesó. —¿Así que te llamó varias veces, no le cogiste el teléfono, luego yo me vi involucrado ayer y entonces hablaste con él anoche?

—Probablemente sea solo una coincidencia —dijo su madre.

Austin no respondió, pero lo dudaba.

Run había estado esperando pacientemente a que le prestara atención, y él alargó la mano y le acarició la cabeza. El móvil le vibró en la mano y lo puso en manos libres mientras su madre comenzaba una larga diatriba sobre que necesitaba tener hijos y lo monos que serían sus posibles bebés con Symone.

Ridley le había enviado un mensaje.

He recibido una carta de Sy exigiendo la devolución de todos los archivos relacionados con la desaparición del Día de los Caídos. Algo muy raro está pasando aquí. Llámeme en cuanto pueda.

7

Austin se quedó mirando el mensaje mientras su madre terminaba su monólogo sobre sus posibles nietos. —Sabes, a tu padre y a mí también nos *encantó* visitar Japón. Si Symone *es* de ascendencia japonesa, podríamos ir a visitarla y, bueno, tu padre no podría, pero ya nos las apañaríamos.

—Mamá, por favor. —Austin se quitó los zapatos por instinto en la entrada mientras Run pasaba como una flecha a su lado. Ambos entraron en la cocina—. Y antes de que digas nada, *sí*, estaba escuchando, y *no*, no tengo ningún plan de tener hijos. Ni con la mujer que conocí hace menos de veinticuatro horas, ni con nadie más. —Antes de que ella pudiera protestar, añadió—: Pero serás la primera persona a la que llame cuando eso cambie.

—Aceptable —dijo ella—. Otra cosa. Si puedes ayudar a averiguar qué les pasó a esos hombres, tienes que hacerlo. Por mí, por la Marina, por Fiona y por ti mismo.

—Lo entiendo. Mamá, tengo que irme. Dile a papá que le quiero.

—Lo haré.

Colgaron y Austin se sirvió una taza de café. Run se tumbó en el suelo, bloqueándole el paso al salón. Austin pasó por encima de ella y llamó a Ridley mientras se sentaba en el sofá. —¿Qué pasa, Rid?

—Seguro que te diste cuenta de que Sy actuaba de forma extraña ayer, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, después de la llamada de ayer se volvió muy reservada, como si no quisiera compartir nada más conmigo, ni siquiera hablar del caso. Esta mañana hemos recibido una carta y... espera un momento...

Austin oyó pasos y el ruido de papeles. —Es de la oficina del Equipo de Respuesta a Casos Graves del NCIS. Dice: «A quien corresponda. No seguiremos comunicándonos con la oficina del sheriff de Kitsap en relación con el caso del posible triple homicidio en Foulweather Bluff. Les rogamos que devuelvan todos y cada uno de los documentos que hemos compartido con ustedes hasta la fecha, y que cesen toda investigación sobre este asunto».

Austin subió los pies al sofá. —En otras palabras: «Nosotros nos encargamos a partir de ahora».

Ridley se rio entre dientes. —Más bien: «Que os den. Nosotros nos encargamos a partir de ahora».

—¿Tú qué crees? —preguntó Austin.

—Podrían ser muchas cosas. Pero a lo mejor han descubierto algo, algo que no quieren que se sepa.

—Puede ser —dijo Austin—. O a lo mejor han decidido llevarlo con secretismo. Podrían ser muchas cosas. En cualquier caso, no necesito que me convenzan más. Quieren que nos quitemos de enmedio, pero yo estoy dentro.

—¿Cuándo puedes estar aquí?

Austin se levantó y cogió la chaqueta de un gancho en la pared. —Solo tengo que pedirle a Andy que cuide de Run. Dame una hora.

El trayecto llevó a Austin a pasar la reserva de los S'Klallam de Port Gamble, atravesar Poulsbo —una ciudad conocida por su desfile de temática vikinga, las vistas de las montañas Olympics y su pintoresco ambiente noruego— y recorrer un tramo de carretera bordeado de árboles de hoja perenne hasta Silverdale. Llevaba un año y medio viviendo en la zona y pensaba que nunca se

acostumbraría a tanto verde. La tierra era verde todo el año aquí, pero en abril y mayo, los helechos, las enredaderas y las zarzas se unían al coro de árboles de hoja perenne, haciendo el paisaje aún más exuberante.

Aparcó su camioneta en la oficina del sheriff y se bajó. A pesar de sus esfuerzos por ignorar el sermón de su madre, tuvo que admitir que Sy le intrigaba. La consideraba guapa, era verdad, pero había algo más. Y no era solo que se hubiera vuelto esquiva con el caso. Tenía una tristeza que Austin conocía bien, la tristeza de un luto que nunca terminaría, a pesar de que la vida seguía. Se preguntó si por eso ella había pasado de ser fría a cálida y de nuevo a fría tan rápidamente. No le molestaba, pero era confuso. Le hizo darse cuenta de que sus interacciones con Anna podrían haber parecido exactamente de la misma manera.

Al final del pasillo, encontró a Ridley en la sala de reuniones, paseando de un lado a otro frente a una pizarra blanca gigante. Para su sorpresa, la mujer de Ridley, Rachel, estaba sentada en una esquina.

—Me alegro de verte —dijo Austin.

Ella se levantó. —Justo me iba.

—Lucy y Jimmy están de camino —dijo Ridley.

Rachel llevaba un vestido holgado y vaporoso, y sus rastas estaban recogidas en un moño elaborado.

—Enhorabuena por el bebé —dijo Austin—. Nunca he visto a Ridley de tan buen humor.

Ella se rio. —Solo tengo que pasarme el resto de nuestra vida embarazada. Eso le mantendrá la tensión baja.

Austin sonrió. —¿Cómo te encuentras?

—Bien, por ahora. —Empezó a salir—. Uno de nuestros coches está en el taller, así que lo he traído yo esta mañana.

—Bueno, me alegro de verte —dijo Austin.

Ridley se acercó, le dio un beso de despedida a Rachel y luego la vio marchar.

Por mucho que se alegrara por Ridley, algo se le retorció dolorosamente en el corazón. Había aprendido a apartarlo, pero

cada vez que veía a una pareja realmente feliz, el recuerdo de lo que él había tenido volvía.

Jimmy y Lucy entraron y se sentaron lo más lejos posible el uno del otro en la gran mesa plegable del centro de la sala. Llevaban años de idas y venidas, Austin lo sabía, y nunca podía adivinar qué esperar cuando entraban por la puerta. Supuso que en ese momento «estaban», ya que habían llegado juntos, pero que debían de haberse peleado en el coche de camino.

Ridley dio unos golpecitos en la pizarra con un rotulador. —Esta mañana he recibido una llamada del sheriff Daniels.

—¿Qué tal está el señor Nottingham? —preguntó Jimmy, dándole un trago a una bebida energética sin azúcar.

Lucy esbozó una mueca sarcástica. —Qué ingenioso.

—Esto es serio —dijo Ridley—. Va a estar en la Convención de Sheriffs del Noroeste del Pacífico los próximos tres días y, en cuanto le he enseñado la carta del NCIS, me ha dado órdenes directas de *no* investigar este caso. No debemos dar ni un paso más y no debo permitir que ninguno de mi gente lo haga. Y, desde *luego*, no debo contratar los servicios de Thomas Austin, investigador privado.

Lucy se jugueteaba nerviosamente un rizo de su pelo pelirrojo.

Jimmy flexionaba los bíceps enfundados en el uniforme. —¿Espera, entonces no vamos a intentar resolverlo?

—Claro que vamos a hacerlo —dijo Ridley, pegando unas fotografías grandes en la parte superior de la pizarra—. Solo tenemos que hacerlo antes de que vuelva a la ciudad.

Se apartó, y Austin se quedó mirando los rostros jóvenes de los tres marines que habían desaparecido treinta años atrás y cuyos dientes habían aparecido en la arena apenas el día anterior.

La inquietud que había sentido al enterarse del caso se había convertido en un abrumador sentido de la responsabilidad. No era solo que los hubieran asesinado. No era solo que fueran de la Marina. Jack Hammeron, Joey Blake y Adam Del Guado habían sido la flor y nata, y los habían asesinado llevando el uniforme y las medallas que atestiguaban su valor.

Este caso importaba de una docena de maneras que Austin sentía como algo personal.

8

En la pequeña sala de reuniones del Departamento del Sheriff de Kitsap, Austin se sentía extrañamente como en casa. Un año después de mudarse al estado de Washington, Ridley lo había llamado a su despacho para pedirle ayuda en una investigación. Había vuelto unas cuantas veces desde que zanjaron aquel primer caso, pero mientras Ridley garabateaba notas en la pizarra blanca y Jimmy y Lucy transmitían unas vibraciones extrañas que Austin no era capaz de interpretar, se dio cuenta de que estaba exactamente donde tenía que estar.

Creía en el credo de Fiona —toda víctima *merecía* lo mejor de él —, pero era algo más que eso. A Austin le encantaba este trabajo. Y, por primera vez desde que había dejado la policía de Nueva York, se dio cuenta de que lo echaba de menos de verdad.

—Bueno —dijo Ridley—, Symone y su equipo tienen los huesos, las balas, la escena del crimen, el personal y muchísimo más tiempo, dinero y recursos que nosotros.

Jimmy se rio.

—¿Y nosotros qué tenemos?

—Trabajo de campo —dijo Ridley—. Y contactos locales.

—No sé yo —dijo Lucy—. He oído que la Marina es bastante importante por aquí. Puede que ellos también tengan algún que otro contacto.

Ridley suspiró.

—Entonces, solo el trabajo de campo. —Señaló las fotografías—. De esto es de lo que va todo.

Joey Blake había sido el más joven de los tres —tenía veinticuatro años cuando desaparecieron—, pero en la foto parecía un adolescente. Piel pálida y el pelo rapado que hacía que su cara pareciera tan redonda como la de un bebé. Jack Hammeron era de piel más oscura —quizá mestizo, pensó Austin—, con pelo negro y rizado y una mandíbula cuadrada que le daba el aspecto de un G.I. Joe. Adam Del Guado era más delgado que los otros; su rostro, huesudo y con cicatrices de acné o quizá de la varicela.

Austin se levantó y dio una vuelta alrededor de la mesa.

—Esto es lo que no entiendo. —Miró a Jimmy y luego a Lucy—. Y no sé cuánto os ha contado Rid, pero hace veinticuatro horas, Sy quería la ayuda de Ridley. Y mi ayuda. Bueno, no la *quería*, pero alguien la obligó a pedirla. Y de repente nos aparta como si fuéramos enemigos. No entiendo cómo ocurre algo así, a no ser que ella o alguien por encima de ella sepa lo que pasó y no quiera que se resuelva.

Volvió a sentarse.

Todos guardaron silencio.

Austin había sopesado la idea de ir introduciendo su teoría poco a poco, pero la advertencia de Ridley de que el sheriff Daniels volvería en tres días le había metido prisa.

—No te voy a mentir —dijo Lucy—, yo he pensado lo mismo. Pero me alegro de no haber sido yo la que ha soltado tan a la ligera la idea de que el NCIS podría estar implicado en un encubrimiento masivo.

—Es demasiado pronto para llegar a esa conclusión —dijo Ridley.

—Lo sé —dijo Austin—. Es solo que… no veo de qué otra forma puede acabar esto. A veces, cuando una facción intenta retirar un caso se trata de simples disputas territoriales, pero otras veces es mucho peor.

Jimmy levantó su móvil.

—Mark Davidovich. Por lo que he leído en los informes, la primera investigación se centró en él bastante rápido. Exsocio de

uno de los fallecidos, ¿verdad?

Austin asintió. Había leído esa parte del expediente.

—Así es —dijo Ridley—. Jack Hammeron. Hammer, lo llamaban. Él y Davidovich estaban intentando montar un bar de deportes o algo así. Tuvieron sus más y sus menos. Austin, ¿tú qué viste? Nada, ¿verdad?

Austin asintió. Para él había sido un caso clásico de investigadores que se obcecan con un sospechoso demasiado pronto, dejando un centenar de otras pistas sin investigar. Y cuando resultó que Davidovich estaba libre de toda sospecha —se encontraba en otro estado en el momento de la desaparición—, los investigadores se quedaron sin nada. —Merece la pena volver a investigarlo, pero sí, un trabajo chapucero por parte del equipo original. Davidovich tenía un móvil económico, pero discutían por unos diez mil dólares o algo así. No veo cómo eso lo lleva a cargarse a los tres. Ni siquiera cómo pudo haberlos reunido a todos allí para empezar.

Samantha entró, sujetando un portátil bajo cada brazo. Su rostro cálido y sonriente siempre era una visión agradable, y no solo porque Austin necesitara su ayuda con el asunto del portátil que le habían dicho que consiguiera.

En el último mes, Samantha había terminado la carrera y había pasado de estar en prácticas a ser especialista técnica a jornada completa. Al parecer, se había hecho un nuevo tatuaje para conmemorar la ocasión. En el antebrazo, ahora lucía un pequeño birrete negro tatuado junto a la caligrafía china que serpenteaba antebrazo arriba.

—Vaya —dijo Jimmy mientras ella se sentaba a la mesa a su lado —. Así que ahora que trabajas a jornada completa, ¿vas con dos portátiles?

—Algunos podemos hacer dos cosas a la vez —replicó ella en tono de broma.

Lucy le ofreció chocar los cinco y Samantha se los dio con fuerza. —Buen trabajo, Sam-Bam. Parte de trabajar aquí a jornada completa es insultar a Jimmy siempre que sea posible. Tu paga extra de Navidad depende de ello.

Jimmy fingió una expresión de dolor. —Lucy O'Decepción.

Samantha soltó una risita. —¿Tener un apodo cutre también es parte del trabajo?

Austin sonrió. —Desde luego que sí, Sam-Bam.

Ridley se cruzó de brazos. —¿Hemos acabado?

Todos se irguieron un poco en sus asientos.

—Como ya he dicho —continuó Ridley—, Daniels vuelve en tres días y esta investigación es totalmente extraoficial. Bueno, extraoficial para él, al menos.

Todos asintieron.

Ridley se apoyó en la pared. —Samantha, ¿qué tienes?

Ella dio un toquecito a uno de los portátiles y se dirigió al grupo. —Ridley me ha pedido que investigara la información pública disponible sobre el caso, tanto antes como después de que se encontraran las medallas. A ver, es *posible* que el NCIS tenga a gente haciendo búsquedas con IA tan buenas como las mías, pero lo dudo. Lo que he encontrado es interesante. Aparte de unos cuantos rumores decentes, como que los tres fallecidos tuvieron una buena discusión en el Watering Hole la noche que desaparecieron, no hay mucha información de calidad por ahí. Sin embargo, sí que hay *mucha* información.

Conectó uno de los portátiles a un proyector en el centro de la mesa, que proyectó la pantalla en la pared vacía junto a la pizarra blanca. Apareció un gráfico y la pared se cubrió de líneas de puntos azules. —¿Veis las líneas azules? Representan la cantidad de cháchara sobre el caso. ¿Veis cómo aumentan con el tiempo?

Austin asintió. —¿Eso no es simplemente porque hay más gente conectada?

—Exacto —dijo Samantha—. Cuando el caso empezó en el noventa y dos, básicamente no había nadie en internet. Así que, a medida que aparecían más y más foros sobre crímenes reales, casos famosos sin resolver y demás, la cháchara aumentaba.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Jimmy.

Pulsó una tecla y la imagen de la pared cambió. —Este gráfico muestra la cantidad esperada de comentarios en la red en relación con las noticias en los principales medios de comunicación. Cuanto

más cubren algo las grandes cadenas y periódicos, más menciones ves en blogs, en Twitter y en Facebook, ¿verdad?

Austin cruzó y descruzó las piernas. Empezaba a impacientarse.

Samantha volvió a pulsar una tecla. —Esta línea roja es la cantidad real de comentarios en la red en relación con el número de noticias en los grandes medios.

Austin la estudió. La línea roja casi se salía del gráfico por arriba. Se imaginaba lo que ella intentaba decir, pero no lo que significaba.

Samantha dijo: —Me estáis mirando como si le estuviera explicando qué es un iPhone a un cavernícola. Dejadme que os lo explique de otra manera: desde el descubrimiento de las medallas y los huesos, no ha habido ninguna noticia importante sobre este caso en los medios. Ni la CNN está en ello, ni la Fox, ni siquiera el *Seattle Times* ha cruzado el charco. Y eso es porque no se ha filtrado.

Austin asintió. —Anna Downey está muy bien conectada y me ha dicho que no consigue nada. Solo estaba tanteando el terreno.

Samantha chasqueó los dedos. —Exacto. Y, sin embargo… —pasó el dedo por la línea roja de la pared—. Y, sin embargo, millones de *personas* están hablando de ello en internet. Lanzando ideas, rumores, teorías. Hablan de ello tantas cuentas que algunos periódicos están ahora cubriendo los comentarios de la red porque siguen sin poder conseguir una exclusiva de verdad.

Ridley carraspeó. —¿Y eso qué significa?

—Desinformación —dijo Lucy.

—Lucy O'Correcta —dijo Samantha—. Una manguera de desinformación ha inundado internet.

—¿Y quién lo ha hecho? —preguntó Austin.

Samantha cerró el portátil. —Decenas de miles de cuentas.

Ridley caminaba de un lado a otro. —¿Así que alguien que sabía lo de las medallas y los huesos quiso adelantarse a los acontecimientos y difundir todo tipo de teorías solo para liarlo todo?

—Eso es lo que pienso —dijo Samantha.

—Es una especialidad rusa —dijo Jimmy—, ese tipo de desinformación.

Austin miró a Jimmy. —Había una bala rusa poco común en la escena del crimen.

Samantha volvió a abrir su ordenador y proyectó la imagen de una bala similar en la pared. —Ridley lo ha mencionado antes y lo he confirmado. Aunque en los noventa toneladas de munición rusa excedente inundaron los mercados estadounidenses, este tipo de pistola y munición era experimental. Existe muy poca.

—Es algo, pero no es gran cosa —dijo Austin.

—Así que este es el plan —dijo Ridley—. Austin y Lucy, id a ver a Maria Del Guado. Es la viuda de Adam Del Guado y todavía vive en Bremerton. Tenía veintiséis años entonces, ahora cincuenta y seis, y se ha vuelto a casar con un tipo llamado Percy… algo.

—Perry Diaz, de cincuenta y ocho años —dijo Samantha, deslizando un expediente hacia Austin—. Tiene antecedentes. Dos arrestos. Solo cosas de peleas de bar. Sin condenas.

Austin cogió el expediente. —¿Y qué haréis Jimmy y tú?

Ridley sonrió. —Sy se cree que puede dejarnos fuera de juego, pero tengo un amigo en la Marina.

—¿Su jefa? —preguntó Austin.

—No, alguien de alto rango, pero no directamente por encima de ella. Solo voy a tantearla, a ver si sabe qué está pasando.

—Pregúntale por el capitán Garrison —dijo Austin.

Ridley frunció el ceño. —Está muy arriba y no voy a preguntar nada sobre él que pueda meterla en un lío.

Austin dijo: —Conocía a mi madre. Por lo visto, estaba colado por ella. Creo que fue él quien le pidió a Sy que me involucrara.

Ridley pareció escéptico. —Dudo que pueda averiguar algo sobre eso, pero lo intentaré. —Examinó la habitación con la mirada—. ¿Así que tenemos un plan?

Todos asintieron.

—Parece que volvemos a ser tú y yo, Nueva York —dijo Lucy—. Como en los viejos tiempos.

Austin sonrió. —Te veo en tu coche.

Al salir, Austin apartó a Samantha y le explicó la tarea para la que quería su ayuda. Luego le ofreció un par de cientos de dólares para que le ayudara a encontrar el portátil adecuado y a configurarlo. Necesitaba asegurarse de que lo hacía bien.

Ella le dedicó una sonrisa un tanto condescendiente. —¿Quieres ayuda para ir a un Best Buy, comprar un portátil e instalar una *app* gratuita?

Austin le devolvió la sonrisa, medio avergonzado, medio molesto. —Ya sé que tengo como cien años. Pero esto es lo más importante que jamás… —No pudo permitirse terminar la frase—. Esto es muy importante para mí. No me fío de no cagarla. ¿Mañana por la mañana?

Samantha asintió. —Abren a las diez. Podemos ir desde aquí.

9

—Cuéntame lo de la bala —dijo Lucy, saliendo con cuidado del aparcamiento.

—Más que rara —dijo Austin, bajando un poco la ventanilla para que la brisa fresca llenara el coche. El aire olía a hierba dulce y a playa salada, con una densidad que le llenaba los pulmones—. ¿Alguna vez te acostumbras a lo bueno que es el aire aquí?

—Estoy acostumbrada. Pero un amigo que vino de visita desde Nueva York me dijo una vez que es la recompensa que nos ganamos por seis meses de llovizna gris.

—Vale la pena —dijo Austin—. Volviendo a la bala. Lo que es más interesante que eso es el arma para la que fue diseñada. —Abrió su correo, donde se había enviado una foto—. Gerasimenko VAG-72 o VAG-73. Cargador de doble compartimento con capacidad para cuarenta y ocho cartuchos. El proyectil es íntegramente de acero, a excepción de una base roscada de latón, y es hueco por detrás, donde se almacena el propelente. Un arma de fuego muy, muy rara. —Dejó el móvil sobre el regazo—. Es el tipo de cosa que solo tienen los coleccionistas hoy en día. Incluso en los noventa eran casi imposibles de encontrar. Exactamente el tipo de cosa que no quieres usar en un asesinato, suponiendo que no quieras que te pillen.

—A no ser que estés intentando mandar algún tipo de mensaje.

—Cierto, pero cuando intentas mandar un mensaje, no entierras el cuerpo en una marisma de una playa aislada y protegida donde nadie lo encontrará jamás. —Pensó por un momento—. Si hubiera alguna conexión rusa aquí, o bien habrían cometido los asesinatos con armas normales y se habrían deshecho de los cuerpos, o bien habrían usado el arma rara, pero asegurándose de que la gente se enterara. Es la combinación lo que no cuadra.

—Buen punto, lo que me hace pensar que fue un crimen pasional. ¿Quizá un coleccionista tenía el arma y la usó sin planearlo?

—No es un mal enfoque —dijo Austin. Escribió rápidamente un correo a Samantha, pidiéndole que investigara a ver si podía encontrar algo sobre coleccionistas de armas en la zona, especialmente los que tuvieran interés en armas de fuego rusas raras—. Le he pedido a Samantha que haga su magia con internet.

—Quién iba a pensar que de vez en cuando podríamos resolver casos solo por las cosas que los idiotas publican en internet, incriminándose accidentalmente.

Austin se rio. —Aunque supongo que el trabajo de detective moderno requiere tener gente que sepa cómo encontrarlo. No es que esté haciendo una simple búsqueda en Google.

—Vale —dijo Lucy, zigzagueando para esquivar una fila de camiones que bloqueaban el tráfico—, esa es el arma, al menos una de ellas, pero, suponiendo que la especulación en la escena del crimen fuera correcta, ¿por qué matar a un hombre con una rara pieza de coleccionista rusa y a los otros con un rifle estándar? ¿Dos tiradores?

—Es posible, pero… —No cuadraba. En los crímenes con varios pistoleros, las cosas solían estar coordinadas, planeadas. No se le ocurría ninguna situación en la que el plan fuera usar una pistola rara y muy rastreable junto a un rifle corriente—. ¿Sacaste algo más de los expedientes?

Lucy frunció el ceño. —Jimmy estaba obcecado con el tema de la discusión. Dos testigos diferentes dijeron que los tres hombres habían estado discutiendo fuera del Watering Hole la noche que desaparecieron.

—Según el informe inicial, no había nada que indicara el porqué.

—Pero había algo más —dijo Lucy—. Un tercer testigo dijo que Adam Del Guado estaba discutiendo con alguien. *Una* sola persona.

Austin no había visto eso. —Podría estar confundido, o quizá ese testigo no lo vio todo.

Apretó el volante, claramente frustrada. —El expediente era una auténtica mierda. No estaba claro si todos los testigos hablaban de la misma discusión, o qué. Es posible que hubiera dos discusiones. Tal vez los tres fallecidos discutían sobre deportes o algo así, y tal vez Adam Del Guado tuvo una discusión aparte con otra persona.

—Merece la pena investigarlo con la esposa de Del Guado.

Austin se había fijado en un anillo nuevo en el dedo anular pecoso de Lucy cuando ella había descargado su frustración en el volante. Un simple diamante engastado en una banda de oro. Austin había aprendido a confiar en su instinto para casi todo, pero sentía curiosidad por saber si su sensación de que algo era diferente entre Lucy y Jimmy era acertada. No era ni mucho menos un experto en anillos, pero… —¿Es un anillo de *compromiso*?

Lucy se estremeció ligeramente. —Lo es.

—Eh, no quiero ser indiscreto, pero…

—Estoy prometida. —Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero entonces le lanzó a Austin una mirada extraña y no dijo nada.

Ahora Austin estaba confundido. ¿Se había prometido con otro? Eso explicaría la frialdad entre ella y Jimmy. —Tengo la sensación de que no quieres hablar de ello.

—Es un poco culpa tuya.

—¿*Mi* culpa? —Ahora sí que Austin estaba *muy* confundido.

Lucy arrugó la nariz, pero no dijo nada.

Se le quedó mirando, con una ceja arqueada, mientras ella salía de la autopista y ejecutaba una serie de maniobras evasivas que los llevaron a uno de los barrios más degradados de Bremerton. Parecía estar eligiendo sus siguientes palabras con tanto cuidado que optó por permanecer en silencio.

Al final, dijo: —*Fuiste* tú quien me convenció de que lo intentara con él.

—¿Así que *es* Jimmy?

Ella le lanzó una mirada y, por primera vez, él pudo ver la felicidad en su rostro. Pero era una felicidad extraña, como si intentara ocultarla para ser profesional, o quizá como si ni siquiera ella misma pudiera creérselo.

—Aún no se lo hemos dicho a nadie —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Creo que los dos estamos en shock.

Austin se rio. —Esta es una de las reacciones a un compromiso más raras que he visto en mi vida.

—No es muy «instagrameable», ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Austin.

—Es difícil de explicar. Nuestros padres se divorciaron. No hemos visto muchos matrimonios que funcionen. No sé... Pensaba que se sentiría de otra manera. No sé qué pensaba.

Delante de ellos, varias furgonetas de cadenas de televisión estaban aparcadas frente a una casa de una sola planta con una valla metálica que rodeaba un pequeño trozo de césped. Por lo visto, se había corrido la voz sobre el caso, lo que había llevado a los periodistas a la casa de Maria Del Guado.

Austin señaló a la pequeña multitud que se había congregado al otro lado de la valla. —Quiero saber más sobre esto, pero por ahora, deberíamos centrarnos en que esta historia está a punto de estallar.

El salón de Maria Del Guado era pequeño y estaba lleno de patos.

Patos con pañales.

Austin había empezado a tener una sensación de irrealidad durante la extraña confesión de Lucy de que estaba prometida, pero ahora sentía que había entrado en la dimensión desconocida.

Estaba sentado junto a Lucy en un sofá sucio, mirando fijamente una cruz gigante en la pared, que colgaba sobre una chimenea. A sus pies, seis o siete patos se contoneaban de un lado a otro, todos

con pañales de tela personalizados con estampados de cuadros de colores, o de florecitas, animales o estrellas.

Al otro lado del salón, un joven fornido que se había presentado como Hammer Junior estaba sentado, lanzándoles miradas asesinas. Parecía tener poco más de treinta años y era la viva imagen de su padre: la misma mandíbula cuadrada, el mismo pelo negro y rizado, el mismo tamaño imponente.

Maria y su marido, Perry, volvieron de la cocina. Ella llevaba una bandeja con Kool-Aid rojo y vasos; él, un paquete de servilletas.

—¿Podemos darnos prisa? —preguntó Maria, dejando la bandeja de bebidas en la mesa de centro y sentándose con las piernas cruzadas en el suelo, cogiendo uno de los patos en su regazo—. Acabo de vender mi historia a *Inside Edition* por veinticinco mil dólares, y no tengo mucho tiempo para repetirme ante los malditos agentes que no resolvieron el asesinato de mi marido durante los últimos treinta años.

Austin se quedó sentado en un silencio atónito, mirando de Maria a su marido y luego a Hammer Junior. Estuvo a punto de decir algo sarcástico como: «Gracias por la cálida bienvenida», pero se lo pensó mejor y decidió dejar que Lucy llevara la voz cantante.

Los patos restantes se habían reunido a su alrededor en el suelo, en su mayoría en silencio, pero soltando graznidos y aleteos ocasionales.

—Sírvanse un poco de la bebida roja —dijo, ofreciendo una sonrisa excesivamente dulce mientras sacaba un puñado de grano del bolsillo y empezaba a dárselo a los patos.

10

A Lucy se le había puesto la cara roja ante la mención de María de vender su historia a *Inside Edition*. —Señora Del Guado...

—María, por favor, llámeme María. Yo a Adam lo llamaba «Addie». Él lo odiaba, pero a mí me daba igual. Yo digo que, cuando firmas el certificado de matrimonio, eso te da carta blanca para llamarlos como te dé la gana. —Lanzó un montoncito de grano sobre la alfombra y los patos se pusieron a picotearlo.

—Es verdad —dijo su marido—. Me llama Purr, como el ronroneo de un gato. Siempre lo ha hecho. Aunque mi nombre es *Perry*, como la fruta.

Lucy dijo: —Comprendo que la oferta de dinero por vender su historia sea tentadora, pero...

—Esto es América —dijo María—. Puedo vender mi historia si quiero.

Lucy se cruzó de brazos y la miró fijamente. —Y también puede hablar con la policía, quiera o no. —Suavizando el tono, añadió—: María, sabemos que ya ha pasado por esto antes, pero tenemos información nueva y solo queremos llegar al fondo del asunto. Ahora, ¿cuánto tiempo llevan casados usted y Perry?

Austin reconoció la táctica. Lucy ya sabía la respuesta porque estaba en el expediente, pero quería ver cómo respondían, qué podría sacar a la luz.

—Veintitantos años —dijo Perry.

—Veintinueve años —corrigió María—. Y ya *sé*, fue raro volver a casarme solo un año después de que Addie desapareciera. Y no, no teníamos problemas matrimoniales cuando desapareció, pero nos casamos jóvenes. Éramos más amigos que pareja. Sinceramente, creo que podría haber sido gay, pero no era una época en la que pudieras admitir eso en la Armada.

Mientras Lucy tomaba notas, Austin observaba a Hammer Junior por el rabillo del ojo. Tenía más o menos el tamaño de Ridley, más de un metro ochenta con los hombros y el pecho de un defensa de la NFL. —¿Tiene algún recuerdo de su padre? —le preguntó Austin.

—Tenía tres años cuando murió. No. —Su voz era dura como el hierro, pero Austin no pensó que fuera algo personal. Hammer Junior daba la impresión de ser un tipo que había tenido una vida dura y que, en general, estaba cabreado con el mundo, no con nadie en particular.

—¿Y su madre? —preguntó Austin—. Se llamaba María también, si no me equivoco.

—Murió hace unos años —dijo Hammer Junior—. Nos mudamos a la costa este en el noventa y seis, y yo volví aquí en cuanto pude. Me alisté en la Armada a los dieciocho. He estado por todas partes, pero María y Perry han sido como los padres que nunca tuve. Mi madre era una borracha.

Austin lo estudió. No era inaudito oír a un hijo hablar así de su madre fallecida, pero desde luego era extraño. Estaba claramente resentido.

Lucy levantó la vista. —María, hemos estado revisando los expedientes antiguos y hay múltiples informes de discusiones que tuvieron lugar en el bar de Hansville la noche en que su marido desapareció.

—Como le dije a la señora del NCIS, como os dije a todos vosotros en su momento, esos tres tíos eran como hermanos, de ninguna manera algo se interpuso entre ellos.

Uno de los patos se acercó contoneándose a la esquina y salió por una gatera de tamaño extragrande a un pequeño patio lateral. Por muy extraño que fuera todo aquello, no entraba en el *top cinque*

de los encuentros más raros de Austin durante un interrogatorio. Al fin y al cabo, había trabajado en Nueva York durante dos décadas.

—Entiendo —dijo Lucy—. Pero había otro informe. Que quizás Addie había discutido con otra persona esa noche, no con sus amigos, sino con un tercero. Hombre, pelo castaño era la única descripción. El expediente es, bueno, un poco confuso.

Austin dejó que su mirada se posara en Perry, que medía quizás un metro setenta y cinco y tenía el pelo castaño claro. Cuando Perry le sostuvo la mirada, Austin ladeó ligeramente la cabeza, formulando la pregunta sin palabras.

—Yo ni siquiera conocí a Adam —dijo Perry—. Y no siento más que afecto por su memoria. —Hizo un gesto hacia la cruz de la pared, como si eso pudiera probar de algún modo su argumento.

—¿A qué se dedica? —le preguntó Austin.

—Somos dueños de un par de gimnasios —dijo Perry—, una barra de batidos y una tienda de vitaminas anexa a uno de ellos.

Lucy tomó algunas notas.

Austin intentó ignorar al pato que le examinaba el zapato. —¿Los tres hombres iban de uniforme esa noche. ¿Por qué?

María suspiró. —Un servicio funerario por un amigo.

Austin también sabía ya esto. —¿Solían quedar en el Watering Hole a menudo?

—No —dijo Maria—. Esa fue una de las cosas raras. Quiero decir, supongo que tiene sentido que estuviesen bebiendo allí porque estaban en Hansville para el homenaje del Día de los Caídos, pero..., en aquella época, vivíamos justo al final de la calle del Ace's. Ahí era donde Addie y yo solíamos pasar el rato. Para ser sincera, estaba un poco cabreada de que eligiese quedarse con sus colegas en lugar de volver a casa.

Austin cruzó la pierna para evitar que el pato le picoteara el zapato, pero el pato simplemente se cambió al otro pie.

Aquello no iba a ninguna parte y Austin podía percibir la frustración de Lucy.

—Maria —dijo ella—. ¿Hay algo más que pueda contarnos? ¿Algo que no le haya contado ya a la policía, a los del CSI o a los de *Inside Edition*?

—Todavía no les he contado lo gordo a los de *Inside Edition*.

Austin y Lucy aguzaron el oído a la vez.

—¿Lo gordo qué? —preguntó Lucy.

Maria se inclinó hacia delante y se sirvió un vaso de Kool-Aid, que hasta entonces nadie había tocado. Dio un sorbo largo, saboreando el momento. —Bueno, en aquel momento no sabía nada de esto, pero... —dejó la frase en el aire y miró a Hammer Junior y luego a Perry.

Perry asintió. —*Sí que* dijeron que pusiéramos en marcha el tren del *hype*.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Austin.

Perry se rascó el pelo de su corta barba. —La gente de *Inside Edition*, les prometimos algo gordo. No algo que resuelva el caso. El programa no va de eso. Pero algo nuevo, algo que todavía no haya salido a la luz. Dijeron que el programa tendría más audiencia si la revelación empezaba a filtrarse un poco en el ambiente de antemano.

—No se lo digas —dijo Hammer Junior, con una voz tan dura como su nombre.

—Dejad que lo plantee así —dijo Maria—. Os prometo que si lo supiera todo, os lo contaría, pero ¿habéis oído hablar del almirante Tom Vellory?

—¿El almirante de la tele? —preguntó Lucy—. Creo que lo voté en las primarias presidenciales de 2012, ¿o fue en 2008? En fin, claro que hemos oído hablar de él.

Austin conocía bien el nombre y el personaje. Vellory era un contralmirante que se había retirado en 2006, había escrito unos cuantos libros y le había ido bien en el circuito de conferencias. En 2008 se había presentado a las primarias presidenciales como candidato moderado y promilitar. Había perdido, pero eso había elevado su prestigio y vendido muchos más libros. Desde entonces, aparecía habitualmente en televisión, manteniéndose al margen de los comentarios políticos, pero convirtiéndose en uno de los nombres más fiables en lo que respecta a asuntos de guerra. Austin había leído una vez que había aparecido tanto en televisión que hasta su mujer había empezado a llamarlo «almirante de la tele».

En los años noventa, comandó un buque de la Armada que había participado en la guerra del Golfo Pérsico. Los tres fallecidos habían servido a sus órdenes, y él había estado en el homenaje de Hansville el día que sus hombres desaparecieron, así como en el Watering Hole más tarde esa noche.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Austin.

Maria levantó ambas manos, como si profesara su inocencia. —No estoy diciendo nada... Solo digo.

Lucy se cruzó de brazos. —No estoy segura de si es la mierda de pato o es usted, señora Del Guado, pero estoy empezando a cabrearme. Si tiene alguna información que sea relevante, dígamela ahora o dígamela más tarde hoy en la comisaría, después de que la arrastre hasta allí delante de todas las cámaras. Y me aseguraré de retenerla hasta que se pierda su entrevista.

Perry sonrió con suficiencia. —Eso podría aumentar la expectación por el programa. *Entrevista pospuesta mientras la policía intenta silenciar a la viuda. Esta noche a las diez en Inside Edition*.

Lucy se levantó bruscamente, haciendo que un grupo de patos se escabullera graznando. —¿Qué pasa con el almirante Vellory?

Maria se inclinó en tono conspirador. —Todo el mundo piensa que es genial. Quizá no lo sea. No digo nada más.

Hammer Junior se aclaró la garganta. —Esto es ridículo. Maria, lo siento, pero esto es... —le saltaron las sienes como si la cabeza le fuera a estallar y luego soltó un largo suspiro—. Antes de morir, mi madre me dijo que el almirante Vellory podría haber estado implicado en algo turbio durante la Operación Tormenta del Desierto. Creo que era con él con quien mi padre y los demás estaban discutiendo esa noche.

Lucy tomó algunas notas y luego levantó la vista. —¿Tiene alguna idea de en qué asuntos turbios podría haber estado implicado?

Hammer Junior negó con la cabeza. —No, y mire, respeto a ese hombre. Soy de la Armada hasta la médula. Pero si está implicado de alguna manera en la muerte de mi padre, lo mataré yo mismo.

—Espere, espere, espere —dijo Lucy—. No puede soltar eso así como así.

—Es verdad —dijo Maria.

—¿Qué es verdad? —preguntó Austin.

—La otra María —la viuda de Hammer— y yo solíamos hablar de ello. No parecía nada, pero las dos pensábamos que nuestros maridos podían haberse traído algo entre manos cuando estaban en el Golfo. Algo relacionado con Vellory. Nunca iba a decir nada al respecto, pero cuando Hammer Junior sacó el tema…

—¿Algo turbio como qué? —preguntó Austin.

Maria se cruzó de brazos. Perry llevó la bandeja de Kool-Aid de vuelta a la cocina. Hammer Junior se levantó y abrió la puerta.

Un fotógrafo se asomó por encima de la valla y les hizo fotos dentro del salón.

—No digo lo que es —dijo Maria—. Solo digo que lo es.

11

El almirante Tom «TV» Vellory vivía en una casa grande pero de aspecto modesto con vistas a la bahía, en Poulsbo. De al menos trescientos setenta metros cuadrados, solo se accedía a ella por un largo camino de tierra que Lucy había recorrido aferrada al volante con los nudillos blancos.

A Austin le había sorprendido que Vellory aceptara reunirse con ellos apenas unas horas después de su visita a la casa llena de patos de Maria Del Guado, pero a Lucy le preocupaba. Vellory era famoso desde que ella tenía uso de razón. No solo lo había votado en las primarias de 2008. Al ser interrogada, admitió haber donado veinte dólares a su campaña y tener un póster suyo en la pared. Como ella misma decía: «Algunas chicas crecían idolatrando a los Backstreet Boys o a la banda de moda del momento; yo crecí idolatrando a hombres que prometían una política interior compasiva y una política exterior fuerte».

Austin se rio. —Supongo que hay peores cualidades que admirar en alguien.

Apagó el motor del coche y se quedaron mirando la casa desde el aparcamiento de piedra que había delante.

—Sigo sin entender por qué ha accedido a esto —dijo Lucy.

—No te preocupes —dijo Austin—. No todo van a ser malas noticias. Puede que de verdad quiera ayudar a llegar al fondo de

este asunto. Y tú podrás conocer a alguien a quien admiras. Todos salimos ganando.

—Es que... por lo que he oído, para llegar a su nivel en la Armada hace falta mitad valor y mitad política. No podemos meter la pata ahí dentro. Probablemente sea una de las cinco personas más poderosas del estado.

—Está retirado y ya no es precisamente joven. ¿Seguro que no es que estás fascinada?

Ella frunció el ceño. —¿No pueden ser las dos cosas?

—No la meteremos —dijo Austin, subiendo los escalones delante de ella y llamando al timbre—. Si te pones nerviosa, yo llevaré la voz cantante.

En cuanto se extinguió el eco del timbre, una mujer con un anticuado uniforme de doncella en blanco y negro abrió la puerta. Austin nunca había visto uno de esos uniformes fuera de las películas.

La doncella los inspeccionó. Rondaría los cincuenta, llevaba una pulcra coleta rubia y una expresión de desaprobación en el rostro. —¿La señora O'Rourke y el señor Austin?

Ambos asintieron.

—El señor Vellory los está esperando.

Aunque la casa parecía modesta por fuera, el interior era tan lujoso como la mansión frente al lago en Seattle en la que, un par de meses atrás, Austin había pasado más tiempo del que le gustaría recordar. Todo parecía o nuevo o antiguo y recién pulido. Aunque Austin no sabía mucho de mobiliario o molduras, todo rezumaba clase, encanto y riqueza. De hecho, todo era tan distinguido que Austin se preguntó si Vellory dejaba el exterior de su casa con un aspecto modesto a propósito. Estaba claro que podía permitirse reformarlo para que estuviera a la altura del interior.

La doncella los condujo a un despacho en el segundo piso, donde Vellory estaba sentado en un enorme sillón de cuero, leyendo una revista. Se levantó cuando entraron, quitándose las gafas de leer y pasándose una mano por su poblada cabellera de pelo blanco plateado. —Menudo asunto. —Negó con la cabeza—. Gracias por venir.

Vellory estaba en la setentena, como el padre de Austin, pero aparentaba veinte años menos. Tenía la piel tersa, como cuero estirado, y su postura rígida le recordó a Austin las admoniciones de su madre para que se sentara «bien recto». Tras unos minutos de charla trivial, que incluyó elogios a la casa y a Lucy deshaciéndose en halagos sobre su primer libro, Vellory retomó el tema del hallazgo en Foulweather Bluff.

—He oído algunas cosas. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Por mucho que me alegre de que quizá esos muchachos reciban algo de justicia, una parte de mí quería creer que todavía estaban por ahí en alguna parte, vivos. Por supuesto, no soy tan ingenuo, pero ya sabe, una parte de uno sencillamente se aferra a esa esperanza.

—Le agradezco que nos reciba —dijo Lucy—. ¿Puedo preguntarle por qué lo ha hecho?

Vellory sonrió con calidez. —¿Por qué he accedido a reunirme? Tres de mis hombres desaparecieron. Parece que fueron asesinados, aunque todavía estoy asimilándolo. Que hayan pasado treinta años no significa que no sigan siendo mis hombres.

Su discurso era medido y cálido, aunque no parecía falso. Su tono estaba a medio camino entre el de un abuelo sabio y el de un soldado curtido en mil batallas. Lo había visto todo, lo había hecho todo, y podía defenderse en cualquier pelea, en cualquier sala de reuniones, pero también podía hacer botar a un nieto en su rodilla o contar chistes de padres en los últimos hoyos del campo de golf local. Por algo daba tan bien en televisión.

Se acercó al gran ventanal que daba a un césped de un verde intenso que se extendía hasta el agua. Había dos barcos amarrados a un viejo muelle de madera. —He de decir que esos hombres eran tres de los mejores. Me mata que sobrevivieran a algunos de los combates más duros de Irak solo para perder la vida aquí, en casa.

—Fue usted uno de los últimos en verlos con vida —apuntó Lucy —, según el expediente.

—Hasta donde yo sé, así es.

—¿Le importaría contarnos qué pasó? —preguntó ella.

—En absoluto. —Volvió al mullido sillón de cuero y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda—. Habíamos estado en el cementerio de

Hansville para rendir homenaje a un compañero de armas. Uno de nuestros chicos que no lo consiguió. Después, fuimos al Watering Hole a tomar una cerveza y ver el partido de los Mariners. Una cosa llevó a la otra, y como era el Día de los Caídos, no pagamos nosotros. El viejo Bakes nos dejó beber gratis. Ojo, nadie se estaba emborrachando; solo bebíamos despacio, disfrutando del día. Hacía un día como hoy, soleado, pero más fresco. Cuando has visto el combate como yo —como lo habían visto esos tres hombres—, aprendes a disfrutar de las pequeñas cosas.

Hizo una pausa y Austin se dio cuenta de que había estado pendiente de cada una de las palabras de Vellory. Uno de los pecados capitales de un detective era dejarse impresionar por un testigo o un sospechoso. Nublaba el juicio y hacía que los investigadores pasaran por alto detalles importantes. Se concentró, intentando asimilar las palabras sin dejarse seducir por la voz cálida e hipnótica de Vellory.

Vellory había mencionado a Bakes, el hombre que le había vendido a Austin su tienda. También lo habían interrogado en la investigación inicial, pero, como gran parte del expediente, su entrevista era escueta y no especialmente útil.

Lucy dijo: —¿Cuántas copas diría que se tomó cada uno?

—Yo me tomé dos —dijo Vellory—. Exactamente dos. Me impuse una regla de joven. Nunca más de dos copas al día, y no la he roto ni una sola vez. He visto a demasiados hombres caer por la lacra del alcohol. —Negó con la cabeza con tristeza—. Los demás..., bueno, quizá tres o cuatro cervezas cada uno, pero a lo largo de otras tantas horas.

—¿Y usted a qué hora se fue? —preguntó Austin.

Vellory lo sopesó. —Sobre las ocho.

—¿Y sus tres hombres seguían allí? —preguntó Lucy.

Vellory asintió. —Les dije a los chicos lo mismo que cuando estaban bajo mi mando. Les dije: «Sed malos, pero para bien». —Sonrió con afecto—. Un pequeño dicho que teníamos entonces.

Austin ladeó la cabeza, pero Lucy se le adelantó con la pregunta. —¿Y qué significaba?

La doncella regresó y les ofreció café o refrescos. Todos declinaron y Vellory la despidió con un gesto.

—Cuando estás en combate —dijo mientras se cerraba la puerta —, sabes que lo que haces es malo. Nunca es agradable matar a otro hombre. La única forma en que podemos hacer nuestro trabajo, hacer lo que hay que hacer, es sabiendo que somos malos por un bien mayor. Por eso decíamos: «Sed malos, pero para bien». Quería a los hombres más duros que pudiera encontrar, pero que tuvieran honor, moral, un propósito superior. Y con Adam, Hammer y Joey, los tenía. —Agachó la cabeza y Austin vio emoción genuina en sus ojos de un azul pálido.

—En los expedientes —dijo Lucy— se menciona una discusión entre ellos.

—Esos tres discutían todo el tiempo —dijo Vellory, levantando la vista—. Como hermanos.

—¿Sobre qué discutían esa noche? —preguntó Austin.

Vellory se encogió de hombros. —Deportes, mujeres, quién sabe. Recuerdo que Hammer siempre estaba pinchando a Adam por su mujer. La de Hammer era un auténtico bombón. La mujer de Adam, bueno... En fin, que ambas se llamaban Maria, sabe usted. Y Hammer siempre decía cosas como: Maria la Fea y Maria la Buena.

—Suena cruel —dijo Lucy.

—En primer lugar, eran los noventa. Entonces podías hacer una broma sin que te pusieran a caer de un burro. En segundo lugar, esos hombres habían luchado juntos, habían velado juntos a amigos muertos. Cualquier broma que se hacían era sin maldad.

La doncella regresó brevemente y dijo: —Veinte minutos, señor. —Luego se fue sin dar más explicaciones.

Vellory miró su reloj. —Tengo que salir en un programa de la CNN. Me avergüenza decirlo, pero necesito pasar por maquillaje. Es parte del trabajo.

Lucy preguntó: —¿Así que no cree que haya ninguna posibilidad de que tuvieran una discusión de verdad?

Se irguió aún más, como si se preparara para levantarse. —Nada que tuviera que ver con su muerte.

—Esa noche —dijo Austin—, ¿vio usted a Adam Del Guado discutir con *otro* hombre? Hay cierta confusión en los expedientes al respecto.

Vellory reflexionó un momento y luego negó con la cabeza lentamente. —Recuerdo que fue una gran noche, llena de positividad, de historias y de las típicas chorradas.

—¿Se ausentó Del Guado del bar en algún momento?

—Que yo recuerde, no. Seguro que fue al baño en algún momento, y supongo que es posible que saliera y tuviera un encontronazo. Pero yo no vi nada.

—¿Era fumador? —preguntó Austin.

—Lo era.

—Entonces, ¿es posible que saliera un momento a fumar, se metiera en una discusión con alguien y usted no lo viera?

—Es posible. —Vellory se puso en pie—. De verdad que tengo que irme.

Se acercó a Austin y le estrechó la mano con cordialidad, luego se inclinó y le dio un breve abrazo a Lucy. Ella se sonrojó y retrocedió un paso.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudar mientras investigan este caso —dijo Vellory mientras los acompañaba hacia la puerta—, por favor, no duden en preguntar.

De vuelta en el coche, Austin y Lucy miraron la casa a través del parabrisas. —Me ha abrazado —dijo Lucy—. Si a mis dieciocho años me hubieran dicho que un día estaría interrogando a Tom Vellory sobre un triple homicidio y que me abrazaría, yo...

Austin sacó el móvil. —¿Habrías dicho que estaba loca?

—Más que loca.

—Parece un buen tipo, tal como sale en la tele —dijo Austin—. Pero hay algo que no me cuadra.

Lucy arrancó el coche. —¿El qué?

Austin repasó los archivos que Ridley le había enviado, los que se suponía que debían haber devuelto. Había docenas de adjuntos diferentes en el correo, pero encontró el que buscaba justo cuando Lucy llegaba al final del camino de entrada.

—Pues *sí* que estaba en lo cierto —dijo Austin, satisfecho de sí mismo.

—¿Qué?

—¿A qué hora dijo Vellory que se fue del Watering Hole esa noche?

—A las ocho —dijo Lucy.

Austin levantó el móvil, pero Lucy mantuvo la vista en la carretera.

—En el noventa y dos —dijo Austin—, le dijo a los investigadores que se fue un poco antes de las diez.

Lucy lo sopesó. —Podría ser un simple lapsus. O un error en el expediente.

—Podría ser, pero, mira, deja que te lea del expediente. «Vellory declaró que se fue unos veinte minutos antes de las diez y llegó a casa pocos minutos después de las diez, donde vio las noticias de las diez». —Austin se guardó el móvil en el bolsillo—. Eso es demasiado específico para ser un error del expediente.

—Entonces se ha equivocado de recuerdo. —Ella le lanzó una mirada, con el rostro contraído por el escepticismo—. Han pasado treinta años, Nueva York. Apenas puedo recordar a qué hora llegué a casa ayer.

A Austin, Vellory le parecía el tipo de persona que rara vez se equivocaba de recuerdo y nunca hablaba por hablar. —¿Te parece el tipo de persona que se equivoca mucho de recuerdo?

—No, pero...

—Son solo las cinco, y conozco a un tipo que podría aclarar esto.

—Había quedado con Jimmy.

—¿Los preparativos de la boda?

Ella pareció sorprendida. —Ni de coña. Tardamos media hora en decidir dónde ir a cenar. Estamos a *muuuuuuuuucha* distancia de los planes de boda.

—Entonces el compromiso es…

-Más bien un formalismo. Un recordatorio de que, en algún momento de un futuro no muy lejano, deberíamos plantearnos empezar a planear la boda. El anillo de compromiso es como un pequeño apunte al final de nuestra lista de tareas.

Austin se rio. —Entonces, parece que podrías retrasar tu cita una o dos horas.

—Vale, ¿pero por qué?

Austin introdujo la ubicación del lago Buck en el GPS del salpicadero. —¿Has pescado alguna vez en un lago?

12

Cuando Austin compró la tienda y el apartamento, no había hablado ni una sola vez con el anterior propietario. El hombre se llamaba Butch Baker y era una leyenda local a la que todo el mundo llamaba «Bakes».

Su abuelo y su padre habían sido pescadores en Puget Sound, pero Bakes había decepcionado a ambos al ir a la escuela de cocina y, después, reunir hasta el último céntimo para abrir el Watering Hole en 1986. En aquella época, Hansville estaba aún más despoblada, por lo que le costó mucho atraer clientes. Pero consiguió que el local funcionara y lo regentó él solo durante treinta y cinco años antes de vendérselo a Austin. Se decía por el pueblo que nunca se había casado ni había tenido hijos porque su único amor era el Watering Hole.

Austin había intentado ponerse en contacto con él durante las negociaciones, pero Bakes había querido hacerlo todo a través de sus agentes inmobiliarios, y así fue como se cerró el trato.

Lo extraño era que vivía a solo cuatrocientos metros de la tienda y, que Austin supiera, no había puesto un pie dentro en el año y medio que Austin llevaba siendo el dueño.

Por regla general, Austin no se tomaba las cosas de forma personal a menos que tuviera una buena razón para ello. Había supuesto que Bakes tendría sus motivos para hacer las cosas a su

manera, y nunca le había dado muchas vueltas al asunto. Así que lo único que sabía de la vida actual de Bakes era que pescaba en cada momento que podía, a veces desde las diversas orillas de Puget Sound, pero a menudo en Buck Lake, un pequeño lago repoblado de truchas a solo un kilómetro y medio de su tienda.

En una preciosa tarde de mayo, justo cuando el sol comenzaba a ponerse, Austin estaba seguro de que lo encontrarían allí.

Al salir del coche, Austin señaló al otro lado del lago, donde un hombre lanzaba el sedal desde una pequeña zona de la ribera sin árboles.

—Como pensaba.

—¿Cómo lo abordamos? —preguntó Lucy.

—No sé mucho sobre su personalidad, así que improvisemos.

La orilla estaba densamente arbolada, así que tomaron un sendero que serpenteaba unos cuatrocientos metros entre los árboles antes de salir a un pequeño trozo de ribera muy pisoteada que parecía ser un lugar favorito para los pescadores locales. Esa parte del lago estaba casi libre de juncos y nenúfares.

—Señor Baker —lo llamó Austin a unos metros de distancia.

Bakes tenía el pie encajado contra una raíz que sobresalía del suelo en ángulo. Se giró lentamente, dejando el sedal en el agua.

—¿Quién pregunta? —Bakes rondaba los setenta, con una cara redonda y una barba de Papá Noel que lo hacían parecer mucho más jovial de lo que su tono implicaba. Los escrutó con la mirada un momento, frunció el ceño, luego se volvió hacia el lago y empezó a recoger el sedal.

Lucy se adelantó.

—Lucy O'Rourke, de la oficina del sheriff de Kitsap. Él es Thomas Austin.

Cuando recogió el sedal, se metió la caña bajo el brazo y se dio la vuelta.

—No es frecuente que alguien interrumpa la pesca de truchas. Más les vale tener una buena razón.

Por lo que Austin pudo ver, Bakes ni siquiera reconoció su nombre. Le tendió una mano.

—Bakes, ¿puedo llamarlo Bakes? Soy Thomas Austin. Me vendió su tienda.

Bakes se rascó la barba.

—¿El de Nueva York?

—Me doy por aludido —dijo Austin, intentando sonar amable—. Intenté ponerme en contacto con usted. Varias veces.

Bakes miró a Austin y luego a Lucy.

—¿Está aquí para arrestarme porque no quise hablar con usted?

Austin se rio.

—No, es por otro asunto. Pero, por curiosidad, ¿por qué no quiso?

Bakes resopló, se giró hacia el lago y cogió la caña con la mano como si fuera a lanzarla, pero luego se la apoyó en el hombro y se volvió.

—Todo el mundo estaba cabreado conmigo por venderle a un forastero. No pude dar la cara.

Austin casi se echó a reír, pero estaba claro que Bakes no bromeaba.

—Nueva York está en Estados Unidos, Bakes. Por no mencionar que viví en Bremerton un tiempo cuando era niño. Y en San Diego, y en Connecticut, y…

—Usted es un neoyorquino. Todo el mundo quería que se la vendiera al sheriff Daniels o a los chicos Johnson de Kingston. —Se acarició la barba—. Acepté la oferta más alta.

—Bueno —dijo Austin—, se lo agradezco, y espero haberle hecho justicia al lugar.

—He oído que me ha destrozado la cocina. —Su tono era acusador, pero no exactamente de enfado. Aquella diminuta cocina y el bar al que servía habían sido la niña de sus ojos, su hogar durante décadas. Por supuesto, Austin lo sabía cuando planeó la reforma, pero al local le hacía muchísima falta.

—La modernizamos un poco, sí.

—He oído que su comida es mejor que la mía —dijo Bakes. Frunció el ceño y luego, lentamente, le tendió la mano a Austin para que se la estrechara.

Austin le cogió la mano, que era gruesa y callosa. —Estoy seguro de que la gente solo se lo dice para picarle. Por lo que he oído, su cena de Acción de Gracias permanente era algo memorable.

Lucy carraspeó. —Por mucho que me esté gustando esta escena de camaradería, tenemos algo serio de lo que hablar.

Bakes la ignoró y le sonrió a Austin. —Y tanto que lo era. La clave está en la salsa. Si la salsa es lo bastante buena, puedes echársela a una zapatilla vieja y la gente se creerá que eres Karlos Arguiñano. —Evaluó a Austin un instante, luego asintió con aprobación y se volvió hacia el lago. Lanzó el sedal con destreza a unos cuarenta metros antes de empezar a recogerlo lentamente—. Pregunte lo que quiera, señorita O'Rourke.

—¿Se ha enterado del descubrimiento en Foulweather Bluff? —preguntó ella.

—Claro que sí. Algo terrible, pero no me sorprende. Dejé de tener esperanzas de que esos chicos volvieran hace mucho tiempo. Tres soldados no desaparecen sin más y luego resulta que están bien.

—Ya hemos leído todas sus declaraciones —dijo Lucy—, las que hizo en el momento de la desaparición y las que hizo cuando se reabrió el caso. Nos preguntábamos si algo sobre el descubrimiento de las medallas, los huesos…, bueno, si algo de eso le ha traído recuerdos que pudiera haber olvidado.

—No diría que sí, pero reconozco que no he oído mucho. ¿Dice que han encontrado sus huesos?

Austin hizo una mueca. —Los de los tres. Está confirmado.

Bakes recogió la caña y la lanzó de nuevo, esta vez incluso más lejos que la primera. Austin admiró su técnica y pensó que, ahora que se llevaban bien, quizá se uniría a él algún día. —¿El almirante Vellory estuvo allí esa noche, correcto?

—Claro que sí. Un honor decir que estuvo en mi local. Incluso con las circunstancias en las que derivó todo. Se quedó hasta el final del partido.

—¿Qué partido? —preguntó Lucy, lanzándole una mirada a Austin.

—Un partido de los Mariners. Jugaban contra los odiados Red Sox esa noche y McDougal mantuvo un partido sin *hits* hasta la octava entrada. Nos lo estábamos pasando todos muy bien. Adam, Hammer y Joey, pero Vellory más que nadie. Un fanático de los Mariners.

Lucy garabateó unas líneas en su libreta. —¿A qué hora terminó el partido?

—Sobre las diez, diez y media.

—Interesante —dijo Austin—. ¿Y está seguro de que Vellory se quedó hasta el final?

Bakes asintió. —No veo por qué importa, pero sí.

—Solo intentamos reconstruir la cronología de los acontecimientos de esa noche —dijo Austin con la mayor neutralidad que pudo. No quería parecer demasiado interesado. Sabía que Sy podría venir a hablar con Bakes —si no lo había hecho ya— y no quería darle pistas de que había una incoherencia en la historia de Vellory. Todavía no entendía por qué Sy y su equipo los habían apartado del caso, pero, hasta que lo hiciera, quería mantener su investigación en secreto.

Lucy se acercó al lago hasta quedar justo al lado de Bakes. —Hemos oído el rumor de que Adam Del Guado pudo tener una discusión esa noche. ¿Hay algo de cierto en eso?

—Todo lo que sé está en los informes —dijo Bakes—. Se estaba metiendo con sus colegas, por supuesto, pero no, no vi ninguna discusión. Al menos, no *esa* noche.

Al otro lado del lago, un SUV blanco entró en el aparcamiento y se detuvo justo al lado del coche de Lucy. No pudo distinguir al conductor y no sabía si era el SUV de Anna, el de Sy o el de otra persona. Como no salió nadie, volvió a centrar su atención en Bakes. —Usted ha dicho *esa* noche. ¿Discutió Del Guado con alguien *otra* noche?

—Del Guado había venido un par de veces antes a por una cerveza, y puede que a por algo de cebo. —Se rascó la barba, pensativo—. En algún momento de la semana anterior a su desaparición, le oí discutir con alguien fuera. No pareció gran cosa, y lo comuniqué después de que Del Guado desapareciera.

—Eso no es lo que se desprendía de los informes que hemos leído —dijo Lucy.

Austin estaba de acuerdo. Los informes solo mencionaban una vaga referencia a una discusión que había tenido Del Guado. No indicaban que Bakes la hubiera oído ni que hubiera tenido lugar en una noche completamente distinta.

—No sé nada de sus informes —dijo Bakes—, pero eso es lo que les dije en su momento.

—¿Con quién discutía? —preguntó Austin.

Bakes se encogió de hombros. —Mire, eso es todo lo que sé. Ya sabe cómo son las paredes de ese sitio, neoyorquino. Yo estaba en el comedor y oí unos gritos, asomé la cabeza y la discusión ya había terminado. Del Guado volvió a entrar y el hombre ya se estaba yendo.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Austin.

—Era más bien delgado. Pelo castaño.

Austin vio una melena de pelo largo y negro azabache salir del SUV al otro lado del lago. No pudo distinguirle la cara desde esa distancia, pero estaba seguro de que era Sy por su alta estatura y su forma elegante de andar.

Austin le dio un codazo a Lucy, que miró en dirección a Sy justo cuando esta desaparecía detrás de un árbol. Lo más probable era que Sy estuviera rodeando el lago por el sendero que los llevaría directamente hasta ellos.

—Gracias por su tiempo, Bakes —dijo Austin con rapidez.

Lucy le lanzó una mirada asesina.

—Tenemos que irnos, Lucy. Bakes, gracias por su tiempo.

A Bakes, a quien no pareció importarle que la conversación hubiera terminado, lanzó el sedal al lago y se puso a silbar una canción de rock clásico que Austin estuvo a punto de reconocer.

Austin se llevó a Lucy de la orilla, pero no por el sendero que habían tomado para llegar allí. En su lugar, tomó un camino que rodeaba el lago por el lado opuesto.

Cuando estaban a unos treinta metros, Austin se detuvo.

Lucy frunció el ceño. —¿Pero qué coño?

—Es Sy, del NCIS. Viene hacia aquí. He intentado señalártela.

—¿Y?

—¿Recuerdas lo que dijo Ridley? Se supone que no debemos investigar. Si Sy se entera y se lo dice al *sheriff* Daniels…

Lucy lo sopesó. —Vale, vale.

Austin pensó un momento. No podía creer lo que estaba a punto de decir, pero lo dijo de todos modos. —Tú ve al coche. Yo voy a volver. Intentaré escuchar a escondidas.

Lucy frunció el ceño. —No.

Cuando estaba en la policía de Nueva York, odiaba a los detectives privados de tres al cuarto. Ahora, bueno, podía entender su punto de vista. —Sé que no puedes venir conmigo y que nunca aprobarías lo que voy a hacer. Pero… no sé cómo explicarlo. Sy trama algo, y necesito averiguar el qué.

Lucy se puso las manos en las caderas. —Si Ridley se entera —o, Dios no lo quiera, Daniels—, yo no tenía conocimiento previo de nada.

Austin sonrió. —Por supuesto.

Y dicho esto, se agachó y empezó a volver sigilosamente sobre sus pasos por el sendero hacia Bakes, guiándose por el sonido de su silbido.

PARTE II

UN TORRENTE DE MENTIRAS

13

El problema era que la zona donde Bakes estaba pescando estaba despejada de árboles, por lo que Austin solo pudo acercarse hasta unos veinte metros del lugar sin ser visto.

De pie entre dos grandes árboles y protegido por un tercero, se asomó lentamente mientras Sy se acercaba a Bakes, quien pareció incluso más molesto por la segunda interrupción que por la primera. Al menos, hasta que vio quién lo interrumpía. Soltero de toda la vida, Bakes tenía fama de donjuán, pero la forma en que recorrió a Sy con la mirada fue como algo sacado de una película que hoy en día nunca se haría.

Aun así, Sy lo manejó como una profesional: le tendió la mano, se la estrechó y luego le enseñó su identificación. Austin maldijo entre dientes. Estaba demasiado lejos para oír la conversación. Solo distinguía murmullos y alguna que otra palabra.

Asomándose de vez en cuando por detrás del árbol, los observó durante cinco o diez minutos. Finalmente, Sy le estrechó la mano a Bakes y se marchó, pero en lugar de volver por donde había venido, se dirigió por el sendero hacia Austin. Y estaba sacando el móvil.

Durante una fracción de segundo, sopesó la idea de salir de detrás del árbol y confesarlo todo, pero algo lo hizo quedarse helado. Era la curiosidad, esa que siempre venía con el sabor familiar de las guindas a las que era adicto desde niño. Tenía que saber qué

estaba pasando, sin importar lo imprudentes que fueran sus métodos para averiguarlo.

Con la espalda pegada al árbol, fue girando a medida que Sy se acercaba, sus pasos, ligeros pero audibles sobre las hojas secas.

Entonces, ella habló. —Sí, acabo de hablar con él… Ajá, diste en el clavo… No, no sabía nada de eso.

Escuchó un rato y luego dijo: —Mi impresión es que es cien por cien legal. Bakes no es ningún genio, pero no miente y, desde luego, no está involucrado. Le creo cuando dice que no sabe nada.

Austin también le había creído.

—Vale, de acuerdo —continuó ella.

—Sí, estamos a punto de cerrar este asunto —dijo Sy—. La Marina va a salir de esto tan limpia como siempre.

Austin oía el crujido de las hojas y las ramas bajo los pies de ella mientras caminaba de un lado a otro. *Tan limpia como siempre.* ¿Qué significaba eso? Daba a entender que no estaban tan limpios como deberían.

—Vale —dijo Sy—. Vale. Sí.

Guardó silencio durante un buen rato. Austin escuchaba su propia respiración junto con la suave brisa y la nota ocasional de Bakes, que había reanudado su silbido en el momento en que Sy dejó de interrogarlo.

—Lo entiendo —dijo al fin—. Ah, y escucha esto. Daniels le ordenó a su departamento que nos dejara este caso, que se mantuviera al margen. ¿Y adivina quién estuvo aquí justo antes que yo? Exacto. O'Rourke se llamaba y venía con el detective privado al que LSG me hizo llamar. Sí, *ese*.

Se calló y Austin oyó sus pasos cada vez más cerca por debajo del sonido de su propia respiración. Lo que estaba haciendo no era ilegal, pero era una de las cosas más turbias que había hecho en su vida, y no estaba orgulloso de ello.

Aun así, ya había merecido la pena. *LSG* tenía que ser Luke Seymour Garrison, el hombre que su madre conocía y de quien ya había supuesto que lo había metido en esto. Por qué, todavía no lo sabía.

Lucy se apoyó en el capó de su coche, sin poder creerse todavía que hubiera dejado que Austin siguiera adelante con su plan. Se suponía que no debía permitir que ciudadanos de a pie infringieran la ley. Bueno, quizá no estaba infringiendo ninguna ley en realidad.

Pero aun así. Sabía que no podía justificar lo que Austin estaba haciendo porque, cuando se imaginaba admitiéndoselo a Ridley, se le sonrojaban las mejillas de vergüenza. No podía ver a Austin desde el aparcamiento, pero el hecho de que estuviera por allí, entre los árboles, hacía que se sintiera fatal.

Una llamada de Anna Downey interrumpió sus cavilaciones culpables. —Hola, Anna. ¿Has sacado alguna gran noticia hoy?

—Lucy «Le-Encanta-Ser-Mi-Mejor-Fuente» O'Rourke, ¿cómo te va?

—Me va bien, Woodward, y no, *no* me gusta ser tu mejor fuente. No me gusta ser una fuente en absoluto, a menos que el departamento o yo saquemos algo a cambio.

Anna respiraba agitadamente, como si hubiera estado corriendo o dando vueltas como una loca. —Lucy, en serio, tienes que mirar el correo. Algo muy gordo está a punto de salir y te estoy dando la oportunidad de hacer una declaración. Puede que remueva un poco el avispero por tu zona.

A Lucy se le revolvió el estómago. —Dímelo.

—Léelo, sin más. Luego llámame si quieres.

Lucy colgó y abrió el correo electrónico. Anna le había enviado un documento, no el enlace a una noticia ya publicada. Afortunadamente, fuera lo que fuese, aún no había salido a la luz, así que quizá todavía estuviera a tiempo de pararlo o, al menos, de hacer control de daños.

Pero el poco alivio que sentía se esfumó en cuanto leyó el titular.

La corrupción al más alto nivel de la Marina encubrió décadas de sobornos y fraude

Justo cuando Austin oyó los pasos de Sy llegar al árbol, a apenas un metro de él, la oyó exclamar: —¡Ya sé que dije que era guapo, y no, no le he pedido salir!

Austin sonrió. La situación se estaba volviendo más ridícula por momentos. Bueno, al menos esa indiscreción acababa de confirmarle otra cosa. Ella *sí* había estado coqueteando con él.

Estaba a punto de salir de detrás del árbol cuando el tono de ella cambió de repente. —¡Eso no me lo dijiste! Si se sabe, podría… Sé que podría arruinarte a ti, podría arruinarme a mí, arruinar… —Su tono se volvió más bajo, casi solemne—. Podría arruinar muchas cosas. Perjudicar al país entero.

Sus pasos se oían cada vez más lejanos y sus palabras se convirtieron en un murmullo. Austin se asomó por detrás del árbol y vio que se dirigía de nuevo hacia Bakes. No se detuvo a hablar con él, sino que se apresuró a volver por donde había venido.

Perjudicar al país entero.

¿Qué podría significar eso?

Cuando la perdió de vista, Austin rodeó el lago por el lado largo y encontró a Lucy sentada en su coche. Con astucia, Lucy lo había movido al otro lado del aparcamiento para que Sy no la viera al regresar.

Austin se disponía a disculparse por su jugarreta, pero la expresión del rostro de Lucy le indicó que algo pasaba. Tenía la cabeza absorta en el móvil y, a medida que leía, su expresión cambiaba de la sorpresa a la conmoción y de ahí a la tristeza.

No dijo ni una palabra.

Negando lentamente con la cabeza, le pasó el móvil a Austin.

14

El móvil mostraba el borrador de un artículo de Anna Downey. Austin sintió que un nudo de angustia se le formaba en el estómago mientras empezaba a leer.

Corrupción en la cúpula de la Armada encubrió décadas de sobornos y fraude

Un caso de soborno y fraude, que se remonta a la Guerra del Golfo Pérsico, también conocida como Operación Tormenta del Desierto, ha salido a la luz en los últimos días, poniendo en tela de juicio el honor de algunos de los miembros de más alto rango del ejército estadounidense.

Según tres fuentes de alto rango, que se negaron a ser identificadas porque hablar con los medios de comunicación podría poner en peligro sus carreras, el almirante retirado Tom Vellory supervisó entre 1986 y 1997 una operación que implicaba sobornos y fraude, con la que tanto él como sus subordinados ganaron millones de dólares.

Según múltiples fuentes, en la trama de corrupción estaba implicado el contratista de apoyo a buques Byron Defense Marine Asia (BDMA), una filial catarí del Byron Marine Group.

Hussein Ali, ciudadano catarí y presidente de la empresa, sobornó a un gran número de oficiales uniformados de la Séptima Flota de Estados Unidos, incluido el almirante Vellory, con al menos

medio millón de dólares en efectivo a cada uno, además de gastos de viaje, artículos de lujo y prostitutas, a cambio de material clasificado sobre los movimientos de los buques y submarinos estadounidenses durante la Guerra del Golfo, así como información contractual confidencial e información sobre investigaciones policiales en curso sobre Byron Defense Marine Asia.

Según otra fuente, «Ali aprovechó la información para obtener beneficios ilícitos, ordenando descaradamente a sus topos que desviaran portaaviones, buques y submarinos a puertos que él controlaba en el Sudeste Asiático para poder estafar más fácilmente a la Armada por el combustible, los remolcadores, las barcazas, la comida, el agua y la retirada de aguas residuales».

Es importante señalar que es habitual que las ramas del ejército estadounidense contraten servicios con empresas extranjeras durante operaciones en el extranjero. El escándalo implica a miembros del ejército que se lucraban ofreciendo ilegalmente información a un contratista concreto para que este se beneficiara económicamente, y haciéndolo a cambio de dinero u otras compensaciones.

La Armada, a través de BDMA, llegó incluso a contratar buzos para buscar explosivos en los puertos. Vellory, según múltiples fuentes, redactó memorandos «Bravo Zulu» —un término informal para una carta de recomendación de la Armada otorgada a civiles que han prestado servicios excepcionales— con el fin de reforzar la credibilidad de GDMA por los trabajos «bien hechos».

Una fuente naval calificó las acusaciones como «quizá la peor brecha de seguridad nacional de este tipo que ha sufrido la Armada desde el final de la guerra de Vietnam».

Otra dijo: «De demostrarse que es cierto, este es un escándalo que sacudirá a la Armada, incluido a uno de nuestros almirantes más queridos y respetados. Rezo para que no sea verdad».

Ninguna fuente, ni oficial ni extraoficial, quiso hacer declaraciones para este artículo, y el propio almirante Vellory no respondió a las repetidas solicitudes de comentarios.

Se dice que la Armada está investigando el asunto, aunque no está claro si se tomarán medidas disciplinarias o cuántos miembros

del servicio estuvieron implicados.

Austin le devolvió el móvil a Lucy, demasiado aturdido para hablar.

—No quiero que esto sea verdad. O sea, no puede ser verdad, ¿no?

Austin no dijo nada.

Lucy parecía estar pensando en voz alta, analizando las posibilidades. —Dice que Vellory se negó a hacer comentarios, lo que significa que sabía que este artículo se estaba preparando cuando habló con nosotros.

Austin asintió.

—Recuerda lo que decía Samantha —continuó Lucy—, que se estaba difundiendo un torrente de desinformación sobre el caso. Quizás esto sea parte de ello. Quizás alguien le está dando a Anna información falsa para que...

No lo dijo en voz alta, pero lo primero que pensó fue que el torrente de desinformación podría haberse difundido específicamente para encubrir *esta* historia, suponiendo que la gente en el poder supiera que iba a salir a la luz. Austin recordó cuando Anna le había preguntado si estaba oyendo algo de la Armada. Supuso que ella llevaba días trabajando en este artículo, posiblemente más.

—Sea verdad o no —continuó Lucy—, alguien le está filtrando esto a Anna. Y tiene sus motivos. No sé qué relación tiene con el homicidio, pero sé que la tiene. Es imposible que sea una coincidencia.

A Austin le daba vueltas la cabeza. Al igual que Lucy, no sabía cómo se relacionaba la historia con su caso, pero, de ser cierta, revelaba un nivel de corrupción en la Marina tan escandaloso que era casi increíble. Entonces se dio cuenta.

Perjudicar a todo el país.

De eso había estado hablando Sy por teléfono.

—He oído parte de la llamada de Sy —dijo—. No sé con quién hablaba, pero parecía que formaba parte de un encubrimiento de la Marina. Parecía que intentaban proteger a Vellory, para evitar que esta historia saliera a la luz.

Lucy arrancó el coche. —¿Y no ha salido? Al menos, todavía no. Anna me lo ha enviado para que le dé mi opinión, pero ¿qué demonios voy a decir yo sobre esta historia? Quiero decir, no sé nada de estas cosas.

Mientras salía del aparcamiento, Austin reflexionó sobre ello. —No creo que Anna te pidiera tu opinión. Creo que quiere protección, pero quizá es demasiado orgullosa para pedirla. Esta historia es muy gorda. Tan gorda que puede que ni siquiera *ella* sea capaz de manejarla. Un caso como el del Carnicero de Bebés de Navidad atrae mucha atención a nivel nacional, pero una historia como esta atrae la atención de un tipo de gente completamente diferente.

—Deberíamos ir a verla.

Austin ya estaba deslizando el dedo por la pantalla de su móvil para llamarla.

Anna vivía en una casita blanca en Kingston, un pequeño pueblo a unos quince minutos de la tienda de Austin en Hansville. Tenía un centro encantador y un ferri para coches que cruzaba las aguas hasta Edmonds, así como uno de pasajeros que llevaba y traía a la gente que trabajaba en Seattle.

Cuando se acercaron, Anna estaba sentada en los escalones de la entrada, con su pelo rubio iluminado por la tenue luz que provenía de un aplique polvoriento. El cálido día había dado paso a una noche fría y ella se subió el cuello de la chaqueta cuando llegaron al pie de la escalera.

En cuanto la cancela de estacas blancas se cerró tras ellos con un chasquido, Lucy fue directa al grano. —¿Aún no has publicado esa historia, verdad?

Anna negó lentamente con la cabeza. Tenía la mirada perdida, como si estuviera cansada o preocupada. Posiblemente ambas cosas. Austin la conocía lo suficiente como para saber que, aunque estaría orgullosa de la enorme historia que había conseguido, era lo

bastante inteligente como para saber que una noticia así le cambiaría la vida. Quizá para mejor, pero quizá no.

—Bien —dijo Lucy—. Eso es bueno.

—Todavía no está lista —dijo Anna, poniéndose en pie. Bajó los tres escalones para reunirse con ellos en el jardín. Austin nunca la había visto así. Su confianza habitual había desaparecido, reemplazada por, si no miedo, al menos incertidumbre.

—Por la cara que pones —dijo Austin—, sé que eres consciente de la magnitud de la historia que tienes entre manos.

—Lo soy —dijo Anna—. En realidad no quería tu opinión, Lucy. Quiero proponer un trato.

Lucy se cruzó de brazos. —¿Un trato?

Un coche pasó a toda velocidad por la carretera frente a la casa.

Anna levantó la vista, nerviosa. —Entremos.

Los tres guardaron silencio mientras se acomodaban frente a la estufa de leña apagada de Anna. Anna ocupó un sillón reclinable azul y les ofreció el sofá a Austin y Lucy.

—Esto es demasiado serio como para andarse con rodeos —dijo Lucy—. Ve al grano.

—Decidme lo que sepáis sobre Vellory —dijo Anna—. Concretamente, si tiene alguna implicación en el triple homicidio que estáis investigando. ¿Es sospechoso? No, esperad… —Lucy se había levantado a medias del sofá para protestar, pero Anna la arrolló—. Decidme esas cosas, de forma totalmente extraoficial, y yo os contaré todo lo que sé, que no todo está en el artículo.

Lucy miró a Austin, buscando su opinión. Ya había hecho tratos como este con periodistas antes. Por mucho que le fastidiara soltarle prenda a un periodista, a veces era necesario porque beneficiaría a su investigación. Dijo:

—Al final, la decisión es de Lucy, pero esto es lo que yo pienso. Si puedes prometernos con absoluta seguridad que no publicarás nada de lo que te contemos y que no se lo dirás ni a un alma, creo que tenemos un trato. La cuestión es que estamos todos metidos en un lío que nos supera. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Lucy se levantó y se acercó a la ventana, mirando la calle a oscuras. —Esta debería ser una decisión de Ridley, pero, al mismo

tiempo, no quiero meterlo en esto. Podría acabar mal, y si alguien tiene que caer, quiero ser yo. —Tras un largo minuto, se sentó y miró a Anna a los ojos—. ¿Totalmente extraoficial? Solo como información de fondo. ¿No se lo dirás ni a un alma?

Anna asintió.

Lucy le hizo un gesto con la mano a Austin como diciendo: *adelante, cuéntaselo todo*.

No había mucho que contar. Austin resumió su entrevista con Maria Del Guado y su pintoresco grupo, así como la entrevista con Vellory, incluida su incoherencia sobre la hora a la que se había marchado del Watering Hole. Finalmente, le contó cómo Sy había intentado apartarlos del caso.

—Así que —dijo Anna cuando él terminó—, creo que tenía razón. No tengo pruebas, por eso no está en mi artículo, pero mi corazonada es que los tres agentes muertos —Del Guado, Hammer y Joey— estaban implicados de alguna manera en la trama de sobornos de Vellory de hace tiempo. Y, aunque tampoco tengo ni una prueba, apostaría a que sus muertes están relacionadas con él.

—Es una conjetura arriesgada —dijo Austin—, pero es a donde me ha llevado la cabeza a mí también.

—Y parece que Sy y el NCIS están implicados de alguna manera en un encubrimiento —añadió Lucy.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación.

El rostro de Lucy reflejaba la preocupación que sentía Austin. Sabía, al igual que Lucy y Anna, que la trama que estaban describiendo era demasiado enorme como para asimilarla rápidamente.

—Bueno —dijo Anna, rompiendo el silencio—. Vuestra parte del trato. Antes de que preguntéis: sí, la historia es cierta. Me enseñaron documentos que la respaldaban, aunque tuve que aceptar no mencionarlos en el artículo.

Sostuvo la mirada de Austin, esperando a ver si él ponía alguna objeción.

La creyó, así que no lo hizo.

Ella continuó: —Querréis saber quiénes fueron mis fuentes, y no os daré nombres, pero os daré una pista.

—¿De qué nos va a servir eso? —preguntó Lucy.

Anna se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas. —Para vosotros, la clave es: ¿por qué iba alguien a filtrar esto? ¿Por qué ahora? —Se levantó y cogió una lata de cerveza de la cocina, levantándola mientras volvía—. ¿Quiere alguien?

Negaron con la cabeza y Anna tiró de la anilla y le dio un trago largo. —Yo ni siquiera estaba investigando esta historia. No tenía ni idea. Un día recibo llamadas de tres fuentes, todas de la Marina, todas contando la misma historia. Estuvo *coordinado*.

—¿Podrían estar utilizándote? —preguntó Austin.

Anna soltó una risa amarga. —*Por supuesto* que me están utilizando. Pero eso no significa que lo que dicen sea falso. Los documentos que vi eran auténticos. Esto *va* a salir a la luz porque alguien quiere que lo haga. Yo solo soy la persona que han elegido como mensajera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucy.

Se recostó en el sillón reclinable. —Una organización como la Marina filtra una historia como esta por una de dos razones. Una: saben que va a salir a la luz de todos modos y quieren adelantarse para darle su propio giro. Dos: quieren hundir a alguien. En este caso, estoy casi segura de que es la primera. Este escándalo será tan grande que manchará a toda la Marina, no solo a Vellory. Mi intuición me dice que algún periódico importante está trabajando en esto —el *Times* o el *Post*, lo más probable— y que algún genio del departamento de relaciones públicas de la Marina ha decidido dármela a mí porque, si *mi* editor la publica, si *mi* nombre aparece en ella, será mucho más fácil de manipular que si sale con una cabecera de más prestigio.

—Tiene sentido —dijo Austin—. Entonces, ¿la Marina se entera de que esto va a salir de todas formas y te lo filtran a ti con la esperanza de poder moldear la narrativa antes de que los grandes periódicos puedan publicarlo?

Anna asintió.

La habitación volvió a sumirse en el silencio.

Ya había pasado la hora de la cena y Austin se moría de hambre. Andy ya le había dado de comer a Run, pero él necesitaba irse a

casa. —No vamos a llegar al fondo de esto esta noche. Última pregunta: ¿se publicará el artículo? Y si es así, ¿cuándo?

Anna subió las piernas al sillón reclinable y cruzó una debajo de la otra. Parecía asustada. —Mi editor va a pedir una segunda opinión. Tiene amigos en el *Seattle Times*. Por supuesto, quiero que se publique, pero no te voy a mentir: estoy muerta de miedo.

Lucy se puso en pie. —Hablamos a primera hora de la mañana. Si se publica y sientes que corres peligro, vente a la comisaría.

Anna sonrió. —No soy tan gallina. No es que piense que Vellory vaya a enviarme un sicario. Lo que me da miedo es la atención mediática. Esta historia será noticia internacional. —Se echó el pelo hacia atrás con un gesto juguetón—. ¿Qué tal saldré en la tele?

Intentaba quitarle hierro al asunto, pero Austin comprendía su nerviosismo. Quiso consolarla, pero no había nada que decir. Si la historia salía a la luz, sería la más importante de su vida. La avalancha de desinformación que Samantha había identificado probablemente se dirigiría contra ella.

Lucy se acercó a la puerta.

Austin se acercó a Anna y esperó a que ella lo mirara a los ojos. —Yo no dejaría que tu editor lo publicara. Todavía no. No hasta que averigües por qué te lo están dando a ti.

Anna no dijo nada.

—Y, en cualquier caso, todo lo que te hemos contado es extraoficial, ¿verdad?

Su mirada era extraña, distante. Se había vuelto más fría desde su cita fallida, pero esto era algo distinto. Algo que Austin no lograba identificar.

—Tienes mi palabra —dijo ella al fin.

15

El artículo de Anna se publicó a las cuatro de la madrugada.

Austin lo leyó en el móvil en cuanto se despertó. Lo habían suavizado un poco con respecto a la versión que él había leído. Las acusaciones contra Vellory eran un poco más prudentes, pero el fondo era el mismo.

Comprobó las páginas web de algunos de los principales medios de comunicación y, por lo que pudo ver, ninguno se había hecho eco de la noticia todavía, pero eso iba a cambiar. Si Anna tenía razón, solo le habían filtrado la historia porque los grandes medios ya estaban trabajando en ella. No le cabía duda de que pronto publicarían importantes artículos de seguimiento. Vellory ya era un nombre bastante conocido, pero estaba a punto de convertirse en algo mucho más que eso.

En la cafetería, habló con Andy, que hacía poco había contratado a otro segundo de cocina para aligerar la carga de trabajo de los ajetreados meses de verano. Andy le prometió que lo tenía todo bajo control.

Después de coger un café para el camino, Austin metió en el coche la cama de Run, algunos de sus juguetes favoritos y un paquete de chuches, e hizo el trayecto de cuarenta minutos desde Hansville hasta la oficina del sheriff de Kitsap.

Cuando había llegado a casa tarde la noche anterior, Run se había alegrado tanto de verlo que se lanzó de cabeza contra su espinilla y salió rebotada por la cocina. En ese momento decidió que tenía que llevársela si iba a pasar otro día con el caso.

Cuando llegó, Run entró la primera en la oficina, pasando como una exhalación por delante de la recepción y por el pasillo, para luego meterse directa en la sala de reuniones. Austin no tenía ni idea de cómo había sabido a qué sala se dirigía.

Cuando llegó a la puerta, todo cobró sentido. Jimmy se estaba comiendo un sándwich de beicon y huevo, y ella había seguido el olor. Ahora estaba sentada a sus pies, inmóvil como una estatua, mirándolo con su cara de buena e inocente y sus ojos como platos.

Jimmy le lanzó un trocito de beicon, que ella cazó al vuelo.

—Parece que hay que darte la enhorabuena —dijo Austin, sentándose a su lado.

Él levantó la vista, con cara de no entender nada.

—Lucy —dijo Austin—. ¿El compromiso?

—¿Te *lo ha contado*?

—He visto el anillo.

—Íbamos a anunciarlo más tarde, y pensamos que nadie se daría cuenta, al menos por aquí. —Se ablandó y una gran sonrisa se extendió por su cara—. Gracias, tío. Sabes que estoy loco por ella, siempre lo he estado.

—Lo sé —dijo Austin—. Y tengo otra pregunta. —Señaló el sándwich—. ¿Te ha convencido para que vuelvas a comer carbohidratos?

Jimmy bajó la vista hacia el pan, riéndose.

—Ahora que estoy comprometido me estoy dejando ir.

Austin se rio. —Claro. Podrías llegar a un ocho por ciento de grasa corporal.

Jimmy sacó el resto del huevo del sándwich, se lo metió en la boca y luego tiró el pan que quedaba a la basura. —No todos podemos atraer a las mujeres con el cerebro, New York, algunos tenemos que depender de los músculos. Pero en serio… —se inclinó hacia él—, mantén lo del compromiso en secreto por ahora.

—¿En secreto?

—*Down low*. En el lenguaje de los humanos de menos de cuarenta, significa «No se lo digas a nadie».

Austin asintió mientras Samantha y Ridley entraban, seguidos de Lucy.

Ridley ocupó su sitio de siempre frente a la pizarra blanca mientras Samantha proyectaba una copia del artículo de Anna en la pared. Para sorpresa de Austin, los labios de Ridley estaban ligeramente curvados hacia arriba. No era una sonrisa, pero tampoco el ceño fruncido que él había esperado.

—¿Qué es lo que tiene Anna Downey, del mismísimo condado de Kitsap —empezó Ridley—, para acabar siempre en el centro de historias tan importantes?

Jimmy negó con la cabeza. —Nunca ha estado en el centro de una historia *tan* importante.

—Pocos lo han estado —convino Ridley—. Pero por ahora, tenemos que averiguar cómo nos afecta esto a nosotros. —Se giró hacia Austin—. Lucy me ha puesto al día de tus conversaciones con las familias de las víctimas y con Vellory.

Austin se dio cuenta de que Lucy no le había contado su conversación con Anna.

—¿Habéis avanzado algo con la Armada? —preguntó Austin.

—Cero patatero —intervino Jimmy—. Resulta que nuestro intrépido líder tiene tanta influencia en Bremerton como yo en el instituto.

Samantha ladeó la cabeza.

—Pues yo siempre te he imaginado como el típico cachitas tonto y popular.

—Pues créetelo o no —replicó Jimmy—, era un estudiante por encima de la media que, mira por dónde, tenía el físico de un dios griego. Solo soy el tonto cuando estoy rodeado de genios como vosotros.

Ridley ignoró su pique, como hacía a menudo.

—Con la Armada, no hay forma de saber si nos están dando largas porque sí, porque ocultan algo o, simplemente, porque así es como funcionan las grandes burocracias. En cualquier caso, no hemos llegado a ninguna parte.

—Entonces, ¿en qué lugar nos deja eso con respecto al triple homicidio? —preguntó Lucy.

Ridley dio unos golpecitos en la pizarra blanca con un rotulador indeleble.

—Nos deja preguntándonos cómo se relaciona el asesinato de esos tres hombres con Vellory y esta trama de corrupción, suponiendo que la historia de Anna sea cierta.

Samantha golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Soy la única que piensa en lo obvio? Vellory los mató para encubrir sus crímenes de entonces. A lo mejor lo descubrieron, se enfrentaron a él y los eliminó. Al fin y al cabo, estaba con ellos esa noche. De alguna manera los atrajo hasta el Acantilado y, ¡pum!

—No eres la única que lo piensa —dijo Ridley—, solo eres la única dispuesta a decirlo en voz alta.

—¿Por qué mataría a dos de ellos con un fusil y a uno con una extraña pistola rusa? —preguntó Austin.

Nadie habló durante un buen rato. Nadie podía responder porque no *había* una buena respuesta. La teoría de Samantha no era una locura, pero no encajaba con lo poco que sabían de la escena del crimen.

—Para sembrar confusión —sugirió Jimmy finalmente, con poca convicción—. Solo para que pareciera raro —negó con la cabeza—. Qué va, no me lo creo ni yo. Y, sinceramente, no me creo que Vellory los matara.

—¿Y qué hay de la pista de Sy? —preguntó Lucy—. Parece que podría formar parte de un encubrimiento. Me pregunto si no estaremos lidiando con distintas facciones de la Armada. Una que intenta hundir a Vellory filtrando la historia y otra que intenta cubrirle las espaldas.

Austin se apretó las sienes con las manos. Sentía que la cabeza le iba a estallar. Run, al parecer notando su estrés, saltó a su regazo y se acurrucó.

—Tengo algo más —dijo Samantha—. No es gran cosa, pero mi abuelo sirvió en la Tormenta del Desierto.

—Espera —dijo Ridley—. Estoy intentando hacerme a la idea de que eres lo bastante joven como para tener un *abuelo* que sirvió en

un conflicto de hace solo treinta años.

—*Bueno* —continuó Samantha—. Le enseñé el artículo de Anna y se encogió de hombros, eso fue todo. Dijo que la corrupción estaba por todas partes durante esa guerra, y que en Vietnam fue aún peor. Básicamente, actuó como si no fuera para tanto. Me dijo: «La guerra es un infierno. Pasa de todo».

—Puede que para él no sea para tanto —dijo Lucy—. Pero lo será para el país, y lo es para mí. Una cosa son pequeñas corruptelas para sacar el trabajo adelante, pero que uno de nuestros almirantes más respetados se pase una década enriqueciéndose con sobornos... eso es diferente.

—Cierto —admitió Samantha—. Y he investigado a Vellory. He pasado mi IA por foros, artículos de noticias y demás. Los sitios habituales. Resulta que lleva veinte años habiendo rumores de que es corrupto, pero, al igual que con el triple homicidio, también hay un manantial de desinformación por ahí.

—Alguien está inundando la red de mierda —dijo Ridley.

—Sí —asintió Samantha—, yo… —Bajó la vista hacia su portátil y se detuvo de repente—. Chicos…

—¿Qué pasa? —preguntó Austin.

—Su historia acaba de cambiar —Samantha señaló la pared, donde el artículo de Anna seguía proyectado—. El artículo se acaba de actualizar y ahora parece que cita a algunas de las personas que están en esta sala.

16

Durante treinta segundos, todos leyeron en silencio. Entonces, Ridley se metió las manos en los bolsillos y miró al grupo, con la boca entreabierta por la conmoción y los ojos llenos de ira.

A Austin le hormigueó la lengua con el sabor de los pimientos scotch bonnet. Le ardía la garganta y le quemaban las orejas. Así era como experimentaba la rabia.

Finalmente, Ridley logró hablar. —¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

El artículo de Anna se había actualizado para incluir todo lo que habían hablado extraoficialmente, todo lo que ella había prometido *no* publicar. Aunque no citaba a Austin ni a Lucy por su nombre, incluía declaraciones suyas sobre su investigación de Vellory, atribuidas a «inspectores e investigadores del Departamento del Sheriff de Kitsap».

Lucy se puso de pie. —Yo… Yo…

—¿*Le* habéis dado esto vosotros? —bramó Ridley.

Austin se levantó, y Run saltó de su regazo y corrió hacia la esquina. —Los dos hablamos con ella anoche. Prometió…

—Esto es malo —dijo Jimmy.

—Muy malo —añadió Samantha.

Austin se dejó caer de nuevo en su silla. —Ella dijo…

—Déjeme que se lo explique —dijo Lucy, acercándose a Ridley con las manos extendidas como si intentara hacer una ofrenda de

paz—. Hablamos de forma totalmente extraoficial. Ella nos habló de sus fuentes y nosotros le contamos… Oh, Dios.

—¡Le habéis contado hasta el último detalle de nuestra investigación! —Ridley señaló con el dedo el artículo proyectado en la pared—. Parece que sabe incluso más que yo. A mí no me hablasteis de la discrepancia en la historia de Vellory. Lo de las ocho y las diez.

—Íbamos a comentárselo —dijo Lucy, sumisamente.

Ridley tenía todo el derecho a estar enfadado, pero Austin no podía dejar que ella se llevara toda la culpa. —Es culpa mía —dijo Austin—. Confié en Anna. Yo… Todavía no me puedo creer que nos haya traicionado de esta manera.

—Pensaba que estabas *saliendo* con ella —dijo Ridley.

—Tuvimos una cita. No fue bien.

—¿Así que te cameló y esto es una especie de venganza? ¿La despreciaste y ahora te está fastidiando a ti, a todos nosotros?

Austin negó con la cabeza. —No lo sé. Preferiría no creerlo.

Run corrió hacia Jimmy y saltó a su regazo. Probablemente notó el cambio de humor de Austin, y Jimmy la calmó dándole trocitos de beicon que se habían caído sobre la mesa.

Ridley continuó: —Esto va a alertar al NCIS de que seguimos trabajando en el caso, y a Vellory de que lo estamos investigando. Por no hablar de que, cuando Daniels se entere de esto…

—La hemos cagado —dijo Lucy—. Confiamos en ella y… —abrió los brazos—. Jefe, ¿cómo podemos arreglar esto?

Tras dejar mensajes en el teléfono de Anna y a su editor, Austin dejó a Run con Jimmy y llevó a Samantha en coche al Best Buy que estaba a diez minutos de la oficina. No había forma de arreglar su metedura de pata. Por ahora, no había nada que hacer salvo esperar a que les cayeran las consecuencias.

—¿Quieres contarme de qué va esto? —preguntó Samantha, de pie frente a un expositor de portátiles.

—No especialmente.

—Tu mujer, supongo.

Austin asintió. —Preferiría no decir más. ¿Puedes decirme por qué alguien me enviaría las instrucciones de esa manera?

Samantha eligió un portátil. —¿Seiscientos pavos está bien?

Austin asintió y se dirigieron a la caja.

—Es fácil —dijo Samantha—. Anonimato. Un portátil nuevo comprado en una tienda cualquiera significa que no se ha preinstalado ningún software de seguimiento. Es decir, sin contar todo el software de rastreo que las empresas instalan en estos aparatos para mostrarte anuncios.

Austin pasó la tarjeta de crédito, invadido por una extraña sensación. Llevaba casi dos años viviendo con el asesinato de Fiona. En su día, se había imaginado a sí mismo resolviéndolo a base de patearse las calles de Nueva York. Y ahora estaba allí, en una ciudad a casi cinco mil kilómetros de distancia, con una mujer que tenía la mitad de su edad explicándole conceptos de seguridad informática.

Salieron de la tienda con la caja del portátil bajo el brazo. Era media mañana y la niebla se había disipado, y ahora el sol les caía a plomo. En Silverdale solía hacer unos cinco grados más que en Hansville, pero el calor de hoy era excesivo incluso para ser junio.

—¿Y el resto? —preguntó Austin—. ¿El navegador, la aplicación?

—Lo mismo —dijo Samantha—. Pura seguridad. El navegador Tor no rastrea la actividad como los normales. La VPN es para que no se pueda rastrear tu dirección IP, y la aplicación de vídeo que te dijo que te bajaras es como Signal, la de mensajería que te hizo descargar. Cifrado de extremo a extremo. Pero con vídeo en lugar de mensajes.

Austin se detuvo y la miró por encima del capó de su camioneta. —¿O sea que cuando llegue a casa esta noche y configure esto, y cuando por fin haga la videollamada con este tipo, será irrastreable e inhackeable?

Samantha soltó una risita. —Nada es inhackeable. Pero a la gente más lista que conozco le costaría bastante espiar vuestra conversación. Sea quien sea esa persona, sabe lo que se hace y quiere hablar en privado.

En cuanto Austin regresó, Ridley lo hizo pasar a su despacho. —¿Recuerdas que la primera vez que te pedí que vinieras, Daniels nos puso a caer de un burro después de toda aquella persecución por Kingston?

—Ah, qué buenos recuerdos —bromeó Austin en busca de un poco de humor, de algo a lo que aferrarse para sentirse bien. Su enfado con Anna se había apagado, transformándose en confusión. Por más que lo intentaba, no lograba comprender por qué les había hecho semejante jugarreta.

A Ridley no le hizo ninguna gracia. —Aquella conversación con Daniels fue coser y cantar en comparación con la que se nos viene encima.

Austin tragó saliva, notando un nudo en la garganta. —¿Se ha enterado del nuevo artículo de Anna?

Ridley asintió y sacó una de las dos sillas que había frente a su escritorio. —Coge asiento, Nueva York. Estás a punto de comerte un marrón de los gordos.

—Me parece bien, pero ¿a qué te refieres?

—Este caso, esta historia, se nos está yendo de las manos. No sé en qué va a acabar todo esto, pero necesito proteger a Lucy. Existe la posibilidad de que mi carrera no sobreviva a esto. Y de que tu reputación tampoco. —Clavó la mirada en Austin, diciendo más con los ojos que con las palabras—. Necesito que Lucy salga indemne de todo esto.

Lo que quería decir era que él, Austin, se atribuyera toda la culpa de las citas del artículo de Anna, y que él mismo cargaría con la responsabilidad de haber puesto en marcha la investigación. —Entendido —dijo Austin.

Ridley abrió el programa de videollamadas y marcó. Un instante después, el sheriff Daniels apareció en pantalla con el fondo de una habitación de hotel, con su arte hortera y sus cortinas extragruesas.

—Jefe, estoy aquí con Austin. —Ridley ajustó el ordenador para que Austin saliera en plano con él.

Daniels tenía la cara roja y la mirada vidriosa, lo que hizo que Austin se preguntara si su sobriedad había sido efímera. Por mucho que le desagradara aquel hombre, no quería ser la causa de que sufriera una recaída.

—Ustedes dos —dijo Daniels, negando con la cabeza—. Ustedes dos. Me dan ganas de… ¿Saben con quién acabo de hablar? Podría darles cien oportunidades y ni así lo adivinarían.

Austin pensó en soltar un comentario sarcástico, pero decidió que no era buena idea.

—Con el secretario de la Armada —continuó Daniels—, de Washington. ¿Tienen idea de lo mal que tienen que estar las cosas para que me llame a mí, que no soy nadie? Ese hombre desayuna con el presidente una vez al mes.

—¿Lo ha amenazado? —preguntó Ridley.

—¿Amenazar? Los hombres como él controlan ejércitos que podrían derrocar a países pequeños antes de la hora de comer. Que podrían ganar la Tercera Guerra Mundial. ¿Cree que necesita *amenazarme*? He tenido que tirar del minibar solo para poder coger la llamada. Ese hombre podría acabar con mi carrera con un solo mensaje de texto. ¿Cómo cree que se habrá sentido al enterarse de que mis agentes le van diciendo a una periodista que estamos investigando a su más querido almirante?

—Lo lamento —dijo Austin—. Permítame aclarar: las citas en la versión actualizada del artículo son mías, y se las di bajo el entendimiento de que eran extraoficiales. Fue un intercambio para conseguir información que pudiera ayudarnos a resolver el caso.

Daniels apartó la silla de una patada y empezó a pasearse por la habitación del hotel, entrando y saliendo del encuadre. Finalmente, se inclinó hacia la cámara y su cara enrojecida ocupó toda la pantalla. —Un caso que NO teníais que investigar. —Se sentó, más derrotado que enfadado—. Austin, Ridley, ¿os acordáis de cuando trabajabais en el caso del Carnicero de Bebés? En mi despacho, Austin, dijiste: «Cuando hay vidas en juego, las reglas las pongo yo». ¿Te acuerdas de eso?

Austin asintió. Ridley y los demás se habían burlado de él por aquello durante meses.

Daniels negó con la cabeza. —Eres un cabrón arrogante, Austin. Cuando se trata de perseguir a un sospechoso por mis calles, eso es una cosa. Pero esto... esto es seguridad nacional... esto es... —Dejó caer la cabeza entre las manos—. Esto es grave.

Dijo Ridley: —Si me permite. Sé que se suponía que debíamos dejarle esto al NCIS, pero, jefe, ha habido un triple homicidio en nuestro condado. Estaba más frío que el culo de un pingüino hasta hace unos días. —Se puso de pie, acercando su rostro tenso a la cámara, con la voz cada vez más alta—. Entiendo que esto tiene ramificaciones a nivel nacional, pero si me pone tres cadáveres delante de mis narices, en mi territorio, voy a intentar resolverlo a menos que el mismísimo presidente se presente y me diga que me retire.

—*Yo soy* tu jefe y te ordeno que te retires. Dejadle esto al NCIS, a la Marina. O estáis despedidos.

Austin miró fijamente a Ridley, cuyo rostro temblaba. —Rid —susurró—, frena.

Lentamente, Ridley se echó hacia atrás. Su rostro se contrajo y señaló la pantalla con el dedo. Abrió la boca, pero no dijo nada.

Finalmente, su pecho se desinfló y dejó escapar un largo suspiro. —Me retiro, entendido, *sheriff*. —Antes de que Daniels pudiera responder, cerró el portátil y finalizó la llamada.

Austin estaba atónito. Demasiado atónito para soltar algún comentario sarcástico. —Rid, siento tener que decirlo, pero...

—Para, Austin. Para ya. Déjame pensar. —Ridley se levantó y caminó hacia la ventana, donde cogió una foto de Rachel, su mujer, que llevaba un vestido de verano amarillo y posaba delante de su casa—. Sé que, técnicamente, no puedo darte órdenes. Eres un asesor. Pero te lo voy a pedir, y se lo diré también a Lucy y a los demás. No os retiréis. No frenéis.

—Pero Rid...

—Si Daniels vuelve, no quiero que pueda decir que Lucy o los demás desobedecieron mis órdenes. Toda la responsabilidad recae sobre mí. Sal ahí fuera y resuelve este asunto, aunque signifique acabar con toda la Marina de los Estados Unidos y con todos los que están en ella.

17

Una hora después, Austin vio a Lucy salir del despacho de Ridley, con el rostro duro y decidido. Metió a Austin en la sala de reuniones, donde Run se había agenciado un tentempié de la mesa. Por lo visto, la magdalena abandonada de alguien había sido una tentación demasiado grande y, después de dar buena cuenta de lo que quedaba, había decidido hacer trizas el plato para destruir las pruebas.

—¿Te apetecía un premio? —dijo Austin.

Run lo miró sin el menor remordimiento. No solía portarse mal, pero nada la motivaba tanto como la comida abandonada. Austin le preparó un cuenquito con agua y le puso unas chuches en su cama, en la esquina. Run bebió el agua a lengüetazos antes de tumbarse mientras Austin recogía los trocitos de papel.

Jimmy regresó a la sala con una taza de café, seguido de Samantha, que había batido un nuevo récord personal: ahora llevaba tres portátiles distintos.

—Todavía no hemos localizado a Anna —dijo Lucy—, aunque no creo que sirva de mucho cuando lo hagamos. Ya no hay marcha atrás. —Se fijó en los tres portátiles de Samantha—. ¿Por qué tres? ¿Es por algún rollo de relés de seguridad?

—Qué va —dijo Samantha—. Me siento mejor si estoy rodeada de más potencia de fuego. —Enchufó uno de ellos al proyector—.

Tengo información nueva sobre Vellory. Ese tío es más retorcido que el... eh... rabo de un cerdo.

Tecleó algo en el portátil. En la pared, apareció un artículo.

—Hala —dijo Jimmy—, esto ya no es una noticia local.

Era un artículo del *New York Times*, y Samantha ni siquiera les dio tiempo a leerlo antes de pasar a otro artículo, esta vez del *Washington Post*. Luego a otro, de Fox. —Los artículos son todos bastante parecidos —dijo—. Y todos similares al de Anna.

Austin le echó un vistazo al artículo. —No hay nada nuevo aquí —dijo—. Al menos, confirma la historia de Anna. —Aunque estaba confuso por el motivo por el que lo había hecho, una parte de él se alegraba por ella. Estar vendida como la única periodista del país con una historia así sería solitario, y posiblemente peligroso. Ahora que varios medios importantes habían confirmado su exclusiva, se encontraba en una posición mucho mejor.

—Esto es lo nuevo —dijo Samantha—. Hace una hora aproximadamente, han empezado a filtrarse documentos en Reddit..., que, por tu cara de pasmado, Austin, deduzco que no has oído hablar de ello en tu vida.

Él se encogió de hombros.

—Es una aplicación y página web, un foro, algo así como Facebook, pero anónimo. Avatares en lugar de fotos tuyas, todo tipo de comunidades de debate distintas. —Hizo clic y apareció un documento. En la parte superior, estampado en letras de color rojo vivo, ponía *Confidencial*.

Parecía un recibo de combustible, de decenas de miles de galones.

Samantha hizo clic y la imagen de la pared cambió a una fotografía de una mujer con poca ropa, que iba del brazo de un hombre de uniforme cuyo rostro estaba oculto con un recuadro negro.

Austin se quedó con la boca abierta.

—¿Pero qué me dices? —dijo Jimmy.

—Así es —dijo Samantha—. Ese es el almirante Tom «TV» Vellory con lo que supongo que es una prostituta de lujo, hacia 1991. Y se están filtrando cientos de imágenes y documentos más. —Hizo una

pausa para crear expectación. Estaba disfrutando a todas luces—. Todo lo que sale en el artículo del *Times*, del *Post*, en el de Anna. Todo ha quedado demostrado de forma inequívoca gracias a estas filtraciones.

—¿Quién lo está filtrando? —preguntó Austin.

Samantha se encogió de hombros. —Los documentos se están filtrando en Reddit desde docenas de cuentas diferentes.

Austin se levantó y dio una vuelta alrededor de la mesa de reuniones. Su mente bullía de posibilidades. —Podría ser un gobierno extranjero que intenta poner en evidencia a Estados Unidos. Podría ser gente que intentó chantajear a Vellory, o a la Marina, para silenciar la historia. Podría ser... bueno, hay demasiadas opciones.

—No me has dejado llegar a la mejor parte —dijo Samantha—. Y por *mejor*, me refiero a trágica.

Hizo clic y apareció otra imagen. Austin reconoció la cara de Jack Hammeron, Hammer, uno de los fallecidos. La foto estaba tomada desde lejos, a través de la ventana de una cafetería, y en ella salía sentado con un hombre que parecía de Oriente Medio, de piel aceitunada y larga barba negra.

—Según esta filtración —dijo Samantha—, ese es Hussein Ali, el tipo que sobornó a Vellory, el cerebro de todo este escándalo.

Jimmy se levantó.

—Reuniéndose directamente con una de nuestras víctimas.

Samantha hizo clic de nuevo. Apareció una carta garabateada.

—Esta es de Joey Blake para Ali, dándole las gracias por la «increíble noche en Dubái» y pidiéndole el nombre de la chica de compañía con la que pasó la velada. —Su cara mostraba tanto asco como el que sentía Austin—. Si me presentara en Hollywood con un guion sobre esta historia, me echarían de la sala por ser demasiado ridícula. —Cerró el portátil—. Y hay más. Cosas sobre Adam Del Guado y media docena de militares más. Había mucha gente implicada en este fraude. Y todo conduce de nuevo a Vellory.

Lucy negó con la cabeza.

—No puedo creer que tuviera un póster de ese tío en la pared.

Llamaron a la puerta y todos levantaron la vista a la vez mientras esta se abría con un crujido.

Austin frunció el ceño y se echó hacia atrás al ver de quién se trataba.

Los pantalones de Anna estaban arrugados, llevaba el pelo recogido en un moño deshecho y sus ojos denotaban cansancio.

—Austin, Lucy, ¿puedo hablar con vosotros en privado?

Austin cerró la puerta tras ellos y se sentó frente a Anna en la salita privada al final del pasillo. El lugar olía a café pasado y a moho, como si necesitara una buena ventilación.

Lucy se apoyó en la pared de la esquina, incapaz de mirar directamente a Anna.

—¿Por qué? —fue todo lo que dijo.

—Primero —dijo Anna—, lo siento.

—¿Lo sientes? —se burló Austin—. ¿Que lo sientes?

—Dejadme que me explique, por favor. No fue culpa mía. —Anna bajó la cara y entrelazó las manos en su regazo. Parecía que fuera a echarse a llorar.

Austin se cruzó de brazos.

—Adelante.

Anna finalmente levantó la vista.

—Mi editor tenía el primer artículo, la versión original. La que os enseñé, pero un poco suavizada. —Suspiró—. Yo *siempre* paso mis notas a un documento, incluso las de conversaciones extraoficiales. Solo para mi uso personal. A veces las repaso con mi editor. En este caso, entregué la versión final del artículo y me fui a dormir. A la mañana siguiente, me levanté tarde, salí a dar un paseo, tratando de despejarme. Cuando volví, él ya había cogido mis notas, las citas que me disteis, y las había añadido al artículo.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Austin.

—Añadí las notas de nuestra conversación en el documento equivocado. Puse mis apuntes de nuestra charla extraoficial en mi

archivo de notas habitual, al que él tiene acceso, en lugar de en el archivo extraoficial que es privado. —Levantó la vista, implorándole con los ojos, y luego miró a Lucy—. Nunca, jamás, he vendido a una fuente como os he vendido a vosotros. Lo siento mucho, aunque sé que eso no arregla nada. Alerté a Vellory de vuestra investigación, y ni siquiera sé qué otro daño he podido causar.

Se levantó y caminó hacia la puerta.

—No puedo deshacerlo, pero quería que supierais que fue un accidente. De verdad que lo siento.

No esperó una respuesta.

18

El día de Sy había sido largo y no especialmente divertido. Lo único que quería era llegar a casa, cenar y desconectar delante de la tele, pero tenía que hacer una parada más.

Aparcó en el Safeway de Poulsbo, que le pillaba de camino a casa, y cogió un carro. Tenía la nevera vacía y esta iba a ser una semana larga. Llevaba días alimentándose de almendras y de una triste bolsa de minizanahorias del cajón de las verduras, pero si quería sacar adelante este caso, necesitaba comida de verdad.

Cogió fruta, un pan de molde, unos cuantos platos precocinados congelados, una tarrina de macarrones con queso y, por último, café y leche. Se dirigía a la caja cuando le sonó el móvil.

Maldijo entre dientes al ver el identificador de llamada. Era Benny Ramirez, un joven investigador de su equipo que no aceptaba un no por respuesta.

Se apartó a un rincón y se apoyó en la nevera de la leche. —¿Benny?

—Hola, jefa, una cosa rápida. Como dijiste, me he sumergido en los archivos y puede que haya encontrado algo.

—Te dije eso para quitarte de en medio, Benny. No quería que de verdad *encontraras* nada. Como ya te he dicho, este asunto lo están llevando por otro lado.

Él hizo una pausa, probablemente sin saber cómo responder. —Vale, pero ¿has visto los artículos sobre Vellory, verdad?

Benny era un chico listo. Bueno, con veintitrés años o así, no era un crío, pero a ella le parecía un crío. Entusiasta, optimista y siempre dispuesto a asumir la siguiente tarea. Pero aún no había aprendido que a veces la política interna de una situación era más importante que los procedimientos habituales. —Como te he dicho —dijo Sy—, déjalo en paz. Hay cosas en esto que nos vienen grandes. Él no estuvo implicado en los asesinatos.

—En el noventa y dos, dijo que se fue del bar a las diez. En tus notas de cuando fuiste a verle el otro día, pone que se fue a las ocho.

—Basta, Benny. Es una orden.

—Sy, sabes que te respeto un montón, pero no lo entiendo. Todo apunta a que este tío es culpable y…

—Benny, yo… —Se interrumpió cuando una madre joven pasó a su lado con un carrito doble, intentando llegar a la leche—. No puedo tener esta conversación aquí —continuó—. Confía en mí, hay más cosas en juego que no sabes y… —El móvil le vibró. Llamada en espera—. Benny, tengo que colgar.

Respiró hondo. Era la llamada que había estado esperando. —Capitán Garrison. Gracias por devolverme la llamada.

—Siento haber tardado. Han sido días de mucho ajetreo, como seguro que puede entender.

—He hecho lo que me pidió, señor.

—Lo sé, y se lo agradezco.

Esperaba algo más, una explicación de algún tipo. No era frecuente que gente del nivel de Garrison le pidiera favores, así que cuando le pidió que invitara a Austin a la escena del crimen, ella había accedido encantada, sabiendo que probablemente le devolvería el favor en algún momento.

Se aclaró la garganta. —Si me permite la pregunta, ¿por qué quería que Austin viniera? Sabe que hemos excluido por completo a los locales de este caso. Fue un poco como ponerles la miel en los labios. Y, aunque parecía listo y todo eso, la verdad es que no aportó nada que no tuviéramos ya.

—Le pedí un favor y usted lo cumplió. ¿Podemos dejarlo así? —Garrison parecía molesto.

Recorrió el pasillo con el móvil encajado bajo la barbilla.

—Parece usted una persona curiosa, pero también ambiciosa, Sy.

—Lo soy, señor. Creo que a menudo van de la mano.

—A veces, son incompatibles.

Pensó por un momento, eligiendo sus palabras con cuidado. —A veces lo son. ¿Es este uno de esos momentos?

Garrison se quedó callado un instante. —De acuerdo. Y solo le cuento esto porque mucha gente decente va a caer en las próximas semanas y meses. Muchos escándalos. Muchas carreras arruinadas, algunas de forma merecida. No quiero que piense que estoy metido en nada de lo verdaderamente escabroso. Le pedí que invitara a Austin por razones *personales*. Yo, bueno…, *conocía* a su madre. Quería tener una excusa para llamarla. Para que me devolviera la llamada.

Sy se detuvo. —¿Que la *conocía*? ¿Se refiere a cuando estaba casada?

—Confío en que será discreta, ¿verdad?

—Claro, pero…

—No quería que pensara que tenía algo que ver con la situación de Vellory.

—No lo había pensado. Yo…

—Claro que sí. Como usted ha dicho, es curiosa.

Y con eso, finalizó la llamada.

No podía creer lo que acababa de pasar. Garrison le había pedido que implicara a Austin en el caso para tener algo de lo que hablar con la madre de este, con quien había tenido una aventura hacía décadas. A veces deseaba haberse dedicado a una profesión que no implicara tanta política.

Sy esperó un momento, planeando lo que iba a decir, y después marcó el número de móvil de Thomas Austin.

19

El móvil de Austin vibró sobre la mesa y lo cogió, sorprendido e intrigado.

—Sy, ¿a qué debo esta llamada inesperada?

—¿Cenas conmigo esta noche?

Austin contempló el panorama de comida china para llevar extendida sobre la mesa de reuniones. En un rincón, Jimmy usaba un tenedor para sacar la ternera de un plato de fideos, con cuidado de no tomar demasiados carbohidratos, mientras Lucy y Samantha se pasaban los táperes de un lado a otro. Run los miraba desde abajo, esperando las sobras.

—Esta noche no me va bien —dijo—. ¿De qué se trata?

—¿Es que una chica ya no puede invitar a un chico a cenar sin que la sometan a un tercer grado?

Austin salió al pasillo para evitar las miradas indiscretas de los demás.

—¿Me estás pidiendo una cita o quieres hablar de negocios? Es que, con el corte que le diste a Ridley, pensé que no volvería a saber de ti. —Estuvo a punto de decir «*vernos* de nuevo», pero eso le hizo pensar en sus tejemanejes en el bosque, de los que todavía se sentía avergonzado.

—No es una cita —dijo ella—. Y tampoco es por negocios. Es un poco de ambas cosas.

Austin se lo pensó. Pero antes de que pudiera responder, ella dijo:

—Venga, hay un italiano cerca de mi casa que dejaría en ridículo tus mejores dotes culinarias.

—Eso suena a desafío. Pero, de verdad, estoy a punto de cenar y, además, estoy trabajando.

—¿Trabajando en el caso en el que se supone que no tienes que trabajar?

Austin se paseó por el pasillo.

—No estoy autorizado a decirlo.

Se descubrió a sí mismo mostrándose escéptico ante cada una de sus palabras, pero si ella se traía algo entre manos, por más que lo intentaba no lograba averiguar qué era.

—Vale —dijo ella—. Hazme una contraoferta.

—Desayuno, en mi cafetería. Mañana a las ocho. —Las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta de lo que decía.

—Allí estaré.

Colgó y Austin regresó a la sala de reuniones. Supo que los tres habían estado hablando de él por la forma en que se callaron en cuanto entró.

Samantha se rio.

—¿Sabes lo finas que son estas paredes, Nueva York?

—¿Era Sy? —preguntó Lucy.

—Por favor, dime que era Sy —dijo Jimmy, con una amplia sonrisa en la cara—. No la conozco en persona, pero la he buscado en Google y...

Lucy le tiró una servilleta de papel hecha una bola a la cabeza.

—De verdad que no quieres terminar esa frase.

Jimmy levantó las palmas en señal de defensa.

—Iba a decir que me parece una mujer inteligente, atenta y profesional.

—Era Sy —admitió Austin—. He quedado para desayunar con ella mañana. No me explico qué está pasando, pero estoy bastante seguro de que no viene solo a probar nuestro nuevo sándwich de desayuno.

El móvil de Austin vibró de nuevo, pero esta vez era un número que no reconoció.

—¿Diga?

—Eh, ¿es usted, um..., Thomas algo..., Thomas..., eh, Austin? —La voz era de un hombre, y era temblorosa, insegura. Pero también le resultaba familiar.

—Soy yo.

—Soy Jack Hammeron, Junior. Lo conocí el otro día en casa de Maria Del Guado.

Austin hizo un gesto con la mano para que los demás se callaran, pues parecía que seguían riéndose a su costa.

—Hammer Junior —dijo Austin—. Gracias por llamar. Sí, nos conocimos. ¿En qué puedo ayudarle?

Se hizo un largo silencio en la línea, amplificado por el silencio en la sala. Lucy, Jimmy y Samantha se habían fijado en el nombre cuando lo dijo en voz alta.

—Bueno, he llamado a algunos otros. A decir verdad, usted es mi última llamada.

—Esto…, de acuerdo —dijo Austin.

—Me dijo usted que lo llamara si se me ocurría algo más.

Austin se puso en pie. —Por supuesto.

—¿Sabe eso de tener recuerdos que parecen aleatorios y que, de adulto, no sabe *por qué* los recuerda?

—Sí, sé de qué habla —dijo Austin. Aunque estaba ansioso por oír el motivo de la llamada de Hammer júnior, primero quería establecer una conexión—. En mi caso, es un columpio de Connecticut. A veces, cuando bajo unas escaleras, lo recuerdo de repente. No tenía nada de especial y no tengo ni idea de por qué me acuerdo de él cuando bajo escaleras. Supongo que será un fallo en mis circuitos.

Hammer júnior se rio. Buena señal. Austin recordaba su mirada dura y su semblante agrio. Ya le había pasado que posibles fuentes lo llamaran para luego pensárselo mejor y cerrarse en banda. A veces, la mejor forma de hacer hablar a alguien era parecer desinteresado, o al menos no desesperado.

—Sí —dijo Hammer júnior—, es algo así. Bueno, pues he leído algunos artículos, todo lo que está saliendo sobre Vellory. Y he visto lo de Reddit. Dicen que mi padre estaba metido en el ajo. ¿Sabe usted algo de eso? —Su voz se había vuelto más queda, más triste.

—No mucho más que usted. No creo que sepamos si es verdad, pero, si lo es, lo siento. Y si no lo es, siento los rumores.

—No le voy a mentir… Creo que es todo verdad. Mi madre no me lo contaba todo, pero creo que sabía que volvió de la Tormenta del Desierto con dinero extra.

—Lo siento —dijo Austin.

Hammer júnior suspiró. —Si sacó algo de dinero extra mientras estuvo allí, pues… no sé qué pensar de eso —hizo una pausa, como si lo estuviera meditando—. Pero no lo llamo por eso. Fue por otra cosa que dijo mi madre. Me acordé ayer mientras cruzaba el aparcamiento de un Wal-Mart. Así, de repente.

Austin contuvo el aliento.

—Dijo que no le gustaba que papá fuera a Hansville a pasar el rato porque una vez había tenido un encontronazo con un tipo de allí, un ex-SEAL.

—¿Dijo algo más?

—¿Sabe que los padres a veces les suavizan las cosas a los hijos? Pues creo que lo estaba suavizando. Ha visto mi tamaño, ¿verdad? Mi padre era aún más grande. Yo soy literalmente el benjamín de la camada con mi metro noventa y tres y mis ciento cuatro kilos.

Austin consideró lo que estaba diciendo. —¿Así que, si su madre le dijo que tuvo un encontronazo con un tipo…?

—Significaba que se pelearon, y a ella le preocupaba que volvieran a pelearse.

—¿Alguna idea de por qué se pelearon?

—Adam. El señor Del Guado. Dijo que tuvo que ver con él.

Austin se paseó por la habitación; los ojos de Run lo seguían como si llevara un chuletón en la mano. —¿Recuerda que dijera algo más?

—Eso es todo. ¿Podría ser útil? Llamé a la otra mujer, Symone o como se llame, pero no me devolvió la llamada.

—Podría serlo —dijo Austin—, y se lo comunicaré a las personas adecuadas. Y, por favor, no dude en llamar si recuerda cualquier otra cosa.

Austin colgó y atacó la comida, sirviéndose un plato de arroz blanco y pollo kung pao.

Lucy enarcó una ceja en su dirección. —¿De qué iba eso?

Antes de que pudiera responder, el rostro de un hombre apareció en la pared, proyectado desde uno de los portátiles de Samantha. Samantha parecía triunfante. —Iba de *este* tipo.

Austin se quedó de piedra. —¿Cómo has…?

—He oído a Hammer júnior —dijo ella—. Austin, en serio, tienes que salir si quieres algo de privacidad.

Austin frunció el ceño.

—Es que soy así —prosiguió—. Mencionó a un ex-SEAL que vive en Hansville, un pueblo con una población de unos cuatro mil habitantes. Este tipo ha saltado a la primera. —Sonrió—. Y tiene un buen historial. —Hizo una pausa—. Robo de vehículos, agresión y otra vez agresión. El tío tuvo las agallas de convertirse en un SEAL —que no es moco de pavo— y lo licenciaron con deshonor por insubordinación.

La foto era la ficha policial de un tipo blanco, de unos treinta y cinco años, con el pelo castaño y grasiento. —¿De cuándo es la foto? —preguntó Austin.

—De su arresto en 2002.

Austin le estudió la cara. Se parecía a... No, *era* el hombre que Austin había echado de su propiedad por acosar a Anna. —Conozco a ese tipo. Davey Wragg. Estuvo en mi tienda. Es... Ay, no.

Lucy le siguió el hilo al instante. —La nota del expediente sobre el enfrentamiento que Adam tuvo con otro hombre.

—La discusión que confirmó Bakes —añadió Austin—. Me juego diez a uno a que fue con ese tío. Y Hammer júnior me acaba de decir que Hammer también tuvo un enfrentamiento con él. Parece que la cosa venía de lejos.

—Vale —dijo Jimmy, poniéndose en pie—. Son las nueve de la noche. ¿Cómo lo abordamos?

Austin se sentó, levantó los pies sobre una silla libre y cogió el móvil. —¿Qué os parece si lo llamo y le ofrezco amablemente retirarle la prohibición de por vida que le puse para entrar en mi local?

Samantha tardó más en encontrar su número de teléfono que su expediente y su ficha policial.

Le entregó a Austin un trozo de papel. —No tiene móvil, o al menos yo no lo encuentro. Es el fijo de su casa en Hansville, que comparte con un compañero de piso llamado Damian, según la investigación mágica que acabo de hacer por internet.

Austin ya estaba marcando el número.

Tras cinco largos tonos, una voz somnolienta contestó al otro lado de la línea. —¿Mmm, dígame?

—¿Podría hablar con David Wragg? —preguntó Austin, tan educadamente como pudo.

—Davey no está.

—Oh, vaya. ¿Sabe usted dónde está?

El hombre al otro lado de la línea soltó una risita amarga. —¿Y quién sabe dónde se mete ese tío? Ya lleva un mes de retraso con el alquiler, me prometió que me lo pagaría hoy, ¿y ahora va y desaparece?

—¿Que ha desaparecido? —preguntó Austin—. ¿Le dijo adónde iba?

—Dijo algo de una feria de armas raras en Tacoma.

A Austin se le erizó el vello de la nuca. *Feria de armas raras*.

Samantha tecleaba frenéticamente en su portátil. —Gana tiempo —susurró.

—¿Hablo con su compañero de piso, Damian? —preguntó Austin.

—¿Quién *es* usted?

—¿Tiene alguna idea de cuándo volverá? —preguntó Austin.—No. —El tipo estaba claramente cabreado.

Samantha susurró: —No hay ninguna feria de armas raras en Tacoma. Al menos, ninguna que sea pública.

Austin miró a Lucy, que le hizo una seña para que terminara la llamada. —De acuerdo, gracias —dijo Austin.

El tipo colgó sin decir nada más.

Lucy ya se dirigía hacia la puerta. —Buen trabajo, Nueva York. El tipo parecía sorprendido de recibir una llamada, y se va a sorprender todavía más cuando aparezcamos en su puerta.

20

Davey Wragg y su compañero de piso vivían al final de un pequeño camino de tierra no muy lejos de Buck Lake, donde Austin se había encontrado con Bakes y había escuchado a escondidas a Sy unos días antes. Los faros del coche de Lucy saltaban de la carretera a los árboles mientras rebotaba por los baches del camino. Una mezcla de polvo y niebla se alzaba ante ellos, confiriendo a la noche una sensación fantasmagórica y espeluznante.

Durante el trayecto, Austin había conseguido tres cosas. Primero, había logrado que Anna le enviara la foto del perfil de citas de Davey Wragg. Aún no habían abordado la tensión que había quedado entre ellos por el artículo, pero su ayuda era un buen primer paso para romper el hielo. A continuación, le había enviado la foto a Samantha, quien, con la aprobación de Ridley, la había distribuido a todos los agentes del estado. No tenían nada sólido contra el tipo, pero la caza de Davey Wragg estaba en marcha. Como mínimo, tenía que presentarse a responder a algunas preguntas. Por último, Austin había convencido a Lucy de que llamara a Ridley y le suplicara que moviera todos los hilos posibles para conseguir una orden para pinchar el teléfono de la madre de Wragg. Ella vivía en una residencia de ancianos en East Seattle, por lo que Ridley tendría que pedir ayuda a sus colegas del otro lado del estrecho, pero Austin sabía que podría conseguirlo. A regañadientes, había aceptado.

Austin estaba bastante seguro de que el compañero de piso de Wragg no había mentido al decir que no estaba allí, pero no iban a correr ningún riesgo. Jimmy los seguía de cerca en su coche patrulla.

Aparcaron en la parte delantera y, bajo la luz de los faros de ambos coches, la casa parecía estar en mal estado, pero era más grande de lo que Austin había imaginado. Tres escalones de cemento conducían a una puerta de tela metálica, que se abrió mientras salían del coche.

—¡Alto! —gritó Lucy, con la mano en su arma de fuego—. Policía de Kitsap.

En el escalón superior, un hombre levantó las manos de golpe; los pantalones se le caían como si los hubiera estado sujetando en lugar de usar un cinturón.

—¡No disparen! —exclamó, con la voz llena de miedo—. Solo salí a ver quién era. —Austin reconoció la voz. Era Damian, el compañero de piso con el que había hablado.

—Mantenga las manos en alto —dijo Lucy.

—Se me caen los pantalones. No llevo calzoncillos.

Era verdad. Con cada segundo que sus manos estaban en alto, los pantalones se le bajaban medio centímetro más, deslizándose lentamente por sus caderas.

Jimmy se adelantó rápidamente, lo cacheó y luego le dijo que bajara las manos y se subiera los pantalones.

Mientras Lucy y Austin se acercaban al porche, Jimmy intentó tranquilizar al aterrorizado hombre. —No está en problemas —le dijo —. Al menos, no lo creo. Hemos venido a preguntar por Davey.

Damian abrió la puerta de tela metálica. —¿Hablé con usted por teléfono?

—Hablaste conmigo —dijo Austin—, y agradecemos tu ayuda.

Conduciéndolos a un salón inmundo, señaló un sofá medio cubierto de revistas sobre muñecas antiguas. —Aparten todo eso.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Jimmy.

—N-no. Pueden comprobarlo si q-quieren. —A Damian le temblaba la cara.

Jimmy hizo una comprobación rápida de la casa y luego regresó. —Todo despejado.

Austin se dio cuenta de que Damian estaba demasiado aterrorizado para mentir.

—¿Coleccionista de muñecas? —preguntó Austin, levantando una de las revistas.

A pesar de su gruesa sudadera con capucha y de llevar los pantalones subidos, Damian temblaba como si hubiera pasado un día desnudo en la nieve. —No puedo permitirme nada bueno. Solo me gusta mirarlas.

—No tienes nada que temer —dijo Austin, apilando las revistas y sentándose en el sofá.

Lucy y Jimmy le enseñaron sus placas a Damian y le explicaron que Austin era un asesor de la policía que los ayudaba en un caso importante; luego, Lucy se sentó junto a Austin. Jimmy se apostó contra la pared, con los brazos cruzados y los ojos saltando de una puerta a otra, por si acaso.

Lucy miró entonces a Austin, y Austin le hizo un pequeño gesto con la mano a Damian, como diciendo: *Es todo tuyo.* Ya para entonces, él y Lucy habían hablado con algunos sospechosos y testigos juntos y, a veces, un sexto sentido compartido les decía quién tendría más suerte con un entrevistado en particular. En este caso, Austin estaba bastante seguro de que Damian no tenía nada que ver con el caso —aparte de la mala suerte de ser el compañero de piso de Davey Wragg— y pensó que el enfoque más delicado de Lucy sería apropiado.

—Bueno —empezó Lucy—, ahora mismo no hay ninguna feria de armas en Tacoma. Davey mintió sobre adónde iba.

Damian tendría entre treinta y muchos y cuarenta y pocos años, pensó Austin, pero su rostro tenía un aspecto juvenil, la piel bronceada, como si tomara más el sol que el habitante medio de Washington. Sus ojos azules saltaron de Austin a Lucy. —Pero *yo* no he mentido. Les juro que eso fue lo que me dijo.

—Damian, tienes que calmarte, tío. —Jimmy intentaba sonar amigable, pero sus brazos cruzados y sus músculos desproporcionados debían de resultar intimidantes.

Lucy le lanzó una mirada y luego continuó:

—¿Por qué cree que mentiría?

Damian cerró los ojos con fuerza, como si con eso pudiera hacer que todo desapareciera. —Es un cabrón. De verdad. Me avergüenza vivir con él. Yo vivía en un sitio bueno en Kingston, iba a Seattle todos los días. Perdí el trabajo y tuve que coger lo primero que encontré. Mi nombre ni siquiera figura en el contrato de alquiler y él está todo el rato intentando endosarme las facturas.

—¿Dijo algo más sobre dónde podría estar? ¿Sabe si tiene amigos o familia?

—Suele desaparecer unos días, y vuelve con un olor raro, como a alquitrán u hormigón o algo así. Sé que caza, por si sirve de algo. Yo estoy a favor de la Segunda Enmienda, pero lo suyo es otro nivel. Un fanático de las armas, vamos.

Bingo, pensó Austin.

Lucy estaba abordando el tema con delicadeza. —Sí, ¿guarda alguna arma de fuego en la casa?

Damian asintió. —Unas cuantas que yo sepa. Cuando se marchó el otro día, llevaba varias fundas de rifle.

—¿Qué tipo de armas colecciona? —preguntó Lucy.

—Vale, flipad con esto —dijo Damian. Parecía estar relajándose ahora que estaba seguro de que no corría peligro y tenía un estilo de narración fluido y natural—. El primer día que me mudé, estaba charlando con él para romper el hielo. Ya sabéis: dónde te criaste, cuáles son tus aficiones… Va a su habitación y saca un pequeño maletín de armas negro. Lo abre y se me queda mirando como si me estuviera enseñando un maletín lleno de oro, o la prueba de la existencia del monstruo del lago Ness.

—¿Qué había en el maletín? —preguntó Lucy, moviéndose hacia el borde del sofá.

—Una pistola vieja que él creía especial. Como ya he dicho, apoyo el derecho a portar armas, pero me importa una mierda una vieja pistola rusa.

Vieja pistola rusa. El arma del crimen.

—¿Sabe si se llevó esa? —preguntó Lucy con naturalidad.

—Sí. O sea, podéis mirar en su habitación si queréis, pero creo que se lo llevó todo.

21

La cafetería estaba tranquila, pero probablemente se iría llenando en la próxima hora o dos. A Austin le encantaban las mañanas tranquilas en las que solo estaban él, Run, Andy y unos pocos clientes.

Había llegado a casa agotado, luego se había despertado pronto y se había llevado a Run a correr por la playa. Nunca había sido un gran atleta, pero había estado en mejor forma cuando estaba en la policía de Nueva York, y estaba decidido a que ese sería el verano en que volvería a estarlo. Una carrera de veinte minutos le había dejado los gemelos ardiendo y la espalda dolorida, pero al menos había cansado a Run para el resto del día.

Después de ducharse, había ido a la cafetería y había enchufado el portátil que Samantha le había elegido. En la oficina, ella también había descargado el navegador TOR y había instalado la VPN y la aplicación de vídeo cifrado. Tardó un rato, pero descubrió cómo ajustar la configuración para que la pantalla nunca entrase en modo de suspensión. Ahora, el ordenador estaba en la silla de al lado, abierto con la aplicación. No sabía qué más hacer, salvo esperar un mensaje que pensaba que quizá nunca llegaría.

Sy entró puntualmente vestida con unos pantalones de pinzas negros, una camisa blanca de botones y unas gafas de sol tan negras y brillantes como su pelo.

Austin se levantó cuando ella entró y se quitó las gafas de sol.

—Vas demasiado elegante para este sitio.

—Por favor —dijo ella, sentándose a su lado—. Puede que vista por encima de mis posibilidades, pero soy una mujer de hamburguesa y cerveza. Y eso en un buen día. Llevo una semana a base de zanahorias y picoteo del supermercado.

—Me he tomado la libertad de pedirte nuestro nuevo sándwich —dijo Austin—. ¿Quieres café?

Se lo pensó un momento.

—Tomaré un macchiato semidescafeinado doble con leche de cáñamo, extra caliente y poca espuma —hizo una pausa—. Con una rodaja de limón.

Austin se la quedó mirando.

—Estoy de broma, Austin. Un café solo, por favor.

Él sonrió, aliviado. Tenía una buena cara de póquer.

Austin le sirvió una taza de café y volvió a sentarse.

—Bueno, esto es un poco violento, pero tengo que soltarlo sin más. Interrogué a Bakes justo antes que tú.

—Me dijo que habías estado allí. No pensaba que tú, Rid y los demás ibais a abandonar el caso solo porque os lo dijimos.

—También oí por casualidad la llamada que hiciste después —hizo una pausa—. La oí a propósito.

Ella le lanzó una mirada severa, y luego su rostro se abrió en una sonrisa socarrona.

—¿Me estabas espiando? ¿En plan, escondido entre los arbustos o algo?

—Detrás de un árbol —admitió él, con la vista clavada en la mesa —. No fue mi mejor momento. Pero cuando le hinco el diente a un caso, yo…

Ella esperó a que él levantara la vista.

—Vas a por todas. Puedo entenderlo —dio un sorbo a su café—. Imagino que querías saber —y que sigues queriendo saber— por qué os dejamos fuera, por qué dejamos fuera a la oficina del sheriff.

Austin ladeó la cabeza.

—No puedo negar que parezca sospechoso.

—Todo lo que puedo decir es que me ordenaron que dejara de colaborar con vosotros.

—¿Por qué?

Ella sonrió con sarcasmo.

—¿Qué parte de «todo lo que puedo decir» no ha quedado clara?

Austin lo intentó desde otro ángulo.

—¿Y por qué empezasteis a colaborar con nosotros?

—Es el procedimiento habitual. Un caso importante. Teníamos una pista, pero, ¿por qué no dejar que los locales ayudaran? Sobre todo, si se trata de Rid. Ese tío es de los buenos.

—Lo es —asintió Austin—. ¿Estás lista para decirme quién te pidió que me involucraras en primer lugar? —ya sabía quién había sido, pero lo que no sabía era *por qué*.

Andy salió de la cocina y dejó dos sándwiches de gofre para desayunar. Austin dijo:

—Se llama el *Soy Demasiado Guay para un Tenedor*.

—Eres un despistado —dijo Andy, negando con la cabeza—. Es el *Tengo Demasiado Sueño para mi Tenedor*.

—*I'm Too Sexy* —dijo Sy—. Solía bailarla en la universidad —cogió el sándwich, que era más grande que sus dos manos juntas—. Tiene una pinta increíble.

Ella le dio un bocado enorme y ambos comieron en silencio durante un rato. Cuando pareció tomarse un respiro, dijo Austin:

—¿Tienes algún sospechoso que te convenza para los asesinatos de Foulweather Bluff?

—Oye, invita a una chica a una copa primero, ¿no?

Austin se rio entre dientes e hizo un gesto hacia el café de ella.

—Ya lo he hecho, y a un sándwich.

—Ah. Cierto. Sí, estamos cerca. Buscamos a alguien. —Lo escrutó con la mirada—. ¿Y tú? Desde que dejé fuera de juego a Ridley, no suelta prenda.

—Sin comentarios —dijo Austin. No pensaba compartir de ninguna manera lo que habían descubierto sobre Davey Wragg hasta saber qué se traía Sy entre manos, y dudaba que eso fuera a ocurrir pronto—. Parece que no vas a contarme mucho más de lo que ya sé, así que ¿por qué querías desayunar conmigo?

Ella reflexionó un momento.

—Como escuchaste mi conversación a escondidas, imagino que oíste la parte en la que decía que eras guapo. Además, en realidad, te invité a *cenar*.

Austin frunció el ceño.

—¿Disfrutas haciéndote la misteriosa?

—En cierto modo, sí. Mira, te invité a cenar porque Ridley me dijo que estabas soltero y me pareces un tipo interesante. Si quieres saber la verdad, mi terapeuta me dijo que debería empezar a salir con gente otra vez. Le prometí que invitaría a salir a un chico en los próximos tres meses. De eso hace cuatro.

—Me siento, eh…, ¿halagado?

Cogió el sándwich, lo estudió como si fuera a darle otro bocado, pero lo volvió a dejar y bebió un sorbo de agua.

—Como ofrenda de paz, ¿vale?

Austin estaba confuso.

—¿Eh?

—Te diré quién me dijo que preguntara por ti específicamente. Aunque puede que no te guste.

—El capitán Luke Seymour Garrison.

Ella se sorprendió.

—¿Cómo lo sabes?

—He hablado con mi madre. Dijo que lo conocía de antes.

—Espera, entonces ¿lo *sabes*?

Ahora Austin estaba aún más confuso.

—¿Saber que mi madre lo conoce, o lo conocía? Sí.

Sy se echó hacia atrás y bajó la mirada. En circunstancias normales, él habría pensado que ocultaba algo, pero llevaba ocultando muchas cosas desde el momento en que se conocieron. Esto era otra cosa. ¿Vergüenza? ¿Culpabilidad?

—Sy, ¿qué pasa?

Ella levantó la vista.

—¿Así que sabes que tu madre conoció al capitán Garrison en su día?

—Claro, dijo que estaba colado por ella. Pero, vamos, que ella estaba casada y…

Sy volvió a apartar la mirada, claramente avergonzada.

—¿*Felizmente* casada?

—¿Qué? —preguntó Austin—. Estás diciendo…

De repente, ella alargó el brazo por encima de la mesa y le apretó la mano.

—Lo siento. No tengo ni idea de por qué estoy metida en medio de esto. Garrison me dijo que él y tu madre fueron más que amigos. Creo —y sabes que digo la verdad porque se me está poniendo la cara roja como un tomate— que me pidió que te implicara para tener una excusa para volver a ponerse en contacto con tu madre.

Austin sintió un sabor a cítrico insípido, como si mordiera una naranja seca y sin sabor. Fue una decepción infantil, como cuando descubrió que Papá Noel no era real. Apartó la mano.

—¿Te dijo que tuvo un *lío* con mi madre?

Ella asintió.

—Lo siento. Yo… O sea, no puedo estar segura de que dijera la verdad, pero…

—Pero ¿por qué iba a mentir?

Sy frunció el ceño.

—Me siento fatal por ser yo quien te lo cuente. —Deslizó la taza de café de un lado a otro sobre la mesa de madera—. Me lo dijo porque quería asegurarse de que yo no pensara que estaba implicado en los diversos chanchullos que la Marina se trae con este caso, con Vellory.

Austin había desarrollado una técnica en los primeros tiempos tras el tiroteo que había matado a Fiona y lo había dejado a él en el hospital. Era como si hubiera desarrollado una especie de compartimento en su cerebro donde podía meter información y aislarla, sin permitir que se filtrara a su consciencia. A menudo, en aquellos primeros días —y unas cuantas veces desde entonces—, había metido a la fuerza el hecho de que Fiona ya no estaba allí solo para poder terminar una tarea, como conducir un coche o comer. En ese momento, metió de golpe todo lo que Sy le había contado sobre su madre. Tendría que lidiar con ello, pero no era el momento.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó.

—Por favor. Cualquier otra cosa.

—Sé sincera. ¿Qué sabes de Vellory? Parecía que lo estabas encubriendo, quizá porque alguien te lo dijo. Pero por lo que está saliendo en los periódicos, parece que va a caer.

Sy dijo: —Para empezar, yo no estaría tan segura de que vaya a caer. Y, en segundo lugar, las noticias que están saliendo sobre él… —Hizo una pausa, asegurándose de que nadie pudiera oírlos—. Es todo verdad. Era un corrupto de tres pares de narices en su día. Extraoficialmente, por cierto.

—No soy periodista y esto no es una declaración oficial.

Ella le dedicó una sonrisa irónica. —He oído que podrías estar saliendo con una periodista.

Austin se cruzó de brazos. —No es así. —Frunció el ceño y preguntó—: ¿Qué le vas a decir a tu psicóloga sobre cómo va nuestra cita?

Ella se rio, echándose hacia atrás en la silla. —¿No te ha pasado nunca que te encuentras en una situación tan absurda que no te puedes creer que sea real, y entonces chasqueas los dedos y piensas: «Esto *es* real. De verdad *está* pasando»? ¿Te ha pasado alguna vez?

Austin sonrió. —Dos veces en la última media hora.

Ella volvió a reírse, luego se acomodó y se inclinó hacia delante. —Hay una serie que me gusta que se llama *30 Rock*. ¿La conoces?

Austin negó con la cabeza.

—Hay un episodio en el que la protagonista tiene una primera cita con un tío guapo y todo sale mal. Descubre que tiene un hijo, él la ve en el váter por accidente, su madre se muere. Todo en su *primera* cita. Y al final, acaban pensando algo como: «Bueno, si sobrevivimos a todo esto el primer día y todavía nos gustamos, a lo mejor podemos superar cualquier cosa juntos».

Austin tuvo que admitir que, a pesar de todo, ella le interesaba de un modo que nadie le había interesado desde Fiona. Se había comportado de forma sospechosa, pero algo en su interior le decía que era por una buena razón, aunque aún no entendía cuál. Sabía que no todos en las fuerzas del orden estaban ahí por los motivos correctos, pero creía que ella sí.

Había intentado negárselo desde que la conoció, pero algo se agitaba en su interior cuando estaba cerca de ella, algo que creía desaparecido. Algo caótico, inexplicable. De hecho, se dio cuenta de que por eso había estado dispuesto a espiar su conversación en el lago. No era solo para averiguar qué tramaba. Había algo en ella que lo había vuelto irracional, temerario.

Se quedó mirándola mientras ella daba un sorbo a su café. Y estaba a punto de admitir que estaba interesado, a punto de pedirle una cita de verdad. Pero en lugar de eso, se oyó decir: —No puedo olvidarme de Vellory. Necesito saber que no lo estabas encubriendo.

Ella suspiró. —*Estaba* encubriendo a Vellory un poco, pero no por las razones que crees. —Se levantó—. Mira, Austin, no puedo contarlo todo, pero te diré esto. En algún momento de hoy, Ridley va a recibir una llamada de unos abogados de la Marina. Lo invitarán a una reunión. Yo estaré allí, Vellory estará allí. —Se terminó el último sorbo de café de la taza y la dejó sobre la mesa con un golpe seco —. Te sugiero que intentes conseguir una invitación. No querrás perdértela.

Mientras ella salía, Austin echó un vistazo a su nuevo portátil, todavía abierto en la aplicación de videollamada. Como había estado durante la última hora, el recuadro del vídeo estaba en negro.

22

Austin entró en el callejón que había detrás del bar deportivo Open Sea Sports Bar and Grille cinco minutos antes de la hora, pero, por lo que parecía, fue el último en llegar.

Sy había tenido razón. Cerca de una hora después de terminar el desayuno, Austin recibió una llamada de Lucy, que le dijo que fuera a la puerta trasera del bar deportivo de Silverdale a las dos de la tarde. No sabía por qué, pero Vellory y su equipo de abogados habían solicitado una reunión con todos los implicados en la investigación.

Había cuatro coches aparcados junto a la valla del callejón, dejando el espacio justo para que Austin metiera su camioneta y ocupara un sitio al final.

Olía a aceite de freír y a aros de cebolla, pero no era por su sinestesia. El bar tenía un enorme extractor de acero inoxidable que expulsaba vapor aceitoso al callejón. Encontró la puerta trasera, que estaba entreabierta y sujeta con una pequeña cuña de goma, y entró. Un hombre con un caro traje marrón lo recibió y lo condujo a un salón de banquetes en la parte de atrás del restaurante. Luego, cerró la puerta tras ellos.

Ocho o diez personas estaban sentadas alrededor de una gran mesa redonda. Justo enfrente estaba Vellory, flanqueado por dos hombres a cada lado. Abogados, a juzgar por su aspecto.

Al otro lado de la mesa, Ridley estaba sentado entre Lucy y Jimmy. Sy permanecía de pie junto a la pared, claramente en calidad de observadora, no de participante.

Ridley dijo:

—Austin es el último miembro de nuestro equipo. ¿Puede decirnos de qué va esto?

El hombre del traje marrón le ofreció a Austin una silla al lado de Jimmy, y luego se acercó y se colocó junto a Sy.

El abogado a la derecha de Vellory fue el primero en hablar:

—Soy Gregory Delaney y represento al señor Vellory. Soy su abogado personal. No hace falta que hagamos una ronda completa de presentaciones, pero los hombres a mi derecha y a mi izquierda son abogados de la Marina. Ya conocen a Sy, y ese es un miembro de su equipo del NCIS.

—¿De qué va esto? —preguntó Ridley—. Tenemos una investigación que llevar a cabo.

—Si no le importa —dijo Delaney, con un tono amargo y tenso—. Lleva un traje azul oscuro y el párpado izquierdo caído le temblaba cada tres o cuatro palabras—. Han estado acosando a mi cliente durante días, tanto en persona como mediante filtraciones difamatorias en la prensa. Nosotros llevaremos la voz cantante.

Ridley se echó hacia atrás.

—Bien. Vamos al grano.

Delaney metió la mano debajo de la mesa y sacó una pequeña mochila negra, de la que extrajo una grabadora que parecía sacada de los años noventa. Era gris, del tamaño de un Walkman pequeño, el tipo de grabadora que Austin había usado antes de que todo se digitalizara a principios de los 2000.

Austin observó cómo los ojos azul pálido de Vellory se desviaban de la grabadora a los suyos. Entrecerró los ojos; no sonreía, pero tampoco fruncía el ceño. Para ser un hombre al que la prensa estaba destrozando, parecía bastante impasible.

Delaney cogió la grabadora; el tic de su ojo era ahora aún más rápido.

—El Día de los Caídos de 1992, mi cliente se reunió con Jack Hammeron y Joey Blake después de que saliera del bar que, en

aquella época, se conocía como el Watering Hole. Grabó lo que ocurrió en la playa esa noche. Como ya sabrán, últimamente se están publicando en la prensa mentiras malintencionadas sobre las acciones de mi cliente durante la Operación Tormenta del Desierto. —Se aclaró la garganta—. Ahora bien, aunque el señor Vellory ha optado por no pronunciarse públicamente sobre esto, todavía, está dispuesto a admitir, únicamente en esta sala, que *sí* ocurrieron algunas pequeñas indiscreciones.

¿Pequeñas indiscreciones? —pensó Austin. La cantidad de pruebas contra Vellory que se filtraban en internet crecía día a día. Estaba bastante claro que Vellory era culpable hasta la médula, y la montaña de pruebas iba a ser demasiado grande como para ignorarla. De un modo u otro, iba a caer, así que Austin tenía que interpretar todo lo que saliera de la boca de ese abogado como un mero intento de zafarse de cualquier implicación que su cliente tuviera en el homicidio.

—Esa fatídica noche de 1992 —continuó Delaney—, mi cliente se reunió con Hammeron y Blake en Foulweather Bluff. Ahora bien, aunque preferiríamos no hablar mal de los muertos, tanto Blake como Hammeron habían participado en actividades ilegales en Irak. Mi cliente pretendía convencerlos de que confesaran.

—Espere, espere, espere —dijo Ridley, incapaz de contenerse. Austin había estado observando cómo le latían las sienes y se le tensaba la mandíbula. Estaba tan harto de ese abogado untuoso y cuentista como él—. No he venido aquí a escuchar sus cuentos chinos. Si hay algo exculpatorio en esas cintas, dele al play. Si no… —echó un vistazo a Lucy y a Jimmy—… nos vamos.

A Delaney le dejó de temblar el ojo y fulminó a Ridley con la mirada. —Las pruebas *son* exculpatorias. Quiero que me dé su palabra, inspector. Cuando la oiga, si está de acuerdo, detendrá la investigación por asesinato contra mi cliente y emitirá un comunicado para exculparlo.

Ridley le devolvió la mirada furibunda. Habló con los dientes apretados. —Si esa cinta lo exculpa del asesinato, lo diré. Todo lo demás..., el fraude, el soborno... —Hizo un gesto displicente con la mano—. No es de mi competencia.

—Por supuesto —dijo Delaney—. De esas falsedades nos estamos ocupando aparte.

—Entonces, escuchémosla —dijo Ridley—. Y querremos copias de la cinta.

Delaney se rio. —La reproduciremos una vez y solo una. No se facilitarán copias.

Ridley bajó la mirada. Austin notó que quería seguir discutiendo, pero se encontraban en una posición de debilidad. Delaney y todos los demás en la sala sabían lo desesperados que estaban por oír lo que había en la cinta.

—¿Tenemos un acuerdo? —preguntó Delaney.

Ridley asintió.

Delaney deslizó la grabadora hasta el centro de la mesa, con el dedo suspendido sobre el botón de reproducción. —Se oye bajo —dijo, y le tembló el ojo—. Le sugiero que se incline para escuchar.

23

Lo primero que Austin oyó fue el silbido del viento. Cerró los ojos, imaginándose en la playa de Foulweather Bluff, mientras una sensación espeluznante lo invadía. Casi podía sentir el aire fresco, ver las ramas oscuras meciéndose en la noche.

Oyó una respiración. Una respiración de hacía treinta años.

Era como si retrocediera en el tiempo.

No se fiaba de Vellory ni de su abogado, pero creía que la cinta era auténtica. Vellory no tendría ningún motivo para reunirlos si no creyera tener pruebas reales que pudieran exculparlo de los asesinatos.

Delaney detuvo la grabación. —La respiración que oyen es la del señor Vellory mientras caminaba hasta el lugar de la playa donde se reunió con Hammeron y Blake. La primera voz que oirán será la de mi cliente, seguida de la de Hammeron, con su voz grave, y la de Blake, con un tono más agudo.

Reanudó la grabación.

Unos segundos más de viento y respiración, y entonces la voz de Vellory surgió de la grabadora. —Chicos, me alegro de veros.

—Capitán, me alegro de que quisiera reunirse. —La voz grave de Hammeron se abrió paso a través del silbido del viento.

Luego, la voz atiplada de Joey Blake, el más joven de los tres. —¿Qué hacemos aquí tan lejos?

Austin mantuvo los ojos cerrados, imaginándose a los tres hombres de pie en la playa. Oía su conversación casi como si estuviera viendo una obra de teatro en su cabeza.

Vellory: —Ya os lo explicaré. ¿Dónde está Del Guado?

Hammeron: —Dijo que se encontraría con nosotros aquí. Su mujer le estaba dando la tabarra con algo y ha tenido que quedarse para llamarla desde el bar. Debería llegar pronto.

Blake: —¿Lo esperamos?

Vellory: —No tengo mucho tiempo. Si consigo que lo veáis a mi manera, vosotros dos podréis convencerlo. A vosotros os escuchará.

Hammeron: —Lo hará. Queremos hacer lo correcto.

Vellory: —Blake, ¿y tú? ¿Quieres hacer lo correcto?

Blake: —Haré lo que diga Hammer. Ha sido mi hombre de confianza en esto desde el principio y me fío de él.

Vellory: —Mirad, todo va a salir bien. Confiad en mí. Yo…

Vellory se interrumpió de repente. A Austin le había parecido oír un chasquido leve, como el de una rama al romperse.

Delaney detuvo la grabación. —No sé si lo han oído, pero ese chasquido ha sido un disparo. Mi cliente dejó de hablar porque oyó un disparo, un hecho respaldado por los otros dos hombres, como oirán en un momento.

Pulsó el botón de reproducción de nuevo.

Hammeron: —¿Qué ha sido eso?

Blake: —Playa abajo.

Vellory: —¿Es…?

Otro disparo, este más cercano e inconfundible. Pero era un disparo extraño. Austin no sabría describirlo bien, pero no se parecía al de ninguna pistola que hubiera disparado. «La pistola rusa», pensó.

Luego otra voz, ¿o era el viento, o…?

Sonaba como si alguien gritara: —Aaaaddeeeeeee.

Luego, otro disparo.

A continuación, unas pisadas y los jadeos de Vellory.

Entonces, la voz de Hammeron: —¿Adónde vas? Es Adam y… —Su voz se volvió inaudible a medida que los jadeos de Vellory se hacían cada vez más intensos.

Luego, disparos. Uno, luego dos, luego tres. Estos sonaban más familiares, más como un fusil.

Austin oyó el ruido de unas pisadas al correr sobre el crujido de ramas y hojas mientras la respiración de Vellory se volvía más y más acelerada, casi frenética. Entonces la cinta enmudeció.

Delaney detuvo la grabación. La sala quedó en silencio.

Vellory tenía una expresión de auténtico dolor. Lucy y Jimmy parecían atónitos. Ridley miraba fijamente a Delaney.

Incluso Delaney parecía conmocionado. —Mi cliente se reunió con Hammeron y Blake. Había planeado reunirse con Adam Del Guado y…

—Déjeme que lo cuente yo —lo interrumpió Vellory—. Mis hombres se lo merecen.

Uno de los abogados de traje gris se inclinó y le susurró algo al oído, pero él se lo quitó de encima con un gesto. —Sé hablar sin incriminarme —espetó Vellory.

Vellory miró a Austin, y luego a Ridley. —Del Guado vino corriendo por la playa. Alguien lo perseguía. Dios es mi testigo de que no sé quién. Un tipo alto, delgado, eso es todo lo que sé. Le disparó a Adam por la espalda y yo eché a correr. Hammer se apresuró a ayudar a Del Guado. Ese hombre se habría metido en un edificio en llamas para pelearse con Satanás solo por salvar a un gatito. —Sacudió la cabeza, como si estuviera asombrado por el recuerdo de Hammer—. Blake, que era listo como él solo, pero siempre seguía a Hammer, se unió a él. No estoy orgulloso de haber huido. No sabía lo que pasaba y no miré atrás ni una sola vez. Solo puedo suponer que les dispararon a los dos. No los vi caer, pero en mi cabeza, en mi corazón, lo sabía. —Le temblaron los labios—. Los caídos de Foulweather Bluff.

Tras un largo silencio, Lucy dijo: —¿Por qué mintió sobre la hora a la que se fue del bar?

—No responda a eso —dijo Delaney.

Vellory echó la silla hacia atrás de una patada, se puso en pie y fulminó a Lucy con la mirada, pero su voz era tan mesurada y tranquila como siempre. —Me fui a las ocho, fui a casa, cogí la grabadora y volví para reunirme con ellos en la playa a las diez. —Se

aclaró la garganta y miró a sus abogados—. Ya basta de todo esto. —Entonces, clavó los ojos en Austin—. Espero que ahora me deje en paz y se dedique a buscar al hombre que mató a esos chicos.

Todos los abogados se pusieron en pie. Ridley y los demás se pusieron en pie.

Mientras Vellory y su equipo guardaban la grabación y se marchaban, a Austin le surgieron cien preguntas. ¿Por qué había grabado Vellory la conversación? ¿Había oído algo más de Del Guado, algo que la cinta no hubiera captado? ¿Podía decir algo más sobre el hombre que había disparado a Del Guado? ¿Cómo le habían sonado los primeros disparos?

Austin también había percibido un extraño corte en la grabación, como si se hubiera eliminado un fragmento de la conversación inicial entre Vellory, Hammer y Blake. Pero no estaba seguro de ello y sabía que no serviría de nada preguntar.

Pero lo principal que rondaba por la mente de Austin era que parecía que Vellory decía la verdad sobre lo que ocurrió aquella noche. O, al menos, parte de la verdad. Estaba claro que había habido alguien más en la playa, alguien más había matado a los tres hombres.

Todo lo que había oído en la grabación coincidía con la pista que ya estaban siguiendo. Davey Wragg era alto y delgado. Aparentemente, había discutido tanto con Del Guado como con Hammer en diferentes momentos. Y la diferencia en el sonido de los disparos encajaba con los dos tipos de casquillos de bala encontrados cerca de los huesos.

Mientras salían al sol, Austin lo reconstruyó todo en su mente. De alguna manera, Wragg había seguido a Adam Del Guado hasta la playa y lo había matado con la rara pistola rusa. Quizá siempre había querido usarla, pero había llevado el fusil por si acaso. Y cuando Hammer y Blake se abalanzaron, había usado la otra arma de fuego.

Después de disparar a Del Guado por la espalda, Wragg había matado a sus dos colegas por el simple delito de precipitarse a ayudar.

24

Austin había oído algo más en la grabación, algo que le llamó la atención por un motivo que no acertaba a explicar.

Era la voz, la llamada que apenas se oía a través del silbido del viento. Había sonado como: *Aaaaddeeeeeeeee.*

Tenía algo, pero ¿el qué?

Quería comentarlo con Lucy y los demás, pero no tuvo la oportunidad.

Cuando se acercaba a los coches aparcados frente al bar deportivo, vio al sheriff Daniels apoyado en el coche de Ridley, con una sonrisa sarcástica en la cara que a Austin le preocupó más de lo que jamás lo habría hecho su ceño más fruncido.

—Vaya —susurró Jimmy—. Ha vuelto antes de tiempo.

Ridley, y hay que reconocérselo, no dijo nada. El sol se estaba poniendo, proyectando un precioso resplandor anaranjado y rosado sobre el callejón, que contrastaba con el olor a aceite en el aire y la expresión desagradable en la cara de Daniels.

Daniels se metió las manos en los bolsillos mientras se acercaban. —¿Saben dónde se supone que debería estar yo ahora mismo?

Todos asintieron.

—¿Y saben por qué he vuelto antes de la convención de sheriffs?

Asintieron de nuevo.

Antes de que pudiera continuar, Ridley dijo: —Sheriff Daniels, esto es culpa mía. Les ordené que continuaran con la investigación.

Daniels paseó lentamente la mirada de Jimmy a Lucy, y de Lucy a Austin. —¿Es eso cierto?

Nadie lo admitió, pero tampoco nadie lo negó. Ridley les había hecho prometer a todos que le dejarían cargar con la culpa.

—Así que —dijo Daniels, caminando de un lado a otro en un espacio reducido—. No solo han seguido investigando a un almirante querido…, un almirante con la popularidad a nivel nacional de, no sé, Dolly Parton o The Rock. ¡Joder, ese tío es más querido que los cuatro Beatles juntos en 1967! No solo lo investigaron cuando les ordené que no lo hicieran, ¿sino que resulta que es inocente? Y no me hagan hablar del daño que ha hecho ese artículo. Accidente o no…, bueno, alguien tiene que pagar por esto.

Lucy había intentado morderse el labio, pero no pudo contenerse. —Puede que sea inocente de los asesinatos, señor, pero dista mucho de serlo. Y esa popularidad de la que usted habla era anterior a que salieran a la luz las noticias de su fraude y soborno.

Daniels le frunció el ceño. —No se meta en esto.

—Señor —intervino Ridley—, no ha oído la cinta de ahí dentro. Aunque no fuera él quien disparó, ha estado mintiendo desde el principio. Estábamos cerca.

—No me ha hecho falta, imbécil. Cuando los altos mandos de la Marina me dicen que se encargarán, ¿sabe qué hago yo? Digo: «A la orden, señor». ¡Que es lo que usted me dijo a mí antes de actuar a mis espaldas! —Daniels negó con la cabeza y luego se giró hacia Lucy—. Es usted joven, pero su expediente es bueno. Tal y como van las cosas, quedaría bien para mi campaña a gobernador dentro de unos años si tengo a una mujer como inspectora jefa.

Lucy lo miró con recelo, llevándose una mano a la frente para protegerse del sol su rostro pálido y pecoso. —Señor, yo nunca…

—No tiene elección —dijo Daniels. Señaló a Ridley con el pulgar —. Tres meses de suspensión de empleo y sueldo. Y un expediente disciplinario. Lo toma o dimite. Es mi última oferta. —Se volvió hacia Lucy—. Ahora es usted mi inspectora jefa. No la cague.

Austin estaba demasiado atónito para decir nada. Jimmy miró de Ridley a Lucy.

Ridley permanecía de pie, silencioso como una estatua, con las manos en los bolsillos. Parecía que iba a echarse atrás, a guardarse las espaldas para luchar otro día.

—¿Estamos? —preguntó Daniels.

—No —dijo Lucy de repente—. Pongo una condición.

—No está en posición de…

—Dos condiciones, de hecho. O dimito, junto con Jimmy.

Jimmy asintió.

—Y yo —añadió Austin.

Lucy y Daniels se sostuvieron la mirada durante un largo instante, y entonces Daniels se encogió de hombros.

—Primero, no vuelva a llamar imbécil a Ridley nunca más. O es Ridley o es el Sherlock Negro, y es el mejor detective que conocemos. Segundo, tenemos total libertad para terminar de investigar este caso. Sin interferencias.

Daniels sonrió con suficiencia, como si todo aquello fuera exactamente lo que se había esperado.

Permaneció en silencio un buen rato; entonces, su expresión cambió y soltó un largo suspiro. —Mi padrino dice que tengo que aprender a disculparme con más facilidad. —Se giró hacia Ridley—. Lamento haber dicho eso. Sé que es usted bueno en su trabajo, salvo en lo que se refiere a la política. —Entonces volvió a enfadarse —. *No* lamento nada de lo demás. Me ha jodido, pero bien, y se ha jodido a sí mismo. Pero no debería haber dicho eso. —Luego, de nuevo a Lucy—. Investiguen lo que quieran. Ahora que Vellory ha sido exculpado de los asesinatos, tenemos que encontrar a los verdaderos asesinos cuanto antes. En cuanto al fraude y lo demás, ya recibirá su merecido, tanto en la prensa como por parte de la Marina. Pero por lo que respecta al asesinato, cuanto antes lo resuelvan, mejor.

Mientras Daniels se marchaba en el coche, los cuatro se quedaron de pie en el callejón.

Fue Ridley quien habló primero. —De todas formas, tenía ganas de pasar más tiempo con Rachel.

Su tono era inexpresivo, pero Austin vio un ligero brillo en su mirada.

Jimmy soltó una risita. —Me alegro de que le veas el lado bueno a esto. De verdad que te has vuelto un filósofo.

Lucy dijo: —Si Austin y yo no le hubiéramos hecho esas declaraciones a Anna, si su editor no hubiera...

—Agua pasada no mueve molino —dijo Ridley—. Tres meses de baja no están tan mal. Antes de irme, había algo en esa cinta, algo en el grito. —Arrugó la frente, pensativo.

—A mí también me lo ha parecido —dijo Austin.

Ridley negó con la cabeza. —¿Pudiste distinguir si era la voz de Wragg?

—Ojalá —respondió Austin—, pero la cinta tiene treinta años, y el viento, y...

Ridley asintió. —Ya. Mirad, el micro ya está instalado en casa de la madre de Wragg. —Sonrió—. Cuando Daniels se entere de lo que he tenido que hacer para conseguir esa escucha tan rápido... —Se giró hacia Lucy—. Bueno, no des por hecho que mi suspensión vaya a terminar en tres meses. —Lucy intentó protestar, pero Ridley la interrumpió—. Samantha es nuestro enlace con la policía de East Seattle para ese asunto.

Hizo una pausa, como si fuera a seguir con los detalles del caso, pero entonces su rostro se llenó de emoción. —Lucy, tienes toda mi confianza.

Miró a Austin y a Jimmy. —Toda mi confianza.

Le dio una palmada en el hombro a Lucy, luego embutió su enorme cuerpo en el asiento del conductor de su coche y salió lentamente del callejón, dejando a los otros tres en silencio.

—¿Pero qué coño está pasando? —preguntó Jimmy.

Lucy dijo: —Creo que este es uno de esos momentos en los que el niño levanta la vista del desastre que ha montado y se da cuenta de que su padre ya no está ahí para ayudarle. Estamos solos.

—Puedes con esto, Lucy —dijo Jimmy.

Lucy frunció el ceño. —¿Sin apodo?

—Ya ves —dijo Austin—. Podrías haber dicho Lucy O'Líder, Lucy O'Luminaria, Lucy O'... bueno, no se me ocurren más. Pero seguro que a ti se te podría haber ocurrido algo.

Jimmy no sonreía, y Austin creyó saber en qué estaba pensando. Que tu prometida se convirtiera en tu jefa era mucho que asimilar.

Lucy dijo: —Por la presente te ordeno que me llames con un montón de apodos estúpidos.

Jimmy sonrió. —Señora, sí, señora, Lucy O'Legisladora.

Lucy le dio un puñetazo en el brazo. —Puedes hacerlo mejor.

Jimmy se quedó pensando. —¿Lucy O'Leprechaun? Ah, ya lo tengo: Lucy O'Leeeeerda.

—¿Lerda? —preguntó ella, sin inmutarse.

Austin desconectó de su broma juguetona.

No podía dejar de reproducir la grabación una y otra vez en su mente. El hecho de que a Ridley también le hubiera llamado la atención confirmaba su sospecha, pero no lograba avanzar. Y sabía que no había forma de conseguir una copia de la grabación. El ejército de abogados de Vellory se aseguraría de ello.

—Perdón que os interrumpa —dijo Austin—, pero ¿cuáles son los siguientes pasos?

—Para mí, todo se reduce a Wragg —dijo Lucy—. Evidentemente, Vellory es culpable de varias cosas, pero él no mató a esos tíos. Si encontramos a Wragg, todo este tinglado se viene abajo. Pero ¿cómo demonios vamos a encontrarlo, si no es esperando que llame a su madre?

—No tenemos por qué confiar solo en la suerte para eso —dijo Austin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jimmy.

Austin sonrió. —¿Habéis oído hablar de «hacer cosquillas a los cables»?

25

Sy estaba a poco más de un kilómetro de casa, lista para meterse en la bañera con una copa de vino tinto, cuando sonó su móvil. Se había dicho a sí misma que no cogería más llamadas hoy. Después de la semana que llevaba, *necesitaba* la noche libre. Pero no pudo evitar echar un vistazo al identificador de llamada.

Era Benny Ramirez. Otra vez.

Le había suplicado que fuera a la reunión con Vellory y, aunque ella le había parado los pies, sabía que intentaría averiguar qué había pasado en cuanto terminara.

A regañadientes, contestó. —¿Qué pasa, Benny?

—Has dicho que solo te llamara si era algo urgente. Pues tengo algo urgente.

Para Benny, cada pequeño avance era urgente. Una vez la había llamado a las nueve de la noche de un sábado para decirle que habían llegado unos resultados de ADN del laboratorio, aunque el informe solo indicaba que no eran concluyentes.

A veces, mentalmente, lo llamaba *Podía-Haber-Esperado-Al-Lunes* Ramirez. Aun así, más valía pecar de precavido que de negligente.

—Supongo que la reunión ha ido bien —dijo Benny—. Vellory está libre de sospecha, al menos por los asesinatos. ¿No?

Sy giró bruscamente a la derecha por una cuesta que llevaba a su edificio de apartamentos. Casi podía saborear ya el vino. —¿*Eso* es lo que era urgente?

Él rio con nerviosismo. —Eh, no. Perdona. La lista de activos que podrían estar vinculados a Davey Wragg. Te la acabo de enviar por correo.

—¿Alguna otra residencia, teléfonos, algo que nos ayude a encontrarlo?

—No exactamente.

—¿*No exactamente*? ¿Qué demonios significa eso? —Sy tenía la norma de no llevarse nunca trabajo a casa. Aunque significara estar fuera doce horas al día, su apartamento era su santuario. O revisaba ese correo ahora o tendría que esperar a mañana. Aparcó en el aparcamiento de otro edificio de apartamentos.

—Significa que no —dijo Benny—, pero con un *pero*.

—¿Y cuál es el «pero»?

—El padre de Wragg, al morir, era dueño de una pequeña gravera en Graystone Mountain, en West Bremerton. No pasó a su hijo, pero lleva una década en un limbo legal. No es de Wragg, pero tampoco es que *no* le pertenezca.

Abrió el correo que él le había enviado, hizo clic en el adjunto y se desplazó hacia abajo. —Interesante. Aquí dice que son ocho hectáreas e incluye un edificio de servicios de hormigón.

—Supuse que lo usaban para suministrar energía a la maquinaria.

—¿Tienes idea de qué hay allí ahora mismo? —preguntó Sy.

—Lo he buscado en Google y no hay nada. Creo que los chavales van allí a beber cerveza y a enrollarse.

Sy visualizó la botella de vino en su encimera. Seguiría allí dentro de una hora. Introdujo la dirección en la pantalla del mapa del salpicadero. —Estoy a quince minutos. ¿Dónde estás tú?

—En casa. Llego en diez.

—Mantente al menos a cien metros de cualquier estructura. Espera a que yo llegue.

—Entendido.

—Y, Benny, buen trabajo. Ha sido un buen hallazgo. Si atrapamos a este cabrón, ocuparás mi puesto antes de que te des cuenta.

—Gracias. —Benny colgó.

Solo había salido de la oficina una o dos veces en su carrera, y Sy podía imaginárselo saliendo disparado hacia la puerta como un cachorro de camino al parque.

Se reincorporó al tráfico, hizo un cambio de sentido y se dirigió al oeste.

La montaña Graystone no era gran cosa como montaña. La abuela de Sy vivía a solo cincuenta millas del monte Fuji, en Japón. Eso *sí* que era una montaña. Su tamaño y belleza dominaban el paisaje, haciendo que fueras consciente de ella en todo momento cuando estabas en su presencia.

La montaña Graystone, en cambio, era una colina venida a más, de no más de 2000 pies de altura y propiedad en su mayor parte de empresas madereras y canteras. Aun así, era bastante bonita desde la distancia, y se decía que tenía algunos senderos decentes en la cara norte, que era propiedad de la ciudad.

La carretera que ascendía por ella pasaba de ser de grava a ser de tierra a unos mil pies de altura, y Sy tomó el desvío señalizado con un cartel antiguo y oxidado: *Gravera Wragg*. Puso las luces largas y recorrió una milla o dos de horquillas y curvas cerradas sin superar nunca las veinte millas por hora.

Finalmente, llegó a un claro. Delante, un foso en la montaña parecía haber sido una cantera. Supuso que, como la mayoría de las canteras abandonadas, estaría medio llena de agua, sobre la cual unos cuantos patos picotearían basura, probablemente arrojada por los adolescentes de la zona.

Maldijo al ver el Toyota de Benny, que estaba aparcado más cerca de lo que le había aconsejado, a unos veinte metros escasos de la caseta de servicios. Siempre tan ansias.

Mientras aparcaba a su lado, le sorprendió que no la mirara. Parecía tener la vista clavada al frente. Sy siguió la dirección de su mirada hasta la entrada de la caseta de servicios. Nada. El edificio, iluminado por los faros de su coche, era un denso bloque de

cemento de unos tres por tres metros, con gruesos cables que salían de la parte superior y desaparecían en el bosque.

Salió y rodeó el coche de Benny hasta la parte delantera. Se le cortó la respiración. Había cristales rotos sobre el capó.

Entonces vio la sangre.

Se tapó la boca.

Habían reventado el parabrisas de Benny de un disparo. Y a él le habían pegado un tiro en la cabeza.

Estaba muerto.

Se giró bruscamente para coger el móvil, pero ya era demasiado tarde.

—Levante las manos, señora. Y no se le ocurra coger ese móvil. —Un hombre había salido de la caseta de servicios. Davey Wragg. Le apuntaba al pecho con su rifle y, según su historial, había sido un Navy SEAL, lo que significaba que sabía cómo usarlo.

Sy levantó las manos lentamente. —Wragg. No es demasiado tarde para que haga lo correcto. Yo...

—Silencio. Normalmente me gustan las mujeres respondonas, pero acabo de matar a un hombre, y nada me pone más a cien que eso. Ni siquiera un pivón como usted.

A Sy se le revolvieron las tripas. Se maldijo por haber puesto a Benny en esa situación, por haberse puesto a sí misma en esa situación.

Wragg se acercó a ella e hizo un gesto hacia la caseta de servicios. —Venga aquí. Y dese prisa.

26

Austin se dejó caer en el sofá, agotado. Había tenido días muy largos en el NYPD, pero algo en este lo había dejado cansado de una forma que no había sentido en años.

Aun así, encontró la energía para abrir el portátil que estaba sobre la mesa de centro. La aplicación de videollamadas estaba abierta. Ninguna llamada perdida.

Run se terminó la cena que él le había puesto en el cuenco al llegar a casa y entró corriendo en el salón con una pelota de tenis en la boca. Austin la cogió con desgana y la lanzó a la cocina, luego cerró los ojos. Segundos después, estaba de vuelta, ladrando educadamente para avisarle de que había regresado y de que era hora de otro lanzamiento.

Al coger la pelota, oyó un pitido extraño. Algo entre un *din* y un carillón de viento. De repente, la aplicación de vídeo se iluminó: *Llamada entrante.*

Apresuradamente, hizo clic en el botón de *Aceptar llamada* y luego volvió a hacer clic para poner la aplicación a pantalla completa. Casi al instante, apareció un hombre. Austin ajustó el portátil para que su cara quedara frente a la pequeña cámara de la parte superior de la pantalla, tal y como le había enseñado Samantha.

—Hola —dijo—. ¿Quién es? ¿Cómo sabía que estaba en casa?

—Espere un momento —dijo el hombre. Se inclinaba hacia la cámara como si intentara ver mejor a Austin. Pero al cabo de un instante, Austin se dio cuenta de que estaba estudiando algo en su pantalla.

A pesar de estar en una habitación bastante oscura, el hombre llevaba gafas de sol y una gorra de béisbol sin logo calada hasta las cejas. Un pañuelo le cubría la nariz y la boca. De hecho, las únicas partes de su rostro que Austin podía ver eran las orejas, los ojos y un par de centímetros de la línea de la mandíbula. Estaba claro que no quería que Austin pudiera identificarlo.

Finalmente, el hombre volvió a hablar, echándose hacia atrás. —De acuerdo. Estaba comprobando la red. Estamos solos. Supe que estaba en casa porque le he hackeado el ordenador esta mañana. Puedo saber cuándo está encendido y cuándo apagado. —Hizo una pausa—. Soy Michael Lee, y usted me ha estado buscando.

Austin no supo qué decir. Le habían estado consumiendo mil preguntas desde que se dio cuenta de que Lee podía ser una persona real, y no un personaje de ficción de la novela que Fiona planeaba escribir. El detective que llevaba dentro sabía que debía empezar despacio, por el principio. Debía intentar obtener todos los detalles antes de llegar al cuadro general.

Pero en ese momento, el reflexivo detective que había en Austin cedió el paso al marido afligido. —¿Conocía a Fiona Austin? ¿Y sabe qué le pasó?

Lee negó con la cabeza. —No he oído hablar de ella en mi vida.

A Austin se le revolvieron las tripas. Sabía que no iba a ser tan fácil, pero saber que algo no va a ocurrir no siempre ahoga la esperanza de que sí ocurra.

Respiró hondo y volvió al principio. —¿Es usted el Michael Lee que quedó con una mujer llamada Megan en el Mama Dae’s Korean BBQ?

—Sí.

—¿Conoció a Megan en una aplicación de citas?

—Sí.

—Por favor —dijo Austin—, dígame qué pasó después.

La voz de Lee era monótona, como si estuviera describiendo lo que le había pasado a otra persona, a alguien que no le importaba. —Llevaba un año en la aplicación con poco interés. Pocas conexiones. Megan y yo conectamos enseguida. Los mismos intereses. Le gustó mi camiseta de David Bowie. O al menos eso dijo. —Hizo una pausa, negando con la cabeza.

Austin había trabajado una vez en un caso que empezó de forma similar. Un hombre que se hacía pasar por mujer contactaba con hombres casados en aplicaciones de citas —compartiendo siempre los mismos intereses y aficiones— y luego intentaba extorsionarlos para sacarles dinero después de que le enviaran mensajes o fotos comprometedoras. Había oído que lo llamaban «catfishing».

—Así que quedamos para cenar —continuó Lee—, y después íbamos a ir a su casa. En el East Village. Estaba emocionado porque este tipo de cosas no me pasan a menudo. Debería haberlo sabido.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Austin.

—El taxi nos dejó y estábamos en su puerta. O al menos, yo pensaba que era su puerta. —Hizo una pausa, como para recomponerse, y luego continuó—. Empecé a tener un mal presentimiento. Estaba mirando a su alrededor mientras abría la puerta, como si esperara a alguien. Un todoterreno grande aparcó y eché a correr. Por suerte, ya estaba un poco paranoico. Tres hombres me persiguieron por el callejón. Eran grandes y lentos. Yo soy pequeño y rápido. Conseguí escapar.

—De acuerdo —dijo Austin—. No era mucho, pero encajaba con la historia de Fiona, con lo poco que él sabía de ella. Pero, por cómo lo había descrito Lee, o era un paranoico o tenía buenos motivos para estar en guardia. Y Austin creía saber por qué—. ¿Es usted un informador?

—Sí.

—¿Estaba, y está, ofreciendo pruebas contra la familia criminal Namgung?

Lee se ajustó el sombrero, bajándoselo aún más sobre la frente. —Sí.

—¿Con quién trabaja?

—Con el FBI.

—¿Y no sabe nada de una fiscala llamada Fiona Austin? ¿No sabe si estaba investigando a la familia Namgung, al NYPD o incluso a ciertos elementos del FBI?

Lee negó con la cabeza. —Esperaba que usted pudiera contarme más.

Eso pilló a Austin por sorpresa. —¿Qué podría contarle *yo* a *usted*?

Lee hizo una pausa y volvió a inclinarse hacia delante como si estuviera estudiando la pantalla. —Solo tengo un minuto o dos. Los federales están intentando acceder a mi sistema. Para asegurarse de que no me voy de la lengua.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Se supone que no debo hablar con nadie.

Eso encajaba perfectamente con lo que Austin estaba pensando. —¿Si mi llamada casi le cuesta la vida, por qué me ha contactado?

—Usted es un expolicía, pensé que podría ayudarme.

—¿Ayudarle a qué?

—A salir de mi situación actual. Colaboro con el FBI, pero son tan corruptos como la gente sobre la que estoy informando. Todo esto es una telaraña de corrupción. Yo solo soy una mosca atrapada en medio de su red.

Austin sintió náuseas. Recordó la advertencia de John Johnson, que le había dicho que el propio NYPD tenía elementos corruptos que traficaban con narcóticos desde y hacia el Sudeste Asiático. Había un centenar de posibilidades, pero era muy posible que Fiona hubiera estado investigando a elementos del NYPD, quizá en colaboración con el FBI. Y como Austin trabajaba en el NYPD, eso explicaría por qué ella nunca le había mencionado la investigación.

Lee continuó: —Quiero saber si hay alguien en el NYPD con quien pueda hablar. Alguien cien por cien de fiar.

Sin pensar, Austin soltó: —DMJ. David Min-Jun. Es uno de mis mejores amigos en el NYPD y puede confiar en él. Pero ¿qué espera que él pueda hacer?

—Ayudarme a escapar.

Austin ni siquiera podía pararse a pensar en todas las ramificaciones de aquello. —Puedo darle su número.

Por primera vez, Lee se bajó la bandana, dejando al descubierto un rostro que no había visto el sol en mucho tiempo. Tenía el labio superior rajado hasta la mejilla y cosido. La cicatriz de cinco centímetros le tiraba de las facciones hacia la izquierda, dibujándole una extraña sonrisa torcida.

Pero *era* una sonrisa. —David Min-Jun. Entendido. No necesitaré ayuda para encontrarlo.

Lee se inclinó hacia delante para alcanzar el teclado y la pantalla de Austin se quedó en negro.

27

Austin llevaba una hora esperando en la sala de reuniones cuando Lucy y Jimmy entraron. Habían estado en el este de Seattle, poniendo escuchas.

Era una técnica que él y sus compañeros usaban a menudo en Nueva York. Cuando buscaban a un sospechoso que estaba escondido, a veces ponían bajo escucha a personas cercanas a él —familiares, amigos, socios— para luego interrogarlas con la esperanza de que alguna cometiera un desliz y se pusiera en contacto con la persona que en realidad intentaban localizar.

Rara vez funcionaba con criminales experimentados, pero sí con aquellos que no habían meditado bien las cosas. Solo esperaba que Wragg y su madre pertenecieran a este segundo grupo.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Austin mientras ellos se sentaban frente a él.

—La madre de Davey Wragg era un caso —dijo Jimmy—. Un minuto era dulce y al siguiente, una fiera. No soy de diagnosticar a la gente así de buenas a primeras, pero la verdad es que parecía un poco pirada.

Lucy subió los pies a la mesa. —«Pirada» no es un diagnóstico, Jimmy. Además, estaba *fingiendo*. Creo que sabe perfectamente dónde está, o al menos cómo contactar con él. —Se volvió hacia Austin—. De todas formas, hemos hecho lo que sugeriste. No hemos

llegado a acusarlo de nada, pero casi. Cualquier madre preocupada llamaría a su hijo de inmediato. Ella ha negado tener su número, pero yo creo que sí lo tiene.

Jimmy dijo: —Lo único que sabía es que vivía en algún sitio de Hansville. Aseguraba no tener ni la dirección. Y yo la creí. Creo que estaba más loca que otra cosa.

—Hemos hecho una apuesta —dijo Lucy—. Si llama a su hijo en las próximas veinticuatro horas, tendremos la luna de miel en Europa.

—Y si no lo hace —intervino Jimmy—, nos iremos de luna de miel a Hawái.

Austin miró a su alrededor. —¿Sigo siendo el único que sabe que estáis prometidos?

—Gracias por mantenerlo en secreto —dijo Jimmy, asintiendo—. Antes era complicado. Con Lucy de jefa, bueno, pues no es el mejor momento para visitar el departamento de Recursos Humanos, al que de todos modos no tenemos acceso aquí.

Samantha entró con un único portátil. —No es lo mismo sin Ridley, ¿verdad?

Lucy frunció el ceño. —La verdad es que no.

Jimmy se volvió hacia Lucy. —Oye, Lucy «Oh-Cualidades-de-Liderazgo», ¿no deberías estar delante de todos, dando golpecitos en la pizarra con un rotulador?

Ella frunció el ceño. —Esos son los rotuladores de Ridley.

Él negó con la cabeza, fingiendo una profunda decepción. —Lucy O'No-está-lista-para-liderar.

Ella le lanzó un bolígrafo a la cabeza, que él esquivó. —Estoy lista, solo que no estoy lista para usar sus rotuladores. Además, no tenemos nada que escribir.

—De hecho, sí tenéis —dijo Samantha, abriendo su portátil—. Acabo de hablar por teléfono con la policía de Seattle. Me están enviando un correo con una llamada que la madre de Wragg ha hecho hace diez minutos. —Estudió la pantalla—. Sí, acaba de llegar.

A Austin no le sorprendió que la intuición de Lucy hubiera sido correcta. —A ver —dijo.

Samantha giró el portátil hacia ellos y pulsó el play mientras todos se inclinaban para oír.

Davey Wragg: ¿Mamá?

Sra. Wragg: ¿Cómo sabías que era yo?

Davey Wragg: El identificador de llamadas.

Sra. Wragg: Dijiste que llamara a este número si venía alguien. Han venido. Unos detectives. ¿Qué coño has hecho esta vez?

Davey Wragg: Nada, mamá. No he hecho nada.

Sra. Wragg: ¿Entonces por qué hacen preguntas?

Davey Wragg: Acoso policial.

Sra. Wragg: Algo de unos chicos de la Marina.

Davey Wragg: —No he hecho na.

Sra. Wragg: —Y eso mismo les he dicho yo.

Davey Wragg: —¿Mamá?

Sra. Wragg: —¿Sí, hijo?

Davey Wragg: —Ya no puedo volver a casa.

Sra. Wragg: —¿Por qué?

Davey Wragg: —Me están buscando allí.

Sra. Wragg: —Pues ven a verme aquí.

Davey Wragg: —No puedo. También me están buscando ahí. Seguramente por eso han ido a hablar contigo.

Sra. Wragg: —¿Dónde estás?

Davey Wragg: —Mamá, estoy… estoy asustado.

Sra. Wragg: —No seas gallina, hijo. Hicieras lo que hicieras, seguro que se lo tenían merecido.

Davey Wragg: —Que no he hecho *na*.

Sra. Wragg: —Ya sé que no.

Davey Wragg: —Yo… tengo a una mujeres.

Sra. Wragg: —¿Qué?

Davey Wragg: —He cogido a una mujeres.

Sra. Wragg: —¿Una mujer? Nunca entenderé por qué coño no distingues entre *mujer* y *mujeres*.

Davey Wragg: —Así lo decía papá.

Sra. Wragg: —No hagas ninguna tontería, Davey.

Davey Wragg: —Mamá, tengo que colgar. Adiós, mamá.

La llamada terminó.

—¿Qué ha querido decir con que ha cogido a «una mujeres»? —dijo Lucy.

—Quería decir «mujer» —dijo Jimmy.

—Ya sé *eso* —dijo Lucy, acercándose a la pizarra y cogiendo un rotulador—. ¿Pero cuándo? ¿Creéis que tiene una rehén o…? A ver, podría haberse referido a otro delito de hace años. —Dejó el rotulador en su sitio con un suspiro.

—No lo sé —dijo Austin—. Pero sé que no nos ha dado nada que podamos usar para localizarlo.

Lucy asintió. —Ahora tenemos su número de teléfono, pero tardaremos medio día, o puede que veinticuatro horas, en conseguir una orden para obligar a la compañía telefónica a decirnos dónde estaba en el momento de la llamada. —Se paseaba de un lado a otro—. Y parece que le preocupaba que el teléfono estuviera intervenido. No tanto como para ignorar la llamada, que seguramente era de un móvil de prepago. Pero no ha querido decir dónde estaba, lo que significa que para cuando consigamos la ubicación de la compañía telefónica, ya no estará allí.

Samantha se levantó y rodeó la mesa de reuniones, recorriendo con el índice el tatuaje caligráfico que le subía por el antebrazo. Austin había aprendido que ese era uno de sus tics cuando pensaba.

Lucy también se había dado cuenta. —¿Qué pasa, Samantha? Puedo ver cómo trabaja ese cerebrito.

Ella se detuvo. Se giró. —Solo intento decidir si estoy dispuesta a arriesgar mi carrera por este caso.

Lucy se puso en pie. —¿De qué se trata?

Samantha dijo: —No se sostendrá en un tribunal y está totalmente fuera de lugar. Yo…

La puerta se abrió de golpe y Daniels apareció en el umbral. —¿Han oído algo de Sy? ¿De Symone Aoki?

—Desde ayer no —dijo Austin—. En la reunión con Vellory.

—Nadie la ha visto desde entonces —dijo Daniels, con voz preocupada—. Ha desaparecido. Le he dicho al NCIS que redoblaremos nuestros esfuerzos.

Austin sintió el amargor seco a tostada quemada que siempre acompañaba al pavor. Wragg se había dado a la fuga y, ahora, Sy

también. Austin no tardó en llegar a la conclusión de que ella había estado a punto de atrapar a Wragg y que la habían secuestrado. O algo peor.

—Samantha —dijo Lucy—, hazle llegar esa grabación al NCIS. Aunque no nos vayan a ayudar, tenemos que ayudarlos. —Se volvió hacia Daniels—. Y, jefe, ya hemos redoblado nuestros esfuerzos. ¿Nos dirán dónde la vieron por última vez o…?

Daniels negó con la cabeza. —No van a compartir nada. Ya saben que estamos investigando a Wragg. Ellos también. Lo único que puedo decir es que, si ya habéis redoblado vuestros esfuerzos, volved a redoblarlos. —Daniels salió y cerró la puerta tras de sí.

Todas las miradas se posaron en Samantha, que le dedicó una sonrisa preocupada a Lucy. —Puedo conseguir una ubicación aproximada de la zona del móvil que Wragg acaba de usar.

—¿Qué? —exclamó Lucy—. ¿Por qué no nos lo has dicho desde el principio?

—Porque —dijo Samantha— es completamente ilegal.

28

Minutos después, Lucy y Austin iban a toda velocidad hacia el oeste de Bremerton, en dirección a un lugar llamado Graystone Mountain. Austin no había oído hablar de él en su vida, pero Samantha les había asegurado que el móvil de Wragg había conectado con tres antenas diferentes situadas en la montaña o en sus alrededores.

Resultó que Samantha estaba saliendo con un tipo al que llamaba «hacker de sombrero blanco». Había estudiado Informática y programación en la Universidad de Washington, pero lo dejó para trabajar en una *startup* en Seattle. Un año después, había vendido su parte; no se hizo rico, pero sí lo bastante para vivir cómodamente el resto de su vida con solo veintitrés años. Había decidido usar sus habilidades para lo que él consideraba buenas causas. No les había contado mucho más, pero en este caso había encontrado una vulnerabilidad en el sistema de las operadoras de telefonía móvil que le permitía buscar un número de teléfono y averiguar con qué antenas se había conectado recientemente.

Era la misma información que podrían haber conseguido con una orden judicial, pero la habían obtenido en cuestión de minutos, no de horas o días.

Lucy giró bruscamente a la izquierda, cruzó la mediana para adelantar a un coche que iba lento y luego volvió a su carril. Jimmy iba detrás, aunque le costaba seguir el ritmo de conducción de Lucy.

—Hay algo que no entiendo —dijo Austin—. Es sobre la reunión con Vellory.

—Solo *una* cosa —dijo Lucy—. Yo tengo una lista entera.

Austin rio con nerviosismo mientras Lucy apenas reducía la velocidad para saltarse un semáforo en rojo. —Supongamos que Vellory dice toda la verdad, que no la dice. Digamos que es inocente de la corrupción y que quería reunirse con sus hombres para convencerlos de que confesaran. Aun así, durante treinta años ha ocultado pruebas sobre los asesinatos. Mintió a los investigadores en su momento, y nos ha mentido a nosotros.

Lucy subió por una cuesta empinada; la carretera se convirtió de repente en un camino de grava al pasar a toda velocidad junto a un cartel que anunciaba varias canteras y el nombre de una empresa maderera.

—Yo apuesto —dijo Lucy— a que él era el cabecilla de toda la corrupción. A ver, tiene que seguir negándolo, pero las pruebas están ahí. Lo que yo pienso es que uno de los hombres, o todos, querían confesar, admitir lo que habían hecho, y él intentaba convencerlos de que cerraran el pico. A mí la grabación me sonó manipulada, y puede que cortara esa parte. Mientras tanto, Wragg tiene una discusión con Del Guado en el bar. Wragg se va a casa, coge sus armas, persigue a Del Guado por la playa y lo mata. Cuando ve a los otros, se los carga también. Testigos. Y Vellory, el cobarde, *huye*. Mientras Hammer y Blake corrían a ayudar a su amigo, él salió por patas, los dejó morir para salvar su propio culo.

—Entonces, ¿por qué admitirlo ahora? ¿Por qué ponernos esa grabación?

—Va a caer por lo de la corrupción, pero la Marina cuida de los suyos. Le interesa proteger su reputación. Así que a lo mejor no consigue más contratos para salir en la tele ni para escribir libros. Ya es rico. ¿A quién le importa? Pero ¿estar bajo la sombra de la sospecha de un asesinato? Eso ya es pasarse.

Austin asintió. —Eso *es* lo que dijo su abogado. Di por sentado que todo lo que salía de su boca era mentira, pero supongo que es plausible.

Estaban justo en el centro del triángulo formado por las tres antenas de telefonía que el novio de Samantha había indicado. Austin vio el letrero de «Wragg's Gravel». —¡Ahí!

Lucy pegó un frenazo, dio marcha atrás y se metió por el camino de tierra.

Había dos coches aparcados delante, uno de los cuales era el todoterreno blanco de Sy. Hasta ese momento, una parte de él había esperado que se equivocaran, que ella simplemente no estuviera haciendo caso al teléfono, o que se hubiera puesto enferma y se hubiera quedado durmiendo.

Lucy se detuvo a unos cincuenta metros de los coches.

—¿Esperamos a Jimmy? —preguntó Austin.

—¿Llevas tu arma?

—Sí.

—Yo iré delante. —Al salir del coche, desenfundó su arma de fuego y apuntó hacia el extraño edificio de cemento que había junto a los vehículos—. Parece un buen escondite.

Austin sacó su pistola y la siguió a un metro de distancia mientras ella avanzaba hacia el edificio. Además del coche de Sy, había aparcado delante un Toyota con el parabrisas reventado. Parecía estar vacío, pero el asiento del conductor estaba manchado de sangre.

A unos diez metros del edificio, Lucy se detuvo. —¿Hueles a hierba?

Austin lo había olido en el mismo instante. —Y he oído algo.

—¿Risas o risitas?

Hizo un gesto hacia el cuarto de instalaciones con la pistola. —Desde dentro.

—¡Policía del condado de Kitsap! —gritó Lucy—. Salgan con las manos en alto.

El edificio no tenía ventanas. Solo una gran puerta metálica.

Cuando esta empezó a moverse, Austin la encañonó, apuntando a la altura del pecho de la figura que fuera a aparecer tras ella.

Con un estridente chirrido metálico, la puerta se abrió lentamente y dejó ver a dos adolescentes aterrorizados que tiritaban bajo la suave luz de la mañana que se filtraba entre los árboles.

El chico iba sin camiseta y vestía solo unos calzoncillos. Tenía las manos en alto. Detrás de él, una chica adolescente en vaqueros y sujetador se tapaba el pecho con un brazo mientras mantenía el otro levantado sobre la cabeza.

A Austin se le cayó el alma a los pies. Bajó la pistola.

El chico temblaba. —Nosotros… eh… solo estábamos… solo estábamos haciendo el tonto.

29

Sy se retorcía las muñecas, intentando aflojar la cinta americana. No cedió más de un milímetro o dos. Aunque Wragg había cometido el error de atarle las muñecas por delante, en lugar de a la espalda, aquello no iba a suponer una gran diferencia. Podía mover los dedos, pero no podía ponerse de pie, atada como estaba al radiador de metal.

Wragg no le había quitado el ojo de encima. Incluso en mitad de la noche, cuando ella se había despertado, él estaba sentado junto a la ventana, con la pistola en el regazo, observándola.

—¿Era tu madre? —volvió a preguntar Sy. Se lo había preguntado tres veces desde que Wragg había recibido la llamada, pero él se limitaba a ignorarla. Solo quería hacerlo hablar, encontrar una debilidad que le permitiera abrir una brecha.

—Dijiste que tenías miedo —continuó—. Puedo entenderlo y puedo ayudarte.

Wragg caminaba de un lado a otro sobre el suelo frío, apartando a patadas botellas de refresco de plástico vacías y envoltorios. Ella no estaba segura de dónde se encontraba, pero sabía que no estaba lejos del cobertizo de cemento donde le había tendido la emboscada. Él había hablado poco; simplemente le había echado una capucha por la cabeza y la había empujado por lo que le pareció una colina empinada. Habían caminado cinco, quizá diez minutos, sobre hojas

crepitantes y ramas. Ella se había caído una o dos veces, pero él la había levantado de un tirón violento, repitiendo la misma frase una y otra vez: «Levanta, mujeres».

Cuando le quitó la capucha, lo primero que vio fueron unas cornamentas, cuatro o cinco pares, colgadas en la pared de lo que supuso que era una cabaña de caza. Era curioso en qué cosas pensabas durante un cautiverio. Se había dado cuenta rápidamente de que no había nada que pudiera hacer para escapar, así que le había dado vueltas a su extraño uso de «mujer» y «mujeres», intercambiando el singular por el plural y viceversa. Era una pequeña peculiaridad en el habla que, en otras circunstancias, podría haberle parecido fascinante.

—Te juro que puedo ayudarte —dijo—. Hay un viejo proverbio. *Mizu ni nagasu*.

—No me hables en idiomas raros, mujeres.

No era mucho, pero al menos era una reacción.

—No hablo mucho japonés —dijo—. He vivido aquí toda mi vida. Me lo enseñó mi abuela. *Mizu ni nagasu.* Significa: «Deja que el agua fluya». A veces la gente lo traduce como: «Un río se lleva los malos recuerdos», o, a la americana: «Agua pasada no mueve molino».

Ahora había captado su atención. Su impresión de Wragg era que era capaz de una brutalidad extrema. Pero también que era inestable. Lejos de ser un genio del crimen. Treinta años atrás había matado a tres hombres y se había estado escondiendo en Hansville desde entonces, no muy lejos de la escena del crimen. Sabía que era capaz de asesinar. Había matado a Benny la noche anterior. Pero ahora estaba atrapado. No le quedaba ningún sitio a donde huir, probablemente poco dinero y pocos amigos. Necesitaba aprovecharse de la desesperación que estaba segura de que él sentía.

—¿Y qué? —ladró él.

—Significa que, hicieras lo que hicieras en el pasado, ya es pasado. No tiene por qué hacerte hacer nada ahora de lo que te vayas a arrepentir. Sé que eres una buena persona. Solo hiciste lo que tenías que hacer. —Quería gritar, llamarle de todo, pero

insultarlo sería un pobre sustituto de clavarle en el pecho una de las afiladas cornamentas que colgaban de la pared. Pero su instinto de supervivencia se había activado. La avergonzaba, pero en ese momento diría cualquier cosa que necesitara decir para seguir con vida.

—¿Cómo me encontraste? ¿Estás en mi casa?

—Probablemente haya gente allí ahora, sí.

—¿Nos encontrarán aquí? —Intentaba sonar duro, incluso amenazador, pero sus palabras delataban al niño asustado que llevaba dentro. Si no lo detestara tanto, podría haberle compadecido.

—No sé dónde estamos —dijo ella—. Así que no puedo saber si nos encontrarán.

—A medio kilómetro colina arriba. La cabaña de caza pertenecía a mi viejo.

—¿Tu viejo *hombre*?

—Decimos *hombres*. —Sus palabras salieron con un chorro de saliva.

—¿Por qué?

—Es nuestra forma de hablar. Sin más.

Parecía molesto, y ella decidió no insistir.

Después de atarla al radiador, había desaparecido durante media hora, seguramente para borrarles el rastro montaña arriba desde el cobertizo. —¿Qué has hecho con el cadáver de Benny?

—¿Quién es Benny? —preguntó él.

Ella lo fulminó con la mirada, incapaz de ocultar su desprecio.

—Ah, claro. *Nunca* lo encontrarán.

—Los míos son buenos. Seguramente nos encontrarán aquí. —No se lo creía. En el correo que había enviado Benny no se mencionaba ninguna cabaña de caza. Lo más probable era que la hubieran construido sin licencia y que nunca hubiera aparecido en los registros del condado—. Pero mi coche está ahí abajo. Con medio depósito de gasolina. Y mi bolso. Podrías tener mil dólares y un coche de aquí a diez minutos. —Creía que tendría más posibilidades si se ponían en marcha.

—Mi coche está aparcado cerca.

—Pero no buscarán el mío como buscarán el tuyo.

Él sopesó la idea. —Si me voy, te llevo conmigo.

Ella sonrió, no de forma seductora —no podría haberlo hecho aunque creyera que le serviría de algo—, sino con amabilidad. —Es tu mejor opción. Aunque te sugiero que te marches ya. Podrían llegar pronto.

Cualquier sitio era mejor que aquel.

30

Mientras Lucy interrogaba a los adolescentes junto a los coches, Austin y Jimmy inspeccionaron el cobertizo. El olor a marihuana era intenso, pero estaba claro que los adolescentes no eran los únicos que habían estado allí.

Austin usó la punta de un bolígrafo para coger un rollo de cinta americana plateada. Lo iluminó con la linterna del móvil y examinó los bordes, que estaban bastante claros. —¿Jimmy, ves esto?

Jimmy lo examinó. —¿El qué?

—¿Ves cómo los bordes deshilachados, los pequeños hilos blancos de la parte adhesiva, están claros? Eso significa que se ha usado hace poco. Se oscurecen con el tiempo.

Jimmy se inclinó y luego negó con la cabeza. —Si tú lo dices.

—Y los cigarrillos —dijo Austin—. Coge el cenicero y sácalo. Usa guantes o deslízalo sobre algo sin tocarlo.

Un momento después, Jimmy salió a la luz para reunirse con él. Juntos se acercaron a los adolescentes, cuyo nivel de pánico había descendido del terror absoluto a un nerviosismo avergonzado. Se habían vestido con vaqueros y sudaderas a juego del instituto Bremerton, lo que en realidad los convertía en una pareja bastante mona, dadas las circunstancias.

Austin le preguntó a la chica: —¿Los cigarrillos son suyos?

Ella negó con la cabeza, lo que provocó que una cascada de pelo castaño le cayera sobre los ojos al soltársele un coletero. Se lo apartó de la cara. —¿Cigarrillos? Qué va. Nunca. A veces, otros chavales vienen aquí a pasar el rato. Ya estaban aquí cuando llegamos.

Austin se inclinó, con la nariz a solo unos centímetros del cenicero, e inspiró. —Son bastante recientes. De hace un día o dos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucy.

—Como con el pescado fresco, el olor cambia con el tiempo. —Austin les enseñó la cinta americana a los chicos—. ¿Saben algo de esto?

—No —dijo el chico—. No sabemos nada.

—¿Estaba aquí cuando llegaron? —preguntó Austin.

Ambos asintieron con entusiasmo.

Lucy miró a Austin. —Y dicen que ni siquiera se fijaron en el coche con la ventanilla rota.

El chico señaló. —Vinimos andando desde esa dirección. Juro que habríamos llamado a la policía si hubiéramos pensado…

—¿Y no vieron a nadie? —preguntó Lucy.

Ambos negaron con la cabeza.

—Esperen aquí —ordenó Lucy, señalando el Toyota. Volvió a señalar—. No he visto ningún casquillo, pero hay un agujero de bala en el asiento trasero.

Austin abrió la puerta trasera y examinó el agujero de bala, luego miró de nuevo hacia el cobertizo. —El coche llega y Wragg sale del cobertizo. Dispara una vez para reventar el parabrisas, y una segunda para matar al conductor.

—Ya he comprobado la matrícula —dijo Lucy—. Benny Ramirez. Un agente de bajo rango del NCIS.

—Maldita sea —dijo Austin.

—¿Por qué no disparó contra el segundo vehículo? —preguntó Jimmy.

Austin se dirigió a inspeccionar el todoterreno de Sy. —El tirador mató a Ramirez al instante, y luego decidió que necesitaba un rehén. Esa es mi conjetura, vamos. Posiblemente se largó con Sy en su propio coche. —Inspeccionó las marcas de neumáticos en el

camino de tierra. Creyó distinguir las rodadas del Toyota y del todoterreno de Sy, pero no vio un tercer juego de marcas que se alejara—. O tal vez no.

Lucy regresó adonde estaban los adolescentes, que ahora se encontraban sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Una luz brillante se abrió paso por un hueco entre los árboles, y ambos se protegieron los ojos mientras Lucy se plantaba sobre ellos. —Vale —dijo—, vamos a empezar desde el principio.

El móvil de Austin vibró en su bolsillo. Un mensaje de Samantha: *He pensado que querrías ver esto.*

Junto al texto había un enlace a un blog llamado *True Crime Addicts*. A juzgar por su aspecto, el sitio parecía un blog cutre que ofrecía actualizaciones y opiniones sobre los casos que estuvieran de más actualidad en ese momento.

Hizo clic y encontró un breve artículo titulado: *La entrevista de Inside Edition, mucho ruido y pocas nueces.*

Mientras leía el artículo, se fue alejando de Lucy para cobijarse a la sombra de un árbol de hoja perenne.

Por si se perdieron la tan cacareada entrevista de Inside Edition con Maria Del Guado y Perry Diaz, no se perdieron gran cosa.

Del Guado es la viuda de Adam Del Guado y, si los informes son ciertos, le pagaron generosamente por la entrevista, en la que prometía todo tipo de revelaciones que darían un vuelco al caso.

En cambio, ofreció un insulso refrito de cosas que ya sabíamos, así como un batiburrillo de recuerdos de su amado Adam «Addie» Del Guado.

Nuestro consejo para Inside Edition: la próxima vez que le paguéis un dineral a una viuda, aseguraos de que de verdad sabe algo.

Volvió junto a Lucy, que seguía interrogando a los adolescentes bajo la atenta mirada de Jimmy.

En parte, sintió un alivio al saber que Maria Del Guado en realidad no se había guardado nada para venderlo a la televisión. Le había estado tomando el pelo a *Inside Edition*, usándolos para sacarles dinero. Entonces, se detuvo y volvió a leer el texto por encima.

Addie.

Maria Del Guado llamaba a su marido «Addie».

Cerró los ojos y reprodujo mentalmente la grabación de Vellory de la noche en que los tres hombres fueron asesinados.

Si no se equivocaba, la palabra que había oído gritar en la noche, apenas audible por encima del aullido del viento, había sido *Addie*.

31

Wragg hincó una rodilla en el suelo y, sin apartar los ojos de Sy, usó un largo cuchillo de caza para cortar la cinta americana de sus pies. Le dejó las muñecas atadas. Sosteniendo el cuchillo ante los ojos de ella, se lamió los labios secos y agrietados. —Como intentes algo, no seré ni la mitad de amable contigo en nuestra próxima parada.

Ella mantuvo la mirada inexpresiva, neutra.

Wragg se levantó y retrocedió hacia la puerta sin dejar de mirarla. Dejó el cuchillo de caza sobre una mesa coja y destartalada y sacó la pistola de la funda.

Nunca había visto un arma como esa. —Esa es la pistola con la que le disparaste a Adam Del Guado.

Él se miró la mano como si le sorprendiera tener allí aquella pistola tan poco común. Asintió.

Ella se levantó despacio, con las piernas entumecidas. Incluso el simple acto de ponerse de pie la hizo sentir mucho mejor. —¿Por qué lo mataste? ¿Por qué discutíais? ¿O es que te contrató alguien? —Hizo una pausa—. Sí, me imagino que es eso.

Él negó con la cabeza. —Cállate. —Echó un vistazo por la ventanita, mirando ladera abajo, hacia donde ella creía que estaba el cobertizo de mantenimiento en el que la habían capturado, hacia su coche.

—¿Te contrató alguien? Tengo autoridad para llegar a acuerdos cuando el tirador es un peón, como es tu caso.

Se dio la vuelta bruscamente. —Yo no soy ningún peón.

—Puede que te veas como un sicario, incluso como un asesino de primera. Pero alguien te contrató. —No sabía si era verdad, pero era una posibilidad. Una que creía que podría desestabilizarlo.

Él se acercó a ella. —Cierra la boca, mujer.

—Te oí hablar por teléfono con tu madre. *Era* tu madre, ¿verdad? He descubierto que hasta los hombres más duros se vuelven unos críos blandengues con sus madres.

Se inclinó hacia ella, agachándose ligeramente para que su cara quedara justo frente a la de ella. Olía a dientes podridos, a tabaco y a gasoil. A mugre. El pelo ralo y castaño se le pegaba al cuello en una mezcla de grasa y sudor. —Una palabra más…

—¿Y me matarás?

Él se rio, salpicándole la cara con saliva, y se inclinó aún más. Su nariz rozó la de ella.

Todo en su interior quería retroceder, echarse atrás, pero no movió ni un músculo de la cara.

—Matarte sería fácil —dijo él con voz húmeda y cargada de malicia—. Primero voy a hacerte cosas que te van a gustar mucho menos.

—¿Como qué? —susurró ella.

Sin mover la cara, volvió a guardar la pistola en su funda. —Oh, estás a punto de descubrirlo.

No tenía ninguna intención de descubrirlo.

Echando la cabeza hacia atrás de repente, la lanzó hacia delante con la violencia que había estado acumulando durante horas, quizá días, quizá años.

Acertó, golpeándole la nariz con la parte superior de la frente.

En la pequeña cabaña de caza de madera, el sonido del cartílago al romperse fue como una música celestial.

32

—¿Han visto a alguien más por aquí arriba? —preguntó Lucy.

Ambos adolescentes parecían a punto de vomitar. Que la policía los pillara semidesnudos ya era bastante malo, pero, a juzgar por el olor, los dos estaban colocados. Austin se imaginó que aquello haría que todo el interrogatorio resultase mucho peor.

—Nunca —dijo la chica—. Quiero decir, a nadie salvo, pues eso, a otros adolescentes.

—¿La gente sube aquí a beber cerveza y esas cosas? —preguntó Lucy.

Ambos asintieron.

Austin desconectó de ellos; su mente se disparó en mil direcciones a la vez. Maria había dicho que solo *ella* llamaba Addie a su marido. Así que si Wragg lo había llamado así mientras lo perseguía por la playa...

Recordó la casita de ella, los patos, su forma de hablar del dinero. La situación había sido tan ridícula que quizá había pasado por alto la conclusión más obvia de todas. La mayoría de los asesinatos procedían de disputas domésticas o de dinero. Era muy posible que el asesinato de Adam Del Guado proviniera de una combinación de ambas.

Volvió a prestar atención al interrogatorio de Lucy cuando oyó que uno de los adolescentes se acaloraba. —¡Nunca me dijiste eso!

—Era el joven y parecía más dolido que enfadado.

—No era asunto tuyo —dijo la chica a la defensiva—. Fue antes de que empezáramos a salir.

Lucy los estaba separando. —Espere, usted... —señaló a la joven —. ¿Dónde está esa cabaña?

—Pues, está como a diez minutos en esa dirección. —Señaló colina arriba.

El joven parecía desolado. —¿Subiste allí con Akiva? Ese tío es un pringado.

Ella suspiró. —Te he dicho que fue antes de que siquiera yo supiera que te gustaba.

El joven parecía a punto de llorar.

—¿Quién es el propietario de la cabaña? —exigió Lucy.

—Es casi como una choza abandonada —dijo la chica—. Da un poco de grima. Hay cornamentas de ciervo en la pared, como un lugar de caza o algo así. Tiene un trasto viejo de quad en la parte de atrás. Una vez, Akiva consiguió arrancarlo y subimos y recorrimos la montaña con él.

El joven estaba descompuesto. —¡Antes de que te *acostaras* con él!

—¿En qué dirección exacta está? —exigió Austin.

La joven señaló montaña arriba.

Lucy dijo: —Creo que eso todavía está en la propiedad de la empresa de grava.

Jimmy ya estaba subiendo la colina al trote, con Austin pisándole los talones.

No cabía duda de que Jimmy estaba en mejor forma. Salta con facilidad troncos que Austin tenía que escalar más despacio e, incluso después de cinco minutos corriendo colina arriba casi a un ritmo de esprint, no había aflojado la marcha. Corriendo a toda prisa entre los árboles y saltando por encima de las ramas caídas, Jimmy se iba distanciando.

Austin, por otro lado, jadeaba, incluso con la adrenalina a tope.

Una o dos veces intentó gritar a Jimmy que fuera más despacio, pero fue inútil.

Ya lo había perdido de vista.

33

Sy no tuvo tiempo para admirar la sangre que manaba de la nariz rota de Wragg. Tenía más trabajo que hacer.

Cuando Wragg, por instinto, se llevó la mano a la cara, esto le dio a ella el tiempo que necesitaba. Le asestó un rodillazo con toda la fuerza que pudo reunir, impulsándose en el golpe y conectando con su entrepierna.

Wragg se desplomó y chocó contra la mesa; la cabeza se le fue hacia atrás y golpeó contra el suelo mientras la sangre le chorreaba de la nariz a los ojos.

El cuchillo de caza se deslizó de la mesa y cayó a su lado.

Mientras se limpiaba la sangre de los ojos, él fue a cogerlo, pero ella se abalanzó y lo alcanzó primero, agarrando el frío metal justo cuando vio que él intentaba coger su pistola.

Sy le lanzó un tajo a la mano, pero solo le dio de refilón.

Tumbado boca arriba, con la cara cubierta de sangre, él consiguió sacar el arma justo cuando ella se abalanzaba sobre él.

Los instantes siguientes fueron una caótica pugna de sangre y rabia.

Ella le sujetó el brazo para que no se moviera.

Él le dio un cabezazo en la cara.

Ella intentó apuñalarlo en el costado.

Él le dio un puñetazo en el lateral de la cabeza.

Él alcanzó su pistola. La levantó.

Ella le retorció la muñeca.

Entonces sintió una mano en su otra muñeca. Él intentaba arrebatarle el cuchillo. Tenía la cara pegada al lateral de la pistola de él, tratando de apartarla con la cabeza y aterrorizada de que se disparara en cualquier segundo.

Él pateó y giró las caderas. Ella sintió que salía despedida hacia atrás. La había lanzado por los aires haciendo palanca con su cuerpo contra el suelo.

Al golpear el suelo, se dio cuenta de que aún tenía el cuchillo en la mano. Se abalanzó sobre él mientras este levantaba la pistola y disparaba.

Extrañamente, la bala no la derribó. La atravesó como una aguja, por el costado. Un orificio de entrada y otro de salida.

La invadió un extraño momento de lucidez. Como si todo se hubiera detenido.

Lo siguiente que supo fue que se precipitaba sobre él, hundiéndole el cuchillo de caza en el pecho con una fuerza y una violencia que parecían provenir de un lugar de su interior que no sabía que existía.

Cayó al suelo y, al mirar, vio el cuchillo clavado en un punto entre el hombro y el pecho de él.

Él estaba inmóvil. Su entrenamiento le decía que comprobara si estaba muerto. Que huyera. Que encontrara su móvil y pidiera ayuda.

Pero, en lugar de eso, la confusión se apoderó de ella, la habitación dio vueltas y todo se volvió negro.

34

Austin tropezó con la raíz de un árbol y cayó de bruces en un nido de latas de cerveza y colillas. Se levantó de un salto, se sacudió y siguió corriendo.

—¡Austin, date prisa! —Era la voz de Jimmy, que lo llamaba desde más arriba en la colina.

Austin lo alcanzó un minuto después.

—Dentro —dijo Jimmy—. Dos cuerpos.

Austin miró por la ventana. Se le revolvió el estómago. —Sy.

—La puerta está cerrada con llave —dijo Jimmy.

Austin se apresuró hacia ella, afianzó la pierna izquierda en la tierra y lanzó una patada con la derecha, que impactó un par de centímetros a la izquierda del pomo de latón.

La puerta reventó y Jimmy entró corriendo y se arrodilló junto a Sy. —Está viva.

Austin le cogió la muñeca a Wragg, que tenía un cuchillo clavado entre el pectoral derecho y el hombro. —Él también. Hay mucha sangre. No vivirá mucho tiempo.

Se arrodilló sobre Sy para examinarle la herida del costado. —¿Me oyes? ¿Symone? —Le tocó el hombro—. ¿Sy?

—¿Cómo los sacamos de aquí? —dijo Jimmy con voz apremiante.

A Austin se le ocurrió una idea. —Las ambulancias no pueden subir hasta aquí. Llámalas. Llama a Lucy. Diles que nos esperen en

el cobertizo de mantenimiento. —Salió disparado por la puerta principal y corrió por el lateral hasta la parte trasera de la cabaña. Junto a una pila de leña había una gran lona cubierta de hojas. La arrancó de un tirón y vio el quad. No había llave y podría tardar un rato en hacerle un puente.

De vuelta en la cabaña, Jimmy estaba usando un rollo de papel de cocina —lo único limpio que pudo encontrar— para vendar la herida de Sy. Había amontonado todas las armas a su lado.

Austin buscó las llaves con la mirada por la habitación. El gancho junto a la puerta estaba vacío, la mesa estaba volcada y el suelo, cubierto por una capa de suciedad y mugre, pero ni rastro de las llaves.

Se arrodilló junto a Wragg y le palpó los bolsillos de sus vaqueros mugrientos. ¡Bingo! Algo duro. Metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves.

Al hacerlo, Wragg se movió de repente. Una mano le aferró la muñeca a Austin.

Austin liberó la mano de un manotazo. Wragg se quedó flácido. Tenía los ojos cerrados. Parecía que perdía y recuperaba la consciencia. —Vigílalo —dijo Austin, dirigiéndose a la puerta.

Un momento después, había aparcado el quad delante. Juntos, él y Jimmy sacaron a Sy por la puerta y la tumbaron en el suelo.

Austin saltó al asiento del conductor. —Túmbala sobre mi regazo. Es la única manera.

Con cuidado, Jimmy se agachó y cogió el cuerpo seminerte de Sy, sujetándole el cuello con un brazo y las rodillas con el otro. Con su fuerza, levantar su esbelta figura fue fácil.

Mientras Jimmy la colocaba sobre el regazo de Austin, Sy emitió un sonido débil, como un gemido que se le quedó atascado en la garganta.

Sus piernas colgaban por un lado y Austin le sujetaba la cabeza con la mano derecha, con la izquierda en el volante. —Volveré a por Wragg. Mantén a ese cabrón con vida si puedes.

Dicho esto, quitó el pie del freno y dejó que el quad bajara la colina.

35

Cuatro horas después, Austin tiró el envoltorio de una barrita de cereales a la basura y se lo pasó con un sorbo del peor café que había probado en su vida. Incluso para ser de hospital, el café era malo.

La operación de Sy llevaba ya un par de horas y todavía no había noticias.

La ambulancia había llegado solo diez minutos después de que Austin alcanzara el cobertizo de mantenimiento y, por suerte, habían conseguido mantenerla con vida durante el trayecto al hospital.

A solo seis puertas de allí, un guardia de seguridad estaba sentado frente a la habitación de Davey Wragg. Había recibido los mejores cuidados que el condado podía ofrecer. Le habían curado el hombro y lo habían atiborrado de analgésicos.

Estaba inconsciente, pero vivo y esposado a la cama.

Austin había escuchado la breve conversación que había tenido con Lucy y Jimmy antes de desmayarse. No les había dado nada, no había admitido nada y había exigido un abogado. Lo único que dijo además fue que pensaba demandar a la Marina, al NCIS, al estado de Washington y a todos y cada uno de sus funcionarios públicos. «Ninguna tipa va a apuñalarme y a salirse con la suya», había dicho. Por lo visto, creía que el hecho de que Sy lo hubiera apuñalado le daba derecho a una importante compensación económica.

Ahora Austin caminaba de un lado a otro por el pasillo, pensando en todo lo que había hecho mal y que lo había llevado a esa situación.

—Noto que te estás machacando —dijo Lucy, apareciendo detrás de él—. No lo hagas.

Austin se giró.

—Me obcequé con Vellory desde el principio —dijo Austin—. Que matara a esos jóvenes para encubrir sus otros crímenes tenía demasiado sentido. —Golpeó la pared con la palma de la mano.

Lucy le puso una mano en el hombro, intentando tranquilizarlo. —Maria Del Guado. Yo también estuve en su casa. Tampoco lo vi. Eso, suponiendo que tengas razón.

Austin le había explicado a Lucy lo que había oído en la grabación, el uso del apodo «Addie» por parte de Wragg. Lucy había enviado a dos agentes a casa de Maria Del Guado para traerla a comisaría para interrogarla y le había pedido a Daniels que solicitara una orden de registro para su casa, aunque Austin sabía que era poco probable que la consiguieran dada su falta de pruebas reales.

—Lo que no entiendo —dijo Lucy— es esto: Maria Del Guado contrata a Wragg para que mate a su marido, pero ¿por qué? ¿Quizá porque ya se estaba viendo con Perry?

Austin se paseaba por el frío pasillo. —No sería la primera vez que una mujer manda matar a su marido para cobrar la indemnización por muerte antes de seguir adelante con su amante secreto.

—Tampoco será la última. Pero esto es lo que no entiendo: Joey Blake y Hammer. ¿Por qué involucrarlos en esto?

Austin le había dado cien vueltas en la cabeza y, aunque no estaba seguro, tenía una teoría. —La grabación. Tengo la sensación de que Vellory quedó con los tres. Quizá uno de ellos quería confesarlo todo o lo que fuera. Recuerda que todos habían estado en el bar esa noche. Así que van a reunirse allí. Wragg sigue a Del Guado, quizá aparca cerca de la playa o de algún modo consigue que pare. Del Guado huye de Wragg y corre *hacia* la playa, donde cree que puede conseguir ayuda. Wragg lo alcanza, le dispara y luego se carga a los otros porque resultaron ser testigos.

—¿Puedo citarle sobre eso? —Era Anna Downey. Se les había acercado sigilosamente sin que se dieran cuenta.

Él se giró. —¡No!

Ella retrocedió un paso. —Estaba *de broma*. ¡Madre mía!

Lucy la miró, con los brazos cruzados. —Nos perdonará que no tengamos la máxima confianza en usted después de lo que ha pasado.

Anna examinó el pasillo con la mirada. —Yo la perdono. ¿Me perdona *usted* a *mí*?

Austin miró a Lucy, que bajó la vista al suelo.

—Yo perdono con facilidad —dijo Austin—. Pero ahora ella tiene que dirigir este departamento, y no creo que vaya a tener usted mucha suerte consiguiendo exclusivas de ella próximamente.

Anna señaló al guardia apostado junto a la puerta de Wragg. Se había sentado y parecía estar quedándose dormido. —¿El culpable está ahí dentro, supongo?

—Sin comentarios —dijo Lucy.

Anna sacó la libreta. —¿Es Wragg, verdad? El tipo que, bueno, ya saben...

Austin apretó los labios.

Dijo Lucy: —No puedo ni confirmar ni desmentir eso. Y puede guardar esa libreta.

Anna frunció el ceño. —¿Qué tengo que hacer para que vuelva a confiar en mí?

Lucy por fin levantó la vista. —Probablemente tiempo.

Un médico con bata blanca se acercó. —¿Alguno de ustedes es Thomas Austin?

—Soy yo —dijo Austin.

—Symone Aoki ha salido de la operación. Pregunta por usted.

36

Sy abrió los ojos de golpe cuando Austin entró en la habitación. Parecía cansada, pero más tranquila, más serena de lo que él la había visto nunca. Al igual que a Austin le había pasado en la policía de Nueva York, a Sy le costaba mucho relajarse fuera del trabajo. Con gente como ellos, pensó, a veces hacía falta una enfermedad o una herida de bala para obligarlos a tomarse un respiro.

—Hola —dijo ella. Su voz era débil, pero parecía completamente alerta. Su pelo negro contrastaba con la almohada blanca y el camisón del hospital.

—Hola —respondió Austin—. ¿Cómo estás?

—Con suerte. La bala no tocó nada importante. Estoy algo aturdida, pero bien. —La cubría una manta fina, pero Austin pudo ver el bulto en el costado derecho, donde le habían vendado la herida.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —preguntó Austin—. He oído lo de tu compañero. ¿Benny?

Cerró los ojos con fuerza. —No debería haberle dejado llegar antes que yo. Le *dije* que se quedara atrás, pero… —Estrujaba la manta con las manos como si escurriera una esponja—. Nunca debí permitirle…

—No puedes culparte —dijo Austin—. Échale la culpa al tipo que está al fondo del pasillo.

Sy abrió los ojos como platos. —¿Está *aquí*?

—Ha sobrevivido. El cabrón tiene a los mejores médicos del estado para mantenerlo con vida. Esposado a la cama, pero disfruta de unas vistas de un millón de dólares, como las tuyas. —Austin descorrió las persianas, revelando los enormes picos cubiertos de hielo de las Montañas Olympic a lo lejos.

—Sí, lo menos que podían haber hecho era darle una habitación con vistas al aparcamiento. —Negó lentamente con la cabeza—. Ojalá hubiera muerto. Sé que no debería decir esto. Sé que se supone que debería querer traerlo vivo, pero…

—Le fallaste al corazón por unos centímetros.

Reflexionó un momento y luego dijo: —Quiero explicarte lo que ha estado pasando. Te lo mereces.

Austin negó con la cabeza. —Puede esperar.

—No. —Con un gran esfuerzo, y haciendo una mueca de dolor, se irguió, consiguiendo enderezarse un poco contra el cabecero—. Ahora que todo ha terminado, deberías saberlo.

Austin acercó una silla y se sentó junto a la cama. —De acuerdo.

—El día que fui al lugar de los hechos contigo y con Ridley… —se detuvo, como si acabara de recordar algo—. ¿Ridley? ¿Es verdad que lo han suspendido?

—Me temo que sí.

Sy cerró los ojos. —Eso también es culpa mía.

—No, no lo es. Él sabía *exactamente* lo que hacía. Podría haber bajado Dios del cielo y decirle que abandonara el caso, y Ridley habría hecho lo que Ridley hace.

Ella sonrió con tristeza. —Pero no habría tenido por qué hacerlo si… —dejó escapar un suspiro de dolor—. Mira, después de ir al lugar de los hechos contigo recibí una llamada.

Su voz era cada vez más baja y Austin se inclinó hacia ella. —¿De quién?

—De una persona cuya llamada *no* puedes rechazar. No puedo decir quién. Me dijo dos cosas. Me habló del escándalo de Vellory que iba a salir en la prensa. Y me dijo que Vellory no tenía nada que ver con los asesinatos. Quería que actuara en consecuencia. Proteger a Vellory y encontrar al verdadero asesino.

Austin sopesó aquello, imaginando que la llamada debía de proceder de un puñado de personas. El secretario de la Marina, alguien de alto rango en el Pentágono, quizá incluso el presidente.

—Era una situación delicada —continuó—. Políticamente tensa. Algo que me superaba. Me ordenaron resolver los asesinatos sin avergonzar demasiado a la Marina y dejar a Vellory al margen. La corrupción de hace treinta años es una cosa. El asesinato es otra muy distinta. Creo que Vellory sabía que estaba acabado. Ya se había sincerado con sus superiores sobre la grabación, lo había confesado todo. Se tomó la decisión de que podía caer por la corrupción, pero como podía demostrar que no era un asesino, bueno, pues cerraron filas.

Austin quiso protestar, pero era consciente de lo frágil que parecía. No daba la impresión de que le quedaran muchas fuerzas para continuar.

Lo miró entrecerrando los ojos. —Resulta que yo también tenía *razón*. Vellory no era el asesino.

—¿Wragg ha dicho algo, ha desvelado algo?

—No, pero mi corazonada es que todo se remonta a la mujer de Del Guado.

Austin sonrió.

—¿Qué?

—Nosotros también hemos llegado a esa conclusión. Ahora mismo hay agentes de camino a su casa. ¿Y a ti, qué te ha dado la pista?

Sy se recolocó el brazo, haciendo una mueca de dolor. —Una corazonada. En cuanto supe que el que disparó fue Wragg, repasé los expedientes. El hecho de que la viuda de Del Guado se volviera a casar tan rápido después de su muerte. —La cabeza se le resbaló por el lateral de la almohada y quedó a apenas medio metro de la cara de Austin—. ¿Cuánto hace que murió tu mujer?

—Casi dos años.

—Y mi marido murió hace cuatro. Pasar página no ha sido fácil. —Su voz se había suavizado—. Imposible que yo pudiera pasar página como lo hizo la señora Del Guado.

—Yo tampoco —dijo Austin.

El brazo de Sy se deslizó por el borde de la cama y aterrizó en la pierna de él. Le apretó la rodilla; fue el apretón más débil y ligero que había sentido jamás.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de pasar página? —le preguntó ella. Tenía los ojos cerrados y la voz adormilada.

Austin bajó la voz también. —Nunca pasaré página, pero la vida *sigue*. Intentaré seguir con ella. No hay otra opción.

—¿Cuál es la alternativa, no? —Le cogió la mano y tiró de ella con suavidad.

Él se inclinó hacia ella.

Ella lo besó una vez, tan suavemente que fue casi como si no hubiera sucedido.

Pa, pa, pa.

Austin se irguió de golpe y le soltó la mano.

Disparos.

Oyó un alboroto en el pasillo. —Espera aquí.

Salió corriendo y cerró la puerta de la habitación de Sy tras de sí. Miró a ambos lados del pasillo y vio al guardia de seguridad que había estado apostado frente a la puerta de Wragg. Corría por el pasillo como si persiguiera a alguien, pero la persona a la que perseguía estaba fuera de su vista.

Austin corrió por el pasillo y asomó la cabeza en la habitación de Wragg. Un médico estaba de pie junto a él, con la boca abierta. Estupefacto.

Una enfermera sollozaba, con las manos en la boca.

El cuerpo de Wragg yacía inmóvil, con las muñecas todavía esposadas a los barrotes metálicos de la cama del hospital.

Masa encefálica y sangre cubrían la almohada y el cabecero. Le habían volado media cabeza.

PARTE III

SÉ MALO, PERO EN EL BUEN SENTIDO

37

A Austin le llevó veinte minutos reconstruir lo que había sucedido.

Mientras hablaba con Sy, un hombre había entrado en el hospital y había subido tranquilamente un tramo de escaleras hasta la segunda planta. El guardia de seguridad en la puerta de la habitación de David Wragg estaba distraído. El hombre pasó corriendo, le disparó a Wragg en la cabeza y después huyó. El guardia lo persiguió, y a él se unieron dos agentes que casualmente patrullaban por los alrededores del hospital.

Al tirador lo esperaba un coche fuera, conducido por otra persona, y escaparon, perseguidos por los agentes. Por lo que sabía Austin, la persecución seguía en marcha. Lucy y Jimmy estaban colaborando con la seguridad del hospital para revisar las grabaciones de vigilancia, pero, según los testigos, el tirador era un hombre de estatura media que llevaba una gorra de béisbol y una máscara, por lo que no pudieron describir mucho sus rasgos.

Con descripción o sin ella, Austin creía saber de quién se trataba. Aun así, no podía hacer nada. Nada más que esperar.

Tras decirle a Sy lo que había pasado y convencerla para que volviera a dormirse, bajó a la cafetería del hospital, donde encontró a Anna tecleando en su portátil mientras sorbía un batido verde de una botella de plástico.

Debió de verlo acercarse porque, sin levantar la vista, preguntó:

—¿Volvemos a ser amigos?

—De momento —dijo Austin, mordiendo una manzana—. ¿Por qué sigues aquí?

—No sé. Me gusta estar donde está la acción. Algo me decía que el día aún no había terminado. Resulta que tenía razón. ¿Se sabe algo del tirador?

Austin negó con la cabeza.

—¿Has visto cómo ha sido?

—No, estaba aquí abajo. Pero oí a un par de enfermeras hablar de ello. ¿Tú qué crees?

Austin frunció el ceño.

—¿De verdad crees que voy a hacer comentarios para la noticia que supongo que estás escribiendo?

Ella cerró el portátil.

—Me parece justo. Una ofrenda de paz: estaba investigando a Maria Del Guado y a su marido, Perry. Perry tiene una pequeña cadena de gimnasios, tres o cuatro en total, ¿verdad?

Austin asintió.

—Su gimnasio cuenta con el respaldo de un ex-Navy Seal y está dirigido a la gente que busca un entrenamiento extremo —lo miró por encima de la botella mientras se terminaba el batido—. En la página «Quiénes somos» de su web, dice que la dirección del gimnasio consulta con un ex-Navy Seal para cada máquina y para su clase de ejercicios estrella, *Hell Week Daily*. Supongo que es algún tipo de ejercicio extremo.

—¿Y estás pensando que Davey Wragg es su asesor?

Anna asintió.

Austin lo sopesó, intentando parecer menos interesado de lo que estaba. Aparte de la palabra «Addie» gritada al viento en una grabación que probablemente nunca volvería a escuchar, esa era la mejor prueba que tenía de una conexión entre Maria, Perry y Davey Wragg.

Anna sonrió.

—Por tu cara, sé que estás de acuerdo, pero no quieres decirlo. No se te da nada bien poner cara de póquer, neoyorquino.

—Tengo otras pruebas que conectan a Wragg con Maria y Perry. Pero… —vaciló.

—Extraoficialmente —empujó el portátil cerrado hacia el centro de la mesa—. Te lo juro. Quiero resolver esto tanto como tú.

—Si Maria y Perry contrataron a Wragg para que matara a Adam Del Guado, ¿no parece una maldita y enorme coincidencia que sucediera la misma noche que Vellory organizó la reunión de los hombres en la playa?

—Puede —dijo Anna—. Pero las casualidades ocurren a todas horas. También es posible que Maria y Perry contrataran a Wragg y que él eligiera esa noche en concreto porque sabía que Adam estaría en el Bluff. Nadie oiría los disparos.

—Es una posibilidad, desde luego —contestó Austin—, pero sigo sintiendo que nos estamos perdiendo algo.

—Quizá, pero… ¿en qué estás pensando? Se te pone una mirada rara en los ojos cuando tienes una idea.

Lo había calado. Tenía una idea.

—Me debes una, ¿verdad?

Anna vaciló. —A ver, *sí que* me disculpé hasta la saciedad.

Austin la miró fijamente. —Pero sigues en deuda conmigo y, lo que es más importante, con Lucy.

—No la metas en esto.

Austin deslizó el portátil hacia ella. —¿Cómo de rápido puedes escribir un artículo?

—Muy rápido, pero ¿qué tienes en mente?

Lo observó; su ceño se fruncía en la misma medida en que la sonrisa de él se ensanchaba.

—Austin, ¿qué?

Él dijo: —¿Has oído hablar de «agitar el árbol del sospechoso»?

—No.

—Lo vas a odiar. Consiste en filtrar una historia a los periódicos, o en internet, solo para ver cómo reacciona un sospechoso. Un engaño.

Anna negó con la cabeza. —Ni de coña. De ninguna manera.

—Anna.

—¡No! Eso es desinformación. A lo mejor podías usar así a los tabloides de Nueva York, pero yo no…

—Anna, por favor, escúchame. No tendrías que *publicarlo* de verdad. Redactas un artículo rápido —yo te daré los puntos principales— y se lo envías a Vellory para que haga algún comentario. Lo único que tienes que hacer es convencerlo de que es real, de que va a salir a la luz y que le pides que haga un comentario al respecto. Y entonces vemos qué hace.

Anna seguía mostrándose escéptica. —¿Sabes que podrían despedirme por esto, verdad?

Austin asintió.

—¿No deberíamos hablar con Lucy? —preguntó ella.

—En absoluto. No permitiría que esto pasara.

Ella arrugó la nariz mirándolo. —¿Es este uno de esos momentos de *«cuando hay vidas en juego, yo pongo las reglas»*?

—No vas a olvidarte de eso nunca, ¿verdad?

Ella sonrió con suficiencia. —Probablemente no.

—Bueno, en este caso no hay vidas en juego. Pero tres hombres de la Marina fueron asesinados a sangre fría y abandonados para que se pudrieran en una marisma. No sé tú, pero yo no dormiré tranquilo hasta que sepa toda la historia.

Ella abrió el portátil y dejó escapar un suspiro largo y lento. —Tú y yo nos parecemos mucho.

Sonó el teléfono de Austin. Era Lucy. —¿Diga?

Su voz denotaba entusiasmo. —Hemos casi atrapado al tirador. A Perry. Debió de enterarse del arresto de Wragg y quería silenciarlo.

—Genial —dijo Austin—. ¿Qué significa ese «casi»?

—Se ha parado en el puente de Tacoma Narrows. Está al otro lado de la barandilla y amenaza con saltar. Jimmy y yo vamos para allá. ¿Dónde estáis?

—En la cafetería con Anna. ¿Te parece bien si la traigo?

—Vale, pero nos deberá una muy gorda.

Austin se levantó. —Ah, probablemente nos haga un favor en el futuro. —Terminó la llamada—. Vámonos.

—¿De qué iba eso? —preguntó Anna.

—Coge el portátil. Parece que estás a punto de conseguir otra exclusiva.

38

Una cálida lluvia de verano había comenzado a caer mientras estaban en el hospital.

Anna le lanzó a Austin las llaves de su todoterreno. —Conduce tú. Yo escribo. Creo que sé lo que tienes en mente, pero...

—No te preocupes —dijo Austin, subiéndose de un salto al asiento del conductor—. Tengo los puntos clave.

Salieron a toda velocidad del aparcamiento del hospital, con los limpiaparabrisas a máxima potencia y los neumáticos levantando el agua de los charcos. —¿El puente está a unos veinte minutos? —dijo Austin—. ¿Será tiempo suficiente para escribirlo?

Anna sacó su portátil. —Escribo rápido. Dame lo esencial.

Austin le dio cinco o seis puntos principales mientras Anna tomaba notas, y luego ella le dijo que se callara para poder concentrarse.

Austin zigzagueó entre el tráfico tan rápido como pudo sin ser temerario. Deseó que Lucy estuviera al volante. Se había acostumbrado a conducir en Nueva York, donde el tráfico era mucho peor y rara vez se salía a carretera abierta. Aquí había más espacio, lo que hacía que conducir fuera a la vez más fácil y más difícil. Más fácil porque podías llegar más rápido a tu destino, pero más difícil porque serpentear entre el tráfico a sesenta millas por hora le daba a uno muchas más oportunidades de meter la pata.

Cuando estaban a un par de minutos del puente, Anna levantó la vista, estudió la pantalla un momento y dijo: —El objetivo de esto es ver cómo reacciona, ¿verdad?

—Exacto. ¿Qué tienes?

—Que quede claro: nunca publicaría esto, y va en contra de todos mis principios.

Austin asintió.

—Solo hago esto porque creo que es culpable hasta la médula.

—Y que me debes una —señaló Austin.

—Y eso también.

Anna se aclaró la garganta y leyó.

David Wragg, posible autor de la masacre del Día de los Caídos, asesinado en el hospital. El sospechoso está fugado. Se investiga a un almirante de alto rango como cómplice en el triple homicidio

En una sorprendente sucesión de acontecimientos en la investigación sobre el triple homicidio que tuvo lugar el Día de los Caídos de 1992, el presunto autor de los disparos, Davey Wragg, residente de Hansville, ha sido asesinado hoy, apenas unas horas después de su detención.

La policía aún no ha verificado la identidad del asesino, aunque fuentes cercanas al caso creen que se trata de Perry Diaz, el actual marido de Maria Del Guado, viuda de uno de los fallecidos, Adam Del Guado.

Además, múltiples fuentes del Departamento del Sheriff de Kitsap afirman que Wragg no actuó solo. «Las pruebas de dominio público ya han relacionado a los tres fallecidos con el sonado caso de fraude y sobornos durante la Operación Tormenta del Desierto», afirmó una fuente. «Ese escándalo, orquestado por el almirante Tom Vellory, bien podría estar relacionado con sus muertes».

Otra fuente fue aún más lejos. «El almirante Vellory es sospechoso en nuestra investigación de asesinato en este momento. Creemos que pudo haber participado en los asesinatos para encubrir sus otros delitos».

Dejó de leer y lo miró. —¿Y bien?

Austin repasó mentalmente el artículo. La verdad era que era perfecto. Pero algo en su interior sabía que enviarlo violaba una docena de reglas y directrices éticas, tanto en la profesión de Anna como en la suya.

La ironía no se le escapaba. En los días posteriores al hallazgo de las medallas y los huesos en las marismas, la Armada, y quizás la propia gente de Vellory, habían inundado internet con desinformación para tratar de sembrar la confusión. Ahora, él y Anna iban a difundir un poco de desinformación por su cuenta.

Dijo: —Si eso no llama su atención, no sé qué lo hará.

—¿Lo envío?

Austin agarró el volante con fuerza. Estaban a una milla del puente aproximadamente cuando vio un mar de luces de freno rojas frente a él. —Envíalo. — Todo el tráfico que se dirigía hacia el puente parecía haberse detenido. No iban a acercarse más.

Esperó hasta oír el *whoosh* de su correo saliente y entonces dijo:

—Gracias, Anna. Sé que no querías hacerlo. Yo tampoco. —Paró en el arcén de la autopista—. ¿Te apetece correr un poco bajo la lluvia?

Se bajaron del coche y, pegados al muro que bordeaba la autopista, empezaron a correr hacia el puente. Al cabo de un par de minutos, la lluvia le caló la ropa a Austin hasta los huesos y se mezcló con su sudor.

En un día despejado de verano, el puente de Tacoma Narrows era uno de los más bonitos que Austin había visto jamás. Se trataba de un conjunto de puentes colgantes gemelos que cruzaba el estrecho de Tacoma Narrows sobre el Puget Sound y conectaba la ciudad de Tacoma con la península de Kitsap.

A medida que se acercaban, primero vio las luces en lo alto del puente y luego el resto fue apareciendo poco a poco. No se parecía en nada al pintoresco puente del que se había enamorado.

De noche, bajo el fuerte aguacero, con las luces parpadeantes por todas partes y el tráfico detenido, parecía una zona de guerra o la escena de un crimen.

39

La escena era caótica, pero en el centro del puente reinaba una extraña calma. Los coches se habían detenido en ambos carriles, pero se había establecido un pequeño perímetro cerca del centro del puente: tres ambulancias y un círculo de sanitarios y agentes.

Austin distinguió el pelo rojo de Lucy, húmedo e iluminado por las luces del puente. Estaba de pie a un metro aproximadamente de la barandilla, en el borde del puente.

Siguió la mirada de ella hasta Perry, que se había encaramado al otro lado de la barandilla. Con un brazo se aferraba a ella. En la mano libre sostenía una pistola. Austin se había enfrentado a dos intentos de suicidio en su vida. En el primero, había conseguido que la mujer siguiera hablando el tiempo suficiente como para que se lo pensara mejor y bajara de la azotea. El otro lo había perdido.

Este no era su responsabilidad, pero lo sentía con la misma intensidad.

Poniéndose a su lado, le preguntó:

—¿Cuál es la situación?

Ella señaló a una sanitaria que llevaba una chaqueta amarilla.

—Es buena. Está especializada en esto.

Con el estruendo de la lluvia al golpear el metal del puente y salpicar por todas partes, Austin no podía oír lo que decía, pero parecía estar conversando con Perry. Tenía ambas manos levantadas

y estaba a solo unos metros de él. A su alrededor, otros cuatro estaban preparados. Escuchando. Esperando.

Lucy dijo:

—Hace veinte minutos, ha pedido ver a Maria. Ha dicho que saltaría si no aparecía. Nos ha dado su número de móvil y ahora mismo un agente la está escoltando hasta aquí.

Austin se sorprendió.

—¿No era ella quien conducía cuando se fugó del hospital?

—El conductor ya está bajo custodia. Jimmy está con él. Parece que no sabía lo que pasaba. Es un adolescente que trabaja en uno de los gimnasios de Perry. Afirma que Perry le dijo que iba a visitar a su madre enferma en el hospital.

Aquel dato le revolvió el estómago. Durante el resto de su vida, ese chaval tendría que vivir con el hecho de haber sido cómplice involuntario de un asesinato. Austin echó la cabeza hacia atrás y dejó que la lluvia le azotara la cara. Podía distinguir las gotas individuales mientras caían hacia él, moviéndose muy ligeramente con el viento e iluminadas por las potentes luces del puente.

—¿Ha admitido Perry haber matado a Wragg? —preguntó.

Lucy negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. Ya sabíamos que fue él, pero hemos obtenido confirmación del hospital. Es él quien sale en las cámaras de vigilancia. Tenemos su coche llegando, marchándose. Es un caso abierto y cerrado. El maldito guardia de seguridad fue tan útil como… —suspiró—. Estoy demasiado cansada para pensar en una analogía.

Se giró y Austin siguió su mirada. Un agente escoltaba a Maria Del Guado por el puente. Llevaba vaqueros negros y una camiseta de los Seahawks azul y verde bajo un chubasquero amarillo. Su rostro estaba hinchado y pálido, como si llevara días sin dormir.

Mientras el agente la conducía hacia la barandilla —a la que Perry seguía aferrado, con el rostro desesperado—, las rodillas de Maria se doblaron. Casi se desplomó o, al menos, lo fingió. Había engañado a todo el mundo durante treinta años y Austin ya no podía creerse ni una sola cosa de las que decía o hacía.

Apoyándose en el brazo del agente, se dirigió hacia la barandilla.

Austin y Lucy avanzaron lentamente, intentando acercarse lo suficiente para oír.

—Purr, no hagas esto —dijo Maria, con una voz más enfadada de lo que Austin había esperado—. Ven aquí.

Le tendió la mano, pero Perry se apartó.

—Díselo.

Maria miró a los sanitarios y luego a Austin y a Lucy. Él no estaba seguro, pero no parecía recordarlos. O, si lo hacía, sus ojos no delataron nada.

—Vuelve a este lado de la barandilla, cariño. Podemos arreglar esto.

La voz de Perry temblaba. Su pelo castaño estaba empapado y el agua le corría por la cara, mezclándose con las lágrimas.

—Diles lo que me obligaste a hacer.

Maria se echó hacia atrás.

—¡Díselo o salto! —Su voz fue un aullido desgarrado que se impuso al viento y a la lluvia.

Lucy avanzó unos centímetros.

—Cuéntenoslo, Maria.

Maria se giró, miró a Lucy y luego de nuevo a Perry. Se acercó a la barandilla y se asomó al vacío, como si estuviera sopesando algo. Había una caída de sesenta metros hasta unas aguas oscuras y turbulentas.

Austin se preguntó si estaría pensando en lo que la caída le haría a su marido o si estaba considerando saltar ella misma. Finalmente, Maria retrocedió un paso, cerró los ojos y empezó a hablar. —Nos has jodido pero bien, Purr. —Mientras continuaba, se apartaba mechones de pelo mojado como si de alguna manera pudiera deshacer los efectos del aguacero—. Perry y yo empezamos a vernos cuando Addie aún vivía. Addie era un *maltratador*. Me contó lo que él y sus colegas hicieron en Irak, y luego me pegaba y me hacía prometer que no se lo contaría a nadie. —Escupió de repente, con violencia, y sus siguientes palabras salieron más como un siseo—. Se *merecía* lo que le pasó. —Serenándose, continuó—: Perry y yo lo planeamos. Perry conocía a Davey Wragg. Lo organizaron todo. Yo les avisaría cuando Addie se fuera a beber a Hansville y ellos se

encargarían del resto. Queríamos la paga por fallecimiento de la Marina para poder abrir el primer gimnasio. —Miró a Lucy a los ojos —. Le juro que no tuvo nada que ver con Joey o Hammer. Esos otros dos… —Se dobló por la mitad de repente, sollozando.

Austin ya había visto esto antes. El peso de arrastrar una mentira enorme a veces hacía que la gente enfermase físicamente. Y a veces el alivio de contar la verdad era tanto emocional como físico.

—¿Y qué hay de Vellory? —preguntó Lucy.

Tardó un momento en recomponerse. De nuevo, intentó arreglarse el pelo, pero llovía con tanta fuerza que sus esfuerzos no servían de nada. —Apenas sabía quién era Vellory. O sea, sabía que era su comandante. Sabía que era el cabecilla de las cosas que hicieron en Irak.

—¿Pudo tener algo que ver con Hammer y Blake? —preguntó Lucy.

—Le juro que no sé qué les pasó a esos hombres. Siempre pensé que quizá Davey los mató también, pero no lo sé. Se suponía que solo era Addie.

Maria miró a su marido.

Austin creía que Maria decía la verdad. No sabía nada más sobre Vellory. Pero por la expresión de Perry, Austin supo que él sí.

40

Perry soltó la pistola y la vio caer en la oscuridad. Había demasiado ruido para oír el chapoteo cuando desapareció en el agua de abajo.

Rodeó la barandilla con el otro brazo y luego asintió a algo que le dijo el sanitario de la chaqueta amarilla. Se acercaron otros dos y Perry dejó que le pasaran una cuerda por debajo de los brazos y alrededor de la espalda, asegurándolo a la barandilla.

Parecía que estaba dispuesto a que lo salvaran, pero todavía no a volver al otro lado de la barandilla.

Austin y Lucy se abrieron paso hacia delante.

A pesar de la lluvia y del aullido del viento, Austin oyó la confesión de Perry como si el hombre le estuviera susurrando al oído.

—Davey y yo lo teníamos todo planeado. Le daríamos ocho mil dólares de la prestación por fallecimiento de la Marina cuando la recibiéramos. Maria me daría luz verde, Davey esperaría a que saliera del Watering Hole y haría el trabajo. Como he dicho, estaba *todo* planeado. Unos días después, Davey vino a verme con una propuesta. —Los labios de Perry temblaron—. Juro que no lo contraté para que matara a los otros dos. Hizo una larga pausa, luego se recompuso lentamente y continuó. —Davey dijo que había llegado a un acuerdo aparte. Haría el trabajo por solo dos mil pavos, pero teníamos que darle información. Quería saber no solo cuándo

iba Adam al Watering Hole, sino también cuándo se iba a reunir con Hammer y Joey. Le pregunté por qué. Me dijo: «No te preocupes. Alguien más quiere quitar de en medio a los otros dos». Yo necesitaba esos seis mil pavos extra. O al menos eso creía. Le pedí a Maria que me dijera cuándo iba Adam a reunirse con los otros. Ella me lo dijo. Yo se lo dije a Davey. Y eso es todo lo que sé de lo que pasó.

De algún modo, Davey había conocido a Tom Vellory treinta años atrás. Y, por una casual confluencia de maldad asesina, Vellory había estado conspirando para eliminar a sus tres hombres por la misma época en que Maria y Perry planeaban matar a Adam Del Guado.

Maria estaba ahora sentada en la calzada, con la cabeza entre las manos, probablemente haciéndose a la idea de que iba a pasar entre veinte años y toda la vida en la cárcel.

Mientras Perry dejaba que lo arrastraran al otro lado de la barandilla, Anna tocó el brazo de Austin.

—Echa un vistazo a esto.

Austin había estado tan absorto en la confesión de Perry que casi se había olvidado de dónde estaba. Se volvió.

Anna sostenía su móvil en alto, protegiéndolo de la lluvia con la otra mano. Vellory había respondido a su artículo falso. Se apiñaron junto a una de las ambulancias, resguardándose de lo peor de la lluvia, que ahora caía de lado.

Estimada Sra. Downey:

Hable con su redactor jefe. Acabo de conseguir que la despidan. Me ha asegurado que usted nunca habría hecho algo tan estúpido por su cuenta. Así que, ¿quién la ha metido en esto? ¿Alguien del NCIS, alguien de la oficina del sheriff?

—¿Crees que miente? —preguntó Anna.

Austin lo dudaba.

—Lo siento, yo…

Ella se quedó pensando un momento.

—Al diablo. De todos modos, era un trabajo de mierda, y la exclusiva de verdad que publiqué sobre Vellory fue mi artículo más leído, a pesar de que los grandes periódicos sacaron la misma noticia al día siguiente. Ahora tengo muchas ofertas. ¿Le respondo?

Austin dijo:

—Dile que he sido yo.

—Su mensaje llegó hace solo dos minutos. Tengo un número de su casa en el que le dejé una docena de mensajes cuando estaba investigando la historia original sobre su corrupción.

—Por intentarlo no se pierde nada —dijo Austin.

Mientras Anna marcaba, el viento arreció, silbando y aullando. Austin creyó sentir que el puente se balanceaba bajo sus pies. Recordó las fotos que había visto de 1940, cuando el puente se había tambaleado violentamente en una tormenta de viento y se había derrumbado. Afortunadamente, lo habían reconstruido mucho más fuerte. La única víctima del derrumbe había sido un perro llamado Tubby. Pensó en Run y deseó estar en casa con ella.

Anna dio un chasquido con los dedos para llamar su atención. Vellory había respondido.

Se agachó, apretándose el teléfono contra la oreja para que Austin solo pudiera oír su parte de la conversación. —Thomas Austin —dijo—. Sí, eso es. La noticia habría salido de todas formas... Sí, ya sé que he sido la primera en publicarla, pero el *Times* y el *Post* también la tenían. No le quepa duda de que iban a sacarla, simplemente me les he adelantado... Sí, sí. *Thomas Austin*... Vale, le pregunto. Espere un momento.

Silenció el teléfono, comprobó los alrededores y luego se inclinó hacia él. —Dice que quiere reunirse contigo. Esta noche. A solas.

Austin ladeó la cabeza, pensativo. —¿Por qué?

—Le han cancelado los contratos para el libro y la televisión. Cada día surgen nuevas historias sobre su corrupción. La confesión de Perry lo implica, aunque él aún no lo sabe. La suya ya apuntaba a ser una de las peores caídas en desgracia de una figura militar estadounidense importante de todos los tiempos. Supongo que sabe que también le van a pillar por los asesinatos.

—Vale, en eso estoy de acuerdo, pero ¿por qué querría hablar conmigo?

Anna lo sopesó. —Sinceramente, no tengo ni idea. Pero ¿cómo vas a negarte?

Austin asintió y Anna volvió a ponerse al teléfono. —Estará allí en una hora.

Cuando colgó, Austin dijo: —¿Vas a venir?

—Ha dicho «a solas».

Austin se apoyó en la ambulancia. —Lo que debería hacer ahora mismo es ir a contárselo a Lucy. Lo del artículo falso. Lo de la llamada. La reunión. Dejar que ella decida qué hacer.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

Austin miró más allá de los coches, más allá del puente, más allá de donde las luces dejaban de golpear las gotas de lluvia, hacia una oscuridad que se cernía sobre el agua como la muerte. La verdad era que no sabía la respuesta.

No había una buena respuesta.

Pero algo en su interior sabía que tenía que llegar hasta el final.

Austin se despidió de Lucy, que estaba colaborando con los sanitarios y los agentes para prestarles a Perry y a Maria atención médica básica antes de, presumiblemente, llevarlos a comisaría para interrogarlos, ficharlos y encarcelarlos.

Anna le dijo que otro reportero que acababa de llegar al lugar la llevaría a casa. Le dio sus llaves y le ofreció un apretón de manos demasiado formal. —Si pasa algo interesante, me quedo con la exclusiva, ¿de acuerdo?

—Trato hecho —dijo Austin—. Al fin y al cabo, acabo de costarte el puesto.

Se despidió y emprendió la caminata de casi dos kilómetros de vuelta al todoterreno de Anna, pero al pasar junto al coche patrulla de Lucy, se detuvo. Al ver que no tenía el seguro puesto, abrió el maletero y cogió prestado un chaleco antibalas.

Llevaba su pistola encima todo el día y dudaba mucho que la necesitara. Aun así, no tenía ni idea de lo que Vellory tramaba, y desde luego no iba a presentarse sin estar preparado.

41

La casa de Vellory estaba a oscuras, excepto por un resplandor anaranjado que provenía del despacho del segundo piso. Austin bajó del coche y el crujido de sus pisadas sobre el aparcamiento de grava sonó con fuerza.

Durante el trayecto desde el puente, había dejado de llover, pero el aire estaba cargado y la noche era oscura, como si la tormenta se estuviera tomando un simple respiro antes de desatar su furia de nuevo.

—Thomas *Austin*. Era de esperar que fuera usted.

La voz, que provenía del porche, lo sobresaltó. Austin se detuvo en el último escalón mientras Vellory, que había estado sentado en una vieja mecedora de madera, se ponía en pie.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Austin.

—Entre y se lo explicaré. Todo.

Al final de la escalera, Austin se detuvo, esperando a que Vellory abriera la puerta. Durante un buen rato, este se quedó allí, inmóvil. De repente, Vellory se giró, agarró a Austin por la muñeca y se la retorció a la espalda. Con el mismo movimiento, Vellory desenfundó la pistola de Austin, que este llevaba en la cadera derecha. Tras soltarle la muñeca, Vellory arrojó la pistola a los arbustos, lejos del porche. —Fui el mejor en combate cuerpo a cuerpo de la Marina durante mucho tiempo —dijo.

Austin se recompuso y dio un paso atrás. —Veo que no ha perdido la maña.

—No se preocupe —dijo Vellory—. Si hubiera querido matarlo, le habría disparado desde el porche. Pero no podía permitir que entrara con un arma en mi casa. Mi mujer está durmiendo.

Vellory había sido rápido, sobre todo para su edad. Y había pillado a Austin desprevenido. A pesar de que Vellory era claramente capaz de matar, Austin no se había sentido especialmente preocupado. Al fin y al cabo, Vellory lo había invitado a su casa. Y probablemente ya sabía que tanto la policía local como la propia Marina venían a por él. Matar a Austin no serviría de nada para detener la avalancha de desastres que se le venía encima.

Vellory encendió una luz del porche y Austin vio que llevaba puesto el uniforme de gala. Chaqueta de color azul marino —cruzada, con seis botones dorados— y pantalones de lana a juego. La camisa era de un blanco impoluto que contrastaba con la corbata negra anudada con un nudo simple. Llevaba el pelo perfectamente peinado, como si se lo hubieran cortado ese mismo día.

Todo en su aspecto era inmaculado, excepto su expresión. Lucía su habitual sonrisa confiada, casi arrogante, pero bajo ella había un cansancio que no podía ocultar. Un cansancio, pensó Austin, que solo puede provenir de pasar décadas fingiendo ser algo que no eres.

Austin lo siguió escaleras arriba. Se fijó en que Vellory caminaba en silencio, como si intentara no despertar a su mujer. A pesar de todo, intentaba ser considerado.

Cuando cerró la puerta del despacho tras ellos, le ofreció a Austin una silla de cuero frente a un gran escritorio de roble. Austin se sentó.

Vellory ocupó la silla del otro lado. —Probablemente se pregunte por qué lo he invitado aquí.

Austin inspeccionó la habitación, que estaba vacía salvo por ellos dos. —No voy a negar que me ha sorprendido. ¿De verdad consiguió que despidieran a Anna Downey?

Vellory asintió. —Hay algo que enseñé a mis hombres de lo que nunca hablé en público. Si te encuentras en inferioridad numérica,

superado en armamento, y tienes la certeza de que vas a caer, llévate por delante a tantos enemigos como puedas. Kamikaze, lo llamaban los japoneses. Podrías llamarlo valiente, o heroico, pero no es más que una forma más eficiente de dirigir una unidad. Pone en menor riesgo la vida de otros hombres. —Hizo una pausa—. Anna Downey contribuyó a mi caída. Ella ganó. Pero no estaría cumpliendo con mi deber si no me la llevara por delante en mi caída. Podría salvar a otro gran hombre de un destino similar.

Austin decidió ignorar el hecho de que acababa de referirse a sí mismo como un *gran hombre*. —Ella no es su enemiga, ni tampoco yo. Todo lo que queríamos era averiguar qué les ocurrió a Adam Del Guado, a Jack Hammeron y a Joey Blake. Esos tres hombres merecen justicia.

El dolor se unió al agotamiento en el rostro de Vellory. —La merecen.

Algo en la forma en que lo dijo hizo pensar a Austin que lo creía de verdad. —¿Qué hago aquí?

Vellory buscó algo en un cajón abierto a su derecha. Austin se estremeció, a punto de salir disparado hacia la puerta.

Era una pila de carpetas.

Vellory las deslizó sobre el escritorio. —Más pruebas de mis crímenes. Todo lo que ya ha salido a la luz es una fracción de lo que hice. Está todo aquí.

Austin ojeó unas cuantas páginas. Recibos, facturas, cartas, todo fechado entre 1988 y 1997. Era demasiado para asimilarlo. Parecían auténticos, pero llevaría días o semanas revisarlo todo. Posiblemente más tiempo averiguar qué significaba.

—¿Por qué? —preguntó Austin—. ¿Por qué me da esto?

—El departamento del sheriff de Kitsap tiene una orden de arresto contra mí. Vendrán mañana por la mañana. No parece que tengan aún ninguna prueba sólida, pero no pienso quedarme por aquí mientras la buscan.

Austin se puso rígido, se enderezó y clavó la mirada en los ojos azul pálido de Vellory. —¿Qué quiere que haga con estos papeles?

—Hágales fotos a todos. Envíeselas a su amiga Anna.

Austin se quedó de piedra. —¿No puede hablar en serio?

—Esos documentos demuestran que todas las historias sobre mí son ciertas. Y lo que es más importante: demuestran que la Armada no tuvo *nada* que ver en el asunto. —Se cruzó de brazos—. Por favor, ahora mismo. Antes de que cambie de opinión.

Austin pensó en Anna. Tras haber perdido el trabajo, probablemente no había nada que le apeteciera más que un tesoro de documentos que le aseguraría su puesto como la principal fuente de noticias en una de las historias más importantes del mundo.

—Voy a coger el móvil —dijo Austin—. Esto podría llevar un rato.

42

Dos horas después, a Austin empezaba a dolerle la muñeca de tanto hacer fotos, adjuntarlas a correos electrónicos y enviárselos a Anna.

Ella había intentado llamarlo después de que le llegaran los primeros mensajes, pero Vellory insistió en que no contestara. Cuando Austin hubo enviado el último correo, le deslizó los documentos a Vellory por la mesa.

El almirante no le había quitado ojo en todo ese tiempo, con una expresión que había pasado de la placidez al dolor y de nuevo a la placidez una docena de veces. —¿Sabe qué más contienen estos documentos? —preguntó Vellory—. Demuestran que obligué a mis hombres a secundarme en mis crímenes, incluidos Del Guado, Hammeron y Blake. Yo *los* obligué a hacerlo.

—¿Amenazaron con confesar y por eso los mandó matar?

Vellory dejó escapar un largo suspiro. —En aquel momento creí que mi importancia para la Armada, para los Estados Unidos, valía las vidas de esos tres hombres. No me equivocaba, aunque lo que hice estuviera mal. Así que le pagué a ese capullo grasiento de Wragg. —Hizo una pausa y cogió un pisapapeles de la mesa, una pieza de cristal con forma de granada—. Sé malo, pero para hacer el bien. Eso es lo que la gente corriente nunca entenderá de lo que hacemos los hombres como yo. Cometemos grandes crímenes al servicio de un bien mayor. En eso consiste la guerra.

—Usted no estaba en guerra con Hammer, Del Guado o Blake. Eran *sus* hombres.

Golpeó el pisapapeles contra la mesa y lo partió en dos. —¡Iban a delatarme solo por ser *honestos*! Si me hubieran hundido en 1992, Estados Unidos se habría debilitado. Como resultado, habrían muerto más hombres. La segunda guerra de Irak, Afganistán… He salvado más vidas de las que he arrebatado.

—Esa es una lógica retorcida que nunca entenderé.

—No, Thomas Austin. No la entenderá.

—Me crie en el entorno de la Armada. Conozco a gente que la ama, y al país, tanto como usted dice amarlos. Jamás habrían hecho lo que usted hizo.

—Nunca tuvieron mi poder —ladró Vellory—. Mi responsabilidad. Y sé que se crio en el entorno de la Armada.

Aquello pilló a Austin por sorpresa. —¿A eso se refería cuando dijo que era apropiado que fuera yo? ¿Un niño de la Armada que nunca sirvió, hundiendo a uno de los almirantes más queridos de Estados Unidos?

—Me pareció reconocer el apellido Austin cuando estuvo aquí con ese detective. Conocí a su madre. —Su tono era susurrante, lascivo.

Austin se quedó helado. Había cogido lo que había descubierto sobre su madre y el capitán Garrison y lo había metido en el cajón de *no abrir* de su mente. De repente, todo volvió a él, junto con docenas de recuerdos que apenas sabía que estaban ahí. Cenas frías y silenciosas entre sus padres. Dormitorios separados. Comentarios mordaces de su padre que había sido demasiado joven para entender.

Parpadeó, intentando recuperar la concentración. —¿Y qué?

—Estuve dos años en San Diego. El noventa y seis y el noventa y siete, creo. —Esperó a que Austin lo mirara a los ojos—. Los tíos de esa base se pasaban a su madre como a una puta tunecina.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Austin se levantó de un salto y se abalanzó sobre el escritorio.

Vellory fue igual de rápido. Mientras Austin lo agarraba por el cuello de la camisa, sintió algo duro presionándole el vientre. Bajó la vista mientras amartillaba el puño.

—No lo haga —dijo Vellory. Le apuntaba al estómago con una pistola.

Austin levantó las manos y, lentamente, volvió a sentarse en la silla.

Vellory se relajó, sosteniendo la pistola justo por encima de la mesa, con el dedo en el gatillo. Era una calibre 45 niquelada, similar al arma preferida del propio Austin. —¿No se dedicaba su padre a limpiar nuestros barcos o algo así?

—Era contratista —dijo Austin, con un tono más defensivo de lo que esperaba—. Se dedicó a limpiar y reparar buques para la Armada durante cuarenta años.

Vellory se rio. —Era un completo ingenuo. Todo el mundo se burlaba de él.

Austin no dijo nada.

—Aunque, si pienso en su madre…, de lo único que me arrepiento, ahora que lo pienso, es de no habérmela beneficiado. —Sacudió la cabeza, con sus ojos azul pálido clavados en Austin como si midiera su reacción.

Austin le sostuvo la mirada. —¿Habla usted de honor y de patria? Lo único que hace es honrarse a sí mismo. Sus libros, sus apariciones en televisión. Todo.

Vellory no dijo nada.

Austin continuó: —Y si ya ha terminado de darse autobombo por un momento, ¿qué tal si pasamos al motivo por el que estoy aquí de verdad?

—Usted está aquí como un conducto. Para que se sepa la verdad. Para mí es importante marcharme con honor, dejar a la Armada impoluta.

Austin quiso explicarle por qué eso era imposible. Los delitos que Vellory había cometido y que había obligado a cometer a sus hombres habían puesto en evidencia a la Armada y debilitarían su posición internacional. Cuando se supiera que un contraalmirante había participado en el asesinato de sus propios hombres para encubrirlo… Bueno, en un mundo donde las noticias iban y venían a diario, esta tendría mucho recorrido. Aunque sus documentos

demostraran que otros miembros de la Armada eran inocentes, la propia Armada sufriría un duro golpe.

—Espere —dijo Austin—. ¿A qué se refiere con «marcharme»?

—Voy a suicidarme. —Vellory lo dijo como si nada.

Austin se quedó helado, estudiándole el rostro. Parecía hablar totalmente en serio. —Aún puede recuperar su honor, o parte de él, si admite lo que hizo en un tribunal. Se merecen oírselo decir. Piense en Hammer hijo.

Vellory pareció sopesarlo. Su mirada era inquisitiva y, sin embargo, en cierto modo, distante. —No —dijo al fin—. Los documentos que usted ha enviado limpiarán el nombre de la Armada, el de mis hombres. Yo no iré a la cárcel. Esta es la única salida. —Bajó la vista hacia la pistola, que seguía apuntando a Austin, y luego la levantó—. ¿Recuerda lo que dije de llevarse por delante a tantos enemigos como sea posible al caer?

Sin apartar la mirada, Vellory disparó.

Austin se tambaleó hacia atrás, alcanzado en el pecho. Se estrelló contra el suelo y rodó sobre su estómago mientras el dolor le desgarraba el pecho y las costillas. Con la cara contra el frío suelo de madera, miró a Vellory con un solo ojo entreabierto.

Entonces Vellory levantó la calibre 45 despacio, la sostuvo frente a su cara y se la metió en la boca. A Austin empezaron a llorarle los ojos. Apenas podía ver, pero no quería moverse. Esperó el disparo.

En silencio, inmóvil, esperó.

Y esperó.

No llegó.

Vellory era una mancha borrosa de color azul marino. Austin parpadeó, intentando aclarar la vista. Finalmente, Vellory se enfocó, con el rostro tembloroso y lleno de indecisión.

No podía hacerlo, pensó Austin. Vellory había decidido hacer lo que él consideraba honorable: limpiar a la Armada de toda culpa y quitarse la vida, matando a Austin de paso.

Pero no había sido capaz de llevarlo a cabo.

Vellory se puso en pie de repente y desapareció de la vista de Austin.

Solo oyó unas pisadas fuertes resonando por el suelo de madera y luego bajando a toda prisa las escaleras.

43

Austin se llevó la mano al pecho. El chaleco antibalas había parado la bala, pero la fuerza del impacto había sido suficiente para dejarlo aturdido. Sin duda, para mañana tendría en el pecho un moratón del tamaño de un pomelo.

Se puso en pie y avanzó hacia el escritorio, tambaleándose y tropezando.

Apoyándose para mantener el equilibrio, buscó con la mirada otra arma por la habitación, pero no vio nada. Vellory se había llevado la pistola. Mientras estaba de pie, el dolor en el pecho se intensificó. Era un dolor punzante, como el de cualquier golpe, pero tenía una agudeza, una intensidad penetrante que le hizo pensar que el impacto podría haberle astillado el esternón. Intentó sacar la bala del chaleco, pero estaba demasiado incrustada.

Al inclinarse hacia la luz, vio que era una bala de punta hueca y dentada. Diseñada específicamente para matar.

Recobrando la compostura, salió disparado de la habitación y bajó las escaleras.

Al pie de la escalera vio que unos focos iluminaban ahora la parte delantera y el lateral de la casa.

Se detuvo en el porche. Pensando. Escuchando.

Las luces de un coche aparecieron en la carretera que salía de la casa de Vellory.

No, no salía. No había oído arrancar ningún coche.

Eran los faros de un coche que se *dirigía* a la casa. Era un todoterreno blanco, pero no el de Anna. Era Sy. No tenía tiempo para esperar un saludo amistoso.

Austin bajó los escalones de un salto, giró a la izquierda, pasó corriendo junto a su coche y luego bordeó el porche. Unos focos potentes proyectaban haces de luz definidos sobre el amplio césped cercano a la casa, dejando el resto en penumbra. Pero Austin lo había visto por la ventana en su primera visita. Sabía que la hierba se extendía hasta el agua, hasta el embarcadero.

Entonces, otra zona de hierba se iluminó y Austin lo vio. Vellory corría hacia el agua, activando las luces con detector de movimiento a su paso. Cada diez metros más o menos, se encendía una nueva luz, probablemente instalada para detectar cualquier movimiento desde la orilla hasta la casa.

Puede que Vellory fuera mejor que Austin en el combate cuerpo a cuerpo, pero su carrera era pesada y torpe. Incluso con el esternón fisurado, Austin sabía que podía alcanzarlo.

Empezó a correr, con cuidado de no resbalar en la hierba empapada. Aunque estaba frondosa, no tenía barro, pero sí era esponjosa y resbaladiza. Se encontraba a unos cincuenta metros de Vellory cuando el almirante llegó al agua y empezó a desamarrar su lancha.

Austin resbaló, se deslizó hacia delante y la humedad le salpicó la cara. Levantando la vista del suelo, vio cómo Vellory lanzaba un cabo a la lancha y subía a bordo.

Austin se incorporó y echó a correr, llegando a la orilla justo cuando la lancha se alejaba del muelle.

Saltó, sintiendo el silbido del aire a su paso como si estuviera volando. Chocó contra el costado de la lancha, golpeándose el pecho contra el borde. El torso le palpitó de dolor cuando la bala, todavía alojada en el chaleco, presionó contra los restos de su esternón.

Apenas consiguió pasar ambos brazos por encima de la borda. Toda la mitad inferior de su cuerpo colgaba en el agua. Pataleando con furia, se izó para subir a la embarcación.

Pero antes de que pudiera tan siquiera caer en la cubierta, Vellory se abalanzó sobre él y le golpeó la mandíbula con la culata de la pistola.

44

Austin había aprendido hacía tiempo que, en una pelea, a veces la única forma de ganar ventaja era encajar un golpe no letal a corto plazo para conseguir una posición de superioridad. Mientras veía la culata de la pistola acercarse a su cara —en un cálculo instantáneo —, se dio cuenta de que, si lograba encajarlo y mantenerse consciente, tendría la sartén por el mango.

Su cabeza se sacudió hacia un lado cuando el arma se estrelló contra su mandíbula. No podía ver, pero alargó el brazo y agarró el tobillo de Vellory, aprovechando su propio impulso y tirando con fuerza mientras, al mismo tiempo, lanzaba una patada para hacerle la zancadilla en la otra pierna.

Vellory se fue al suelo y soltó la pistola, que rodó por el hombro de Austin y cayó en la cubierta.

Austin rodó para ponerse encima de él, encajando un codazo de refilón en las costillas y sujetándole la cabeza a Vellory.

Vellory pataleó, casi consiguiendo quitárselo de encima. Pero Austin se estabilizó y le agarró del pelo, que seguía rígido por la gomina. Una, dos veces, Austin le estampó la cabeza contra la cubierta, pero Vellory logró girarla ligeramente para evitar la fuerza total del impacto.

Tras el tercer golpe de su cabeza contra la cubierta, Vellory usó el peso de Austin en su contra, dándose la vuelta para quedar encima

de él y clavándole el codo justo en la bala todavía alojada en el chaleco. Austin boqueó en busca de aire mientras Vellory le oprimía el cuello con el antebrazo.

Fue entonces cuando Vellory cometió un error. Al presionar con el antebrazo para intentar asfixiar a Austin, desplazó ligeramente su peso.

Austin elevó las caderas y giró sobre sí mismo, quitándose a Vellory de encima.

Mientras Vellory luchaba por darse la vuelta, Austin cogió la pistola y golpeó la nuca del almirante con la culata del arma.

Vellory se desplomó. De rodillas, Austin levantó la pistola para golpearlo de nuevo, pero Vellory se había quedado completamente inerte. Austin observó su cuerpo inmóvil durante lo que le parecieron minutos, quizá horas, pero que probablemente fueron solo unos segundos.

Austin se tambaleó y luego se derrumbó. Se quedó quieto, escuchando el sonido de su propia respiración entrecortada, demasiado entumecido para sentir el dolor que sabía que debía de estar martilleando su cuerpo.

Todo a su alrededor se iluminó. Entrecerró los ojos, avanzó de rodillas hasta el borde de la lancha y miró por la borda. A veinte metros de distancia, otra lancha se acercaba a la deriva. Entre lágrimas, sudor y sangre, no veía gran cosa. Pero al parpadear creyó vislumbrar a Sy al timón de una pequeña lancha motora.

Pensó en el beso. ¿Había sido real? Parecía que habían pasado siglos, si es que había ocurrido.

Volvió a caer sobre la cubierta, con la mirada perdida en el cielo. Era el cielo más negro que pudiese existir, pensó. Como había ocurrido unos días antes, saboreó setas y miso, algas y filete. Todos los sabores terrosos, umami. Siempre le había resultado difícil describirlos, al igual que la emoción que estaba experimentando.

La lancha derivaba suavemente.

—¿Austin? —Era la voz de Sy, o al menos eso creyó. Tenía que serlo, pero sonaba diferente, más lejana. O quizá era *él* quien estaba más lejos.

Cuando había caminado por el sendero hacia Foulweather Bluff con Ridley y Sy, había sentido como si el peso de la historia se hubiera trasladado al momento presente. Nacimiento, muerte, todo su pasado y presente, junto con el de todos los demás, reunido en un solo instante.

Ahora sentía algo parecido, pero tenía un regusto diferente. Como si hubieran exprimido un limón en su punto justo de maduración sobre todas las cosas. Todo era más personal.

No sabía qué era verdad sobre su madre. Siempre había querido creer que el matrimonio de sus padres había sido bueno. Que habían sido felices.

Ya no podía creerlo y, a decir verdad, nunca lo había creído realmente.

Sabía que sus padres a menudo se habían tolerado mutuamente —como un acuerdo de negocios— y quizá por eso se había aferrado a Fiona de aquella manera. Él había deseado el matrimonio perfecto. Se dio cuenta después de que ella se fuera, cuando ya era demasiado tarde, de que ya lo había tenido. A pesar de las dificultades del día a día, su matrimonio era perfecto porque se amaban incondicionalmente y porque era *suyo*.

El único que tenían. El único que tendrían jamás.

No sabía si lo que Sy había dicho sobre su madre era verdad, o si lo que había dicho Vellory lo era. No lo sabía y, en ese momento, no le importaba.

Estaba vivo. Ya había sobrevivido a lo peor que le pasaría en la vida: el asesinato de Fiona.

Todo el peso de su historia personal cayó sobre él en ese momento, y se sintió feliz de estar allí. Feliz de una manera que no lo había sido desde los instantes justo antes de salir con Fiona de un asador del centro de Nueva York.

45

Austin no supo cuándo había perdido el conocimiento, pero cuando despertó estaba boca arriba en el césped, detrás de la casa de Vellory.

El pecho le palpitaba de dolor y una lluvia fina le golpeaba la cara. Le zumbaban los oídos y oía ruidos extraños. El viento susurraba entre las ramas y traía consigo extrañas llamadas y gritos de todas las direcciones a la vez. Búhos y gente, el ladrido de un perro. ¿Qué demonios estaba pasando?

Parpadeó. Sy apareció sobre él, mirándolo. No podía verle la cara. No conseguía enfocar la vista del todo. Pero pudo distinguir la forma de su cabeza y su largo pelo negro azabache.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó.

—Por Anna.

—Le hice prometer que no se lo diría a nadie.

—Deberías estar en el hospital.

Sy se arrodilló y le apretó la mano. —Me recupero enseguida. La ambulancia está en camino.

—Yo también me recupero enseguida. —Austin intentó incorporarse, pero su cuerpo no le respondía.

—No sé si te has dado cuenta, pero te han disparado en el pecho.

Austin soltó una risita; el pecho le palpitaba de dolor con el más mínimo movimiento. —Gracias, no me había dado cuenta. —Entonces, de repente, una pregunta le asaltó la mente—. ¿Dónde está Vellory?

Sus ojos habían enfocado poco a poco y vio una leve sonrisa asomar al rostro de Sy. —He remolcado tu barca hasta la orilla. Está vivo. Atado en su barca. ¿No lo oyes?

Austin escuchó. Los gritos que había oído. Eran débiles y casi sonaban como un televisor encendido a lo lejos. —¿Ese es Vellory?

—No está especialmente contento de estar atado a una barca. Lucy llegará pronto. Pasará la noche —y probablemente el resto de su vida— en la cárcel.

Austin usó ambas manos para incorporarse y girar sobre un costado. Apoyando las rodillas en el suelo, se puso lentamente en pie. Se quitó la chaqueta y la camiseta, dejando que la fina lluvia le cayera en la cara. Luego se quitó el chaleco antibalas y lo dejó caer al suelo.

La lluvia le golpeaba el pecho y la espalda desnudos. A pesar del dolor, tenía las piernas fuertes. Puede que fueran la única parte de su cuerpo que seguía ilesa. Sin volver a ponerse la camiseta, se deslizó con cuidado de nuevo en su chaqueta y la subió la cremallera.

Sy lo había estado observando. —Impresionante —dijo—. Pero aun así vas a ir al hospital.

—De acuerdo. Tú también deberías volver.

Llegaron dos coches de policía y una ambulancia. Austin se dio cuenta de que la señora Vellory estaba sentada en el porche, vestida con un camisón blanco y con las manos cruzadas en el regazo, como si todo aquello fuera perfectamente normal.

Sy dijo: —Salió y me ofreció café mientras todavía estabas inconsciente. Le ha sorprendido saber que Vellory estaba vivo.

—Se metió una pistola en la boca delante de mí. Creo que de verdad pensaba quitarse la vida.

Sy negó con la cabeza. —Y parece que ella lo sabía.

Austin esbozó una débil sonrisa. —¿Alguna vez te has parado a pensar que, por muy jodida que esté tu vida, por muy extraños que

sean los pensamientos o sentimientos que tengas, por muy raras que sean tus excentricidades... —pensó en sus padres— o las de tu familia... siempre hay gente más rara por ahí? ¿Alguna vez piensas eso?

Sy sonrió. —Pensar eso es lo que me ayuda a sobrevivir la mayoría de los días.

—Me muero de hambre —dijo Austin—. Hay una cafetería genial que abre veinticuatro horas en Bremerton. ¿Nos vemos allí después del hospital?

Los sanitarios ya corrían por el césped, claramente en dirección a Austin.

—No puedo —dijo Sy. Su voz había perdido toda su alegría—. Han encontrado el cuerpo de Benny. Wragg lo había escondido a solo cien metros de la caseta de mantenimiento.

—Lo siento —dijo Austin.

Ella asintió. —He quedado allí con su mujer. Tiene que identificar el cuerpo.

—Pero te digo una cosa. Dejaré que me invites a desayunar en tu casa pronto. —Se inclinó y le dio un beso rápido en la mejilla.

Con eso, se marchó y dejó a Austin en manos de los sanitarios.

46

Diez días después, Austin volvía a recorrer el sendero de casi un kilómetro que iba desde Twin Spits Road hasta la playa de Foulweather Bluff. Lucy, Ridley y Sy se habían ofrecido a acompañarlo, pero él había querido hacer esa caminata solo.

Fue bueno que Sy no hubiera podido reunirse con él en la cafetería, porque había acabado pasando la noche y la mayor parte del día siguiente en el hospital. Además de la pequeña fractura en el esternón, la culata de la .45 de Vellory le había dejado la mandíbula desencajada. El resto de la pelea le había dejado todo el cuerpo dolorido. Andy se había pasado a verlo, le había llevado un sándwich y le había prometido cuidar bien de Run, como siempre hacía cuando Austin estaba fuera.

La tarde de junio ya había alcanzado casi los treinta grados, una temperatura todavía más suave que en gran parte de los alrededores, pero el día más caluroso de Hansville en lo que iba de año. El sendero, bien protegido por la sombra, era un agradable respiro del calor.

Caminaba más despacio de lo normal mientras sorteaba raíces y ramas por el camino. Todavía llevaba el pecho envuelto en un vendaje de compresión para evitar que volviera a lesionarse, pero su médico estaba satisfecho con su recuperación y esperaba que estuviera completamente restablecido en un mes.

Anna había recibido toda la información que Vellory le había obligado a enviar. Había hecho un tibio intento de utilizarla para recuperar su trabajo, pero su jefe seguía temiendo la ira de Vellory, incluso con este en la cárcel.

Pero las cosas le habían salido bien. Había utilizado su acceso exclusivo al material para conseguir un importante contrato como *freelance* con un gran periódico de Seattle, y lo había publicado a lo largo de la última semana.

Tal y como Vellory había dicho que ocurriría, el material dejaba pocas dudas sobre su culpabilidad. También demostraba que, si bien los tres hombres fallecidos habían participado en el fraude, habían puesto múltiples objeciones y, en última instancia, habían secundado los crímenes de Vellory porque habían sentido que no tenían otra opción como subordinados suyos.

Lucy y Daniels se habían pasado una semana discutiendo sobre la jurisdicción con la Marina y, al final, habían llegado a un acuerdo. Vellory sería juzgado bajo la ley naval, tanto por el fraude como por los asesinatos. Pero Perry y Maria encontrarían justicia bajo la autoridad del condado de Kitsap. Lucy y su equipo habían resuelto un triple homicidio, lo que era muy importante en cualquier circunstancia. Pero, dado el peso de este caso en particular, era el mejor comienzo posible para su carrera como detective jefa.

Ridley les había enviado un mensaje de felicitación, pero les había dicho tanto a Austin como a Lucy que tenía la intención de respetar su suspensión y no involucrarse en ningún asunto del departamento. No volvería hasta dentro de más de dos meses y medio.

Austin se había pasado gran parte de los últimos diez días en la cama, con el ordenador portátil abierto en la aplicación de videoconferencias donde, no hacía mucho, había aparecido el rostro de Michael Lee oculto tras un pañuelo. Como gran parte de su vida reciente, esa conversación le parecía surrealista y lejana.

Para su consternación, no había vuelto a saber nada de Lee. Ayer había llamado a su amigo del NYPD, David Min-Jun, para averiguar si Lee se había puesto en contacto con él. El problema era que, dada la delicadeza del caso, Austin no había querido mencionarlo

directamente. Y, desde luego, no había querido usar el nombre de Lee.

Así que había hablado con rodeos, diciendo cosas como: «¿Qué más se cuece?» y «¿Hay algo que deba saber?». DMJ no había soltado prenda, ya fuera porque no había sabido nada de Lee o porque él también sabía que era demasiado delicado para hablarlo por teléfono.

Al final, Austin había tomado dos decisiones: primero, tenía que dejar que Michael Lee diera el siguiente paso. Dejaría su ordenador portátil abierto en todo momento con la esperanza de que Lee volviera a contactar con él, pero no intentaría localizarlo. Y segundo, invitaría a DMJ a Hansville. A su amigo le encantaba pescar y, aunque a ninguno de los dos se le daba muy bien, algunos de los mejores recuerdos de Austin eran de la vez que pescaron lubinas rayadas en un chárter en grupo frente a la costa de Connecticut, en la despedida de soltero de DMJ.

Quizá si se veían en persona se sentirían lo bastante seguros como para hablar de la situación de Lee, de su conexión con Fiona y de la posibilidad de una investigación sobre la familia criminal Namgung. Aquella mañana, le había enviado un correo electrónico a su amigo, implorándole que se acercase al oeste antes de que terminara la temporada de pesca.

Austin llegó al final del sendero, recibido por una brisa fresca que soplaba desde el agua azul.

Hammer Junior estaba sentado en un tronco varado a unos veinte metros de distancia. Se levantó al ver a Austin.

El precinto policial había desaparecido y Foulweather Bluff volvía a ser la reserva natural virgen que Austin había visitado en el pasado.

Hammer Junior le tendió una mano carnosa. —Gracias por venir.

—Me siento honrado de que me lo haya pedido —dijo Austin.

En la otra mano, Hammer Junior sostenía una pequeña urna de cerámica. —A mi padre le encantaba el océano, o al menos eso decía siempre mi madre. El estrecho conecta con el océano Pacífico. Creo que esto es lo que él querría.

Austin lo siguió por la playa hasta las charcas de la orilla, donde el agua cristalina dejaba ver estrellas de mar y pequeños cangrejos. Unas anémonas de mar se aferraban a una roca cubierta de percebes.

—Déme un minuto —dijo Hammer Junior, arrodillado en la arena mojada a solo unos centímetros de la orilla. Cerró los ojos y musitó una oración en silencio.

Mientras Austin contemplaba la playa y el agua, recordó el silbido del viento frío en la cinta que Vellory había puesto. Sy y su equipo habían localizado la versión original de la grabación en su casa tras conseguir una orden judicial. Aquello había confirmado las sospechas de Austin. La grabación era real, pero la habían editado.

La conversación completa incluía una súplica de tres minutos de Jack Hammeron y Joey Blake, en la que le rogaban a Vellory que confesara el fraude. También se habían preguntado en voz alta dónde estaba Adam Del Guado, lo que confirmaba que los tres habían planeado enfrentarse a Vellory juntos, con la esperanza de que la presión conjunta lo obligara a admitir lo que había hecho. Si hubieran sabido que Vellory les llevaba la delantera.

Austin se había ofrecido a conseguirle una copia a Hammer Junior, pero, extrañamente, este la había rechazado.

Austin se secó el sudor de la frente.

Hammer Junior se puso en pie y abrió la urna. Esperó a que amainara la brisa y luego esparció lentamente las cenizas en el agua. Cuando terminó, dejó la urna en la arena y se sacó dos medallas del bolsillo. Parecían pequeñas en sus grandes manos.

Sy había movido algunos hilos para que le entregaran las medallas antes de tiempo, después de que las fotografiaran para el expediente. Las medallas de Joey Blake se las habían enviado a su padre al este de Washington, y las de Adam Del Guado, a un primo de Florida, su pariente vivo más cercano.

Hammer Junior se quedó mirando las medallas un buen rato. Luego, echando el brazo hacia atrás, las lanzó lejos, mar adentro, donde cayeron con una suave zambullida.

—Habría pensado que querría quedárselas —dijo Austin.

Hammer Junior sonrió con tristeza. —Una parte de mí sí quiere. Pero, al final, no las quiero por la misma razón por la que no quise escuchar esa grabación.

—¿Y por qué es? —preguntó Austin mientras subían por la playa.

—Siempre supe que mi padre era bueno. Quizá cometió algunos errores, pero siempre supe que era el mejor de los mejores. Aunque no tenga todos los recuerdos, tengo la sensación. Aquí dentro. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Es difícil de describir. Tenía tres años cuando murió, pero no necesito pruebas. No necesito medallas. A veces, la forma en que alguien te hizo sentir permanece contigo incluso después de que los recuerdos se hayan ido.

Austin sonrió. Hammer Junior no sabía cuánta razón tenía.

Cuando habló con su madre el día que volvió del hospital, decidió no preguntarle por su pasado, ni por su padre, ni por su matrimonio. Claro que las cosas habían estado lejos de ser perfectas, pero no necesitaba saberlo. No quería saberlo.

Había crecido sintiéndose querido. Era más de lo que mucha gente tenía y, por ahora, era suficiente.

—Puedo entenderlo —dijo Austin, dándole una palmada en la espalda cuando llegaron al sendero.

47

Lucy y Ridley se reían alegremente cuando volvió Austin. Habían juntado las mesitas que había delante de la tienda, y Jimmy acababa de sentarse de nuevo con una jarra de cerveza.

—Parece una celebración —dijo Austin, mientras acercaba una silla de metal.

Ridley le lanzó una mirada severa. —¿Sabías algo de esto? —Señaló con el pulgar primero a Lucy y después a Jimmy.

Austin miró a Lucy, que se encogió de hombros. —No pasa nada.

Austin sonrió. —He atado ciertos cabos —dijo con neutralidad.

Jimmy sirvió cerveza fría para todos. —Lucy se lo ha contado a Ridley. Esta es nuestra fiesta de compromiso oficial.

Run debió de oír la voz de Austin, porque salió corriendo de la tienda y se estrelló de cabeza contra sus espinillas, tan emocionada que casi hiperventilaba. Él se agachó y le rascó detrás de las orejas. —Siento haber estado tanto tiempo fuera. —Ella saltó a su regazo, le lamió la cara, olisqueó su cerveza un rato y luego se tumbó a descansar.

—¿Cómo está Rachel? —preguntó Austin.

—Incómoda.

Jimmy levantó su cerveza. —Por Rachel y el próximo hijo de Rid.

Todos chocaron los vasos y bebieron.

Jimmy se limpió la espuma del labio. —Bueno, jefe, quiero decir *exjefe* y *futuro* jefe, ¿ya está harta de ti? ¿Lista para que vuelvas al trabajo?

Ridley dijo: —Poco le falta. Los primeros días fueron geniales. Arreglé los canalones, añadí una moldura a la puerta del cuarto de la colada, cambié las bombonas de butano de la barbacoa. Pero al tercer día me encontré en la cocina, mirando a mi alrededor y preguntándome: «Y ahora, ¿qué?».

—Siempre puedes aprender a cocinar —sugirió Austin, acariciando la cabeza de Run.

—Eso nunca va a pasar. Una vez intenté hacer cubitos de hielo y la cagué.

Lucy se cruzó de brazos. —Imposible. ¿Cómo?

—Llené todas las cubiteras a la perfección, pero no cerré bien el congelador. A la mañana siguiente, todo el helado estaba derretido y había echado a perder cuarenta pavos en filetes. Rachel me prohibió la entrada en la cocina.

El todoterreno de Sy aparcó y ella se bajó, saludó a los cuatro con la mano y cruzó el aparcamiento. Llevaba vaqueros azules y una camisa blanca de botones, y su largo pelo negro estaba recogido en una coleta que sobresalía por la parte de atrás de una gorra de béisbol de los Red Sox.

Austin entró corriendo en la tienda, cogió el ramo de flores que había comprado esa mañana y se encontró con ella a mitad de camino. —Son para ti.

Ella cogió las flores y le dedicó una sonrisa extraña e insegura. —Son preciosas. Hum, gracias.

Austin no la había visto desde que lo visitó en el hospital la mañana después de su ingreso. —Mira, bueno, ha pasado un tiempo, así que iré al grano. ¿Quieres cenar conmigo algún día de esta semana? Me encantaría probar ese sitio italiano que mencionaste.

Sy retrocedió un paso, dejando que las flores cayeran lentamente a un lado. —Oh, Austin. Yo…

Austin le estudió los ojos, dubitativo.

Ella le dedicó una sonrisa triste. —Sí, cenemos algún día. Pero tengo que decirte que me trasladan. De vuelta a Connecticut.

Se quitó la gorra y la sostuvo frente a él, como si el logo bordado de los Red Sox fuera una explicación.

—Tú… —acertó a decir Austin—. ¿Cuándo?

—En tres días. La buena noticia es que me han ascendido.

—¿Y la gorra?

—Como tú, pasé unos años en Connecticut en su día. Todo el mundo en Connecticut tiene que elegir, Red Sox o Yankees. Mi marido era de los Red Sox, así que… en fin… ¡Vamos, Sox!

—No sé qué decir —dijo Austin. Estaba más decepcionado de lo que quería admitir.

Sy le cogió de la mano y lo llevó hasta el grupo.

Durante la hora siguiente, estuvieron hablando del caso, lo que los llevó a casos pasados y, a su vez, a especular sobre casos futuros. Sy le preguntó a Ridley si se había planteado aprovechar la suspensión para jubilarse anticipadamente, algo de lo que él se rio. Era tan adicto al trabajo como ella. Como Austin.

Después de la cerveza comieron hamburguesas y bebieron refrescos; luego tomaron café y comieron sándwiches de helado. La gente entraba y salía de la tienda, comprando cebo, cerveza y bocadillos. En muchos sentidos, era el día de verano perfecto en Hansville.

El sol se estaba poniendo cuando Jimmy y Lucy apartaron las sillas de la mesa. Le dieron la mano a Sy, saludaron con un gesto de cabeza a Ridley y a Austin y se marcharon cogidos de la mano.

Ridley fue el siguiente en irse, después de coger un galón de leche y un bote de pepinillos de la tienda. Un recado que Rachel le había mandado por mensaje durante la cena.

Finalmente, Sy se levantó, se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Austin.

—Eres bueno en este trabajo —dijo.

—Tú también —respondió Austin, poniéndose en pie para despedirla.

—Si alguna vez pasas por Connecticut..., nos tomaremos esa cena, o... —Dejó la frase en el aire y le apretó la mano—. Adiós,

Thomas Austin.

—Adiós —se despidió él.

Mientras la veía marcharse, sintió una punzada de pérdida, pero aun así se sentía más esperanzado de lo que se había sentido en mucho tiempo. Sonrió, saboreando los pétalos de rosa marchitos. Le dolía el pecho y ahora también el corazón, aunque solo un poco. Pero eso era mejor que el entumecimiento que había vivido allí durante casi dos años.

Run soltó su ladrido silencioso, diseñado para llamar su atención. Cuando Austin miró, dejó caer una pelota de tenis al suelo, su señal de que estaba lista para jugar. Él se arrodilló y cogió la pelota.

Mientras caminaba hacia la playa, con Run pisándole los talones, se dio cuenta de que conocer a Sy lo había cambiado de una manera que tardaría en comprender. No pasaba nada. Tenía tiempo de sobra.

Un hermoso verano se extendía ante él. Una tienda ajetreada, un restaurante bullicioso y mucha pesca.

Austin lanzó la pelota tan lejos como pudo. Run salió disparada, levantando arena mientras corría por la playa, con las patas traseras impulsándose al unísono como un conejito al esprint. El agua y la arena estaban bañadas por el resplandor dorado del atardecer. La sensación de paz que había sentido mientras miraba el cielo oscuro en el barco de Vellory había regresado.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido a la felicidad.

-**Fin-**

Continúa la serie con *El terror en la Ciudad Esmeralda*, Libro 4 de la serie de thrillers criminales de Thomas Austin.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, los dos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te gusten mis otras series: *FBI Task Force S.W.O.R.D.*, una serie de misterio trepidante ambientada en el noroeste del Pacífico, así como *Silas West: Misterio Psicológico*. Ambas series también estarán disponibles en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores… y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos — de las series *Thomas Austin*, *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y *Silas West*, así como otras novelas independientes — estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin

Book 1: Los huesos de Point No Point
Book 2: Las sombras de Pike Place
Book 3: Los caídos de Foulweather Bluff
Book 4: El horror en Murden Cove
Book 5: El terror en la Ciudad Esmeralda
Book 6: El ahogamiento en Dyes Inlet
Book 7: La pesadilla en Manhattan Beach
Book 8: El silencio en Mystery Bay
Book 9: La oscuridad en Deception Pass
Book 10: La desaparición en Opal Creek
Book 11: Los secretos de Second Beach
Book 12: Los cuerpos en Horse Heaven Hill

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.

Book 1: La quinta víctima
Book 2: Nada olvidamos
Book 3: Las viudas de Medina
Book 4: Bajo cielos de cicuta

Book 5: Susurros a medianoche

La serie de misterios psicológicos de Silas West

Book 1: El Quebrantador de Mentes
Book 2: El Coleccionista de Pecados
Book 3: El Comerciante del Caos

Títulos independientes

La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los thrillers criminales de Thomas Austin, de la serie FBI Task Force S.W.O.R.D. y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP